

PILAR CABRERA LAGUNA

LA TRADUCTORA DE TOLEDO

CAMINANDO ENTRE LOS JAZMINES
DE AL ÁNDALUS

«Cada día, al amanecer Aníra sentía la bendición de su padre en forma de un beso en la frente. Ya se va con sus libros, pensaba. Ella sonreía adormilada, sin fuerzas para abrir los ojos y seguía durmiendo.»



ALMUZARA

PILAR CABRERA LAGUNA

La traductora de Toledo

Caminando entre los jazmines de al-Ándalus

© Pilar Cabrera Laguna 2020

© Editorial Almuzara, s.l., 2020

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

COLECCIÓN NOVELA HISTÓRICA

EDITORIAL ALMUZARA

Director editorial: Antonio E. Cuesta López

Edición al cuidado de Rosa García Perea

Ebook realizado por Rosa García Perea

www.editorialalmuzara.com

pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

ISBN: 978-84-18578-05-2

A mi padre

Εὖ ἂν ἔχοι, φάναι, ὦ Ἀγάθων, εἰ τοιοῦτον εἴη ἡ σοφία, ὥστ' ἐκ τοῦ πληρεστέρου εἰς τὸ κενώτερον ῥεῖν ἡμῶν, ἐὰν ἀπτώμεθα ἀλλήλων, ὥσπερ τὸ ἐν ταῖς κύλιξιν ὕδωρ τὸ διὰ τοῦ ἐρίου ῥέον ἐκ τῆς πληρεστέρας εἰς τὴν κενωτέραν· εἰ γὰρ οὕτως ἔχει καὶ ἡ σοφία, πολλοῦ τιμῶμαι τὴν παρὰ σοὶ κατάκλισιν· οἶμαι γὰρ με παρὰ σοῦ πολλῆς καὶ καλῆς σοφίας πληρωθήσεσθαι.

Συμπόσιον, Πλάτων

Bueno sería, Agatón, que la sabiduría fuera de tal naturaleza que solo con ponernos en contacto unos con otros, fluyera de lo más lleno a lo más vacío de nosotros, de la misma manera que fluye el agua en las copas, a través de un hilo de lana, de la más llena a la más vacía. Pues, si la sabiduría se comporta también así, valoro en mucho estar reclinado a tu lado, porque pienso que me llenaría de tu mucha y hermosa sabiduría.

El banquete, Platón

DRAMATIS PERSONAE

Aisha Esposa de Omar y madre de Ismael
Alfonso X* Hijo y sucesor del rey Fernando III
Alhakén II* Califa de Córdoba
Amin al-Husainy Importante hombre de negocios
musulmán y padre de Faisal

Amira Hija de Raquel y Martín, nieta de Nuño
Faisal Médico, hijo de Zurah y Amin al-Husainy
Fátima Criada de la familia al-Husainy
Fernando III* Rey y padre de Alfonso X el Sabio
Garcí Pérez* Clérigo cristiano, traductor de Toledo
Habib Padre de Raquel y esposo de Maryam
Ismael Amigo de Amira e hijo de Aisha y Omar
Lubna* Bibliotecaria y secretaria de Alhakén II
Martín González Padre de Amira,
esposo de Raquel e hijo de Nuño

Maryam Abuela de Amira y madre de Raquel
Nuño Abuelo de Amira y
padre de Martín, traductor de Toledo

Omar Padre de Ismael, amigo de Martín
e iluminador de Toledo

Pedro González* San Telmo
Raquel Madre de Amira y esposa de Martín
Roswitha de Gandersheim* Abadesa y escritora alemana
Sara Sobrina de Lubna
Yehuda ben Mosche * Médico real, astrónomo
y destacado traductor de Toledo

Zayna Prometida de Paisal
Zurah Madre de Paisal y
esposa de Amin al-Husainy

*Los personajes históricos están marcados con el asterisco

I

Bajo los tempranos rayos de sol de un día de estío, Amira vio la luz por primera vez. Emitió un fuerte llanto, presagio de una energía férrea que se agarraba a la vida con toda la intensidad del universo. Su cuerpecito se agitaba al compás de los gemidos, que no eran más que su reclamo a la existencia.

De inmediato la partera depositó a la pequeña en los brazos de su madre, que no pudo contener la emoción. Una inmensa felicidad inundó su espíritu.

Desapareció por completo el agotamiento causado por las largas horas del parto. Solo había lugar para la dicha y el agradecimiento. Tenía ante sus ojos la criatura más hermosa que jamás había visto. Contempló la carita redonda, sus curiosos ojos almendrados y una diminuta nariz respingona sobre unos rosados labios que enmarcaban la boca de piñón. «Un ángel», pensó Raquel. El cuerpo de la pequeña era perfecto, rollizo y menudo y sus extremidades proporcionadas. Contó cada uno de los dedos de sus minúsculos pies y de las manos. Había dado a luz a una niña completamente sana, tal como le acababa de informar la matrona.

Raquel enseguida protegió a su hija con las manos y sintió, al tacto con su piel, una conexión única, una química incorruptible, un vínculo indisoluble al que se sentiría felizmente ligada durante toda la vida. Por fin Dios había atendido sus incansables súplicas y, tras años de larga espera, concedió a Raquel y a su esposo el hijo que los colmaría de felicidad y esperanzas. Ambos habían anhelado una numerosa descendencia en la que afianzar su amor y su fe. Aunque los estragos del tiempo ya habían encanecido el cabello de Martín, él permanecía esperanzado al igual que su esposa.

Desde la puesta de sol del día anterior, Raquel comenzó a sentir dolores de parto. No quiso alertar a Martín ya que, según sus cuentas, el retoño aún tardaría unas semanas en nacer. Su esposo se encontraba en el *scriptorium*^L, inmerso en una de las traducciones que le había confiado el rey, por lo que probablemente regresaría muy tarde o incluso descansaría brevemente allí mismo para volver a la labor con prontitud.

Sentado junto al patio, el abuelo había velado a su nuera durante la noche, junto a la comadrona y a su hija, que se estaba iniciando en el oficio. Después de horas de espera e inquietudes, por fin oyó los sollozos que anunciaban la llegada de la criatura. Un poco más repuesta, Raquel abrigó a la pequeña con un cálido paño y pidió a la joven aprendiz que la entregara al anciano.

—¡Nuño, aquí está su nieta! —dijo la recién estrenada madre.

El abuelo, con el corazón desbocado por la emoción, sintió en sus brazos el diminuto cuerpo de Amira, su olor, su calor, la energía que desprendía de sus movimientos y la intensidad de los latidos de su corazón. La ceguera no era impedimento para percibir un alma inocente e indefensa, para sentir que bajo la piel de la pequeña corría su propia sangre y la de sus antepasados. Entre sus brazos atesoraba la mayor fortuna. Dos lágrimas resbalaron por sus arrugadas mejillas y, estrechándola en su regazo, susurró: «¡Bendito sea Dios!».

—¡Corre, avisa al padre! —apremió la partera a su hija. La joven se encaminó a paso ligero

hacia el *scriptorium*.

La ciudad de Toledo celebraba la victoria sobre Córdoba a manos de su querido monarca que, bajo los primeros calores veraniegos, recibía las llaves el 30 de junio. Aquel verano de 1236 Fernando III acababa de tomar la ciudad cordobesa. Varios años llevaba el soberano afanado en el combate contra los musulmanes cuando Ibn Hud, gobernador de al-Ándalus, resistía aplacando varias sublevaciones de los cristianos. Sin embargo, el rey Fernando aprovechó la noticia de la toma de los arrabales de la ciudad cordobesa y de la Axerquía para taponar el acceso por el Puente Romano, protegido por la Torre de la Calahorra, controlando así también la orilla izquierda del Guadalquivir, hecho que propició la rendición de Ibn Hud profundamente resentido por la pérdida de la que fuera la capital califal, pero aún con fuerzas para ofrecer resistencia a Jaime I que acechaba Valencia. El monarca culminó su victoria sobre la ciudad haciendo colgar sobre el más alto minarete un crucifijo, símbolo del cristianismo, y un majestuoso pendón cuartelado que representaba la unión indivisible de los reinos de Castilla y León, luciendo castillos de oro sobre fondo carmesí junto a leones encarnados.

Toledo era una ciudad populosa, con mucha actividad. Al tratarse de un reino de Taifas, su trazado respondía a la distribución típica musulmana: una muralla que envolvía la alcazaba, la medina y el zoco, conectados a los arrabales y al exterior por varias puertas. El puente de Alcántara se alzaba sobre el río Tajo como única vía de comunicación terrestre entre la fortaleza y extramuros.

Los festejos no acababan en la urbe toledana que se había convertido en un bullicioso centro cultural donde concurrían estudiosos de todas las disciplinas y lugares. En las tabernas, mesones y casas de alquiler convivían gentes de distinto rango social, de diferentes religiones y lenguas, de costumbres y tradiciones dispares, pero en un extraordinario ambiente de respeto. Ya desde tiempos del arzobispo Raimundo, emergió en Toledo un fenómeno cultural extraordinario basado en la convivencia de cristianos, judíos y musulmanes, cuyo único objetivo era compilar y traducir la ciencia de los árabes, estableciendo así un puente de sabiduría entre Oriente y Occidente. En un primer momento la Iglesia ejercía el mecenazgo y procuraba cubrir la manutención de los estudiosos y traductores, pero con el tiempo el rey tomó el testigo de la empresa. Tanto una institución como otra pretendían preservar la totalidad de conocimientos de la humanidad, que se conservaban en soporte escrito y que habían llegado a la ciudad procedentes de monasterios o bibliotecas de cualquier lugar del mundo conocido, la mayoría de ellos escritos en lenguas griega y árabe. También había cabida para libros extraños o incluso desconocidos que eran encontrados de manera fortuita y llevados a depósitos destinados a tal fin para, posteriormente, examinar y valorar el interés de su contenido y proceder a la traducción.

Durante la etapa *raimundiana*, todo el saber de la época se preservaba en latín, ya que se consideraba la lengua de la cultura por excelencia, por lo tanto, el proceso que realizaban los traductores requería de varias personas entendidas en idiomas. Se precisaban diversos expertos: un primer experto en el idioma extranjero, que leía en voz alta, un intermediario que además de conocerla, dominara el romance, para traducir de viva voz al amanuense, versado en romance y diestro en latín, que finalmente dejaba impresa la información escrita de su puño y letra para su compilación.

Ya en el siglo XIII la lengua vulgar empezó a adquirir un mayor prestigio, cuestionándose incluso en la corte la posibilidad de afianzar y fijar el idioma generalizado, el romance, que lo

hablaba todo el mundo prácticamente en cualquier contexto, pues había traductores con mucha experiencia que se sentían capacitados para traducir directamente, como le ocurría a Martín.

Apenas habían pasado diez días desde que un desconocido llamó a la puerta, preguntando por el maestro González. Nuño recogió la nota que un criado le entregó, asegurándole que en breve la leería su destinatario, ausente en aquel momento. Raquel sintió curiosidad por la distinción del emisario y la elegante caligrafía que adornaba la misiva, por lo que en cuanto llegó su esposo se impacientó por conocer su contenido.

—Solicitan mi presencia en casa del maestro Yehuda ben Moshe al atardecer —comentó Martín un tanto emocionado.

—¿Quién es la persona que te reclama? —preguntó su esposa, al ver la reacción de su marido.

—El maestro Yehuda es un médico y astrónomo destacado —respondió

—Es conocida su labor como traductor —apostilló Nuño—. Creo que recientemente le han encargado la versión al latín del *Libro de la azafea*, de Azarquiel, demostrando su dominio de la lengua árabe y de instrumentos astronómicos, como el astrolabio. No faltes a la cita, hijo. Es una persona importante —concluyó el patriarca.

Cuando empezó a disminuir la luz del sol, ante la inquietud que suscitó la nota, Martín se dirigió con paso presto al encuentro del maestro, que lo recibió en una amplia estancia donde departía con un clérigo, sentados junto a una mesa llena de documentos y textos con anotaciones.

—¡Estimado Martín! —saludó amablemente el anfitrión—. Tengo el placer de presentarle al clérigo Garcí Pérez.

Terminado el intercambio de saludos, y después de invitarle a tomar asiento, el rabino sin dilación entró en materia. En primer lugar, le reveló que en la corte de Fernando III y bajo los auspicios de su hijo, el infante don Alfonso, acababan de ofrecerle la traducción de una novedosa obra de Azarquiel, ingenioso astrónomo andalusí, que catalogó estrellas y planetas con gran precisión, después de recalcular el tamaño del mar Mediterráneo y el movimiento de la órbita de la Tierra respecto al punto más alejado del Sol. Era una tarea especialmente interesante la de conocer el funcionamiento y la utilidad del invento que permitía realizar observaciones y cálculos astronómicos desde cualquier latitud terrestre o marítima. «Se trata de un avance singular», pensaba Martín para sí mismo sintiéndose privilegiado por la posibilidad de leer las palabras originales que escogió Azarquiel para explicar su ingeniosa invención.

—Nos sentimos muy agradecidos por su presencia —dijo el cristiano.

—Soy yo quien se siente sumamente honrado por su invitación. La reputación de sus nombres les precede en la ciudad —reconoció con total sinceridad.

—Los informes sobre su labor traductora nos han impulsado a proponerle participar en nuestro equipo de trabajo —pronunció convencido el maestro Yehuda.

—El proyecto resulta de tal envergadura —continuó el clérigo— que precisamos la colaboración de otro experto en hablas extranjeras.

—Don Alfonso en persona nos ha sugerido su nombre, tanto por la extensa y precisa labor que ha llevado a cabo, como por la profesionalidad que ha demostrado con creces su padre y maestro —sentenció Garcí Pérez.

Abrumado por las palabras de ambos hombres, Martín manifestó su agradecimiento y se puso a su disposición, pues se sintió muy halagado por la recomendación del Infante. Además, se consideraba suficientemente preparado para traducir al latín, incluso se habría atrevido a proponer una versión directa al romance, aunque su modestia y su timidez se lo impidieron.

Compartiendo los tres el mismo entusiasmo, se emplazaron para la siguiente jornada en la que empezarían a organizar la ingente labor.

Al llegar a casa, Martín explicó detalladamente la propuesta, recibiendo la felicitación de su esposa y de su padre, pletórico este de orgullo por la valía de su hijo y complacido por haber conseguido que el discípulo siguiera los pasos del maestro.

El esposo de Raquel dedicaba casi todo su tiempo al trabajo encomendado, con la tranquilidad de que Nuño cuidaba de la primeriza en la recta final del embarazo. Pero la naturaleza es caprichosa y no se rige por ninguna regla inamovible, por lo que el nacimiento de su primogénito se adelantó.

Unos pasos apresurados que llegaban del otro lado del ventanal alertaron a Martín a modo de premonición. Por fin la hija de la partera había alcanzado la enorme puerta del palacio, donde el esposo de Raquel pasaba gran parte del día y a veces incluso de la noche entre el papel y la tinta. La muchacha preguntó al guarda que custodiaba la entrada por el maestro Martín González, indicándole este que lo encontraría en la sala principal del *scriptorium*, que estaba al otro lado del patio.

Se dispuso a atravesarlo con prontitud, desviándose ante una fuente circular con numerosos surtidores que ofrecían agua al sediento y refrescaba el ambiente durante el estío. Una geométrica red de acequias se distribuía por el lugar, transportando el agua hasta los arriates donde crecían naranjos y limoneros, cuyas ramas proporcionaban refugio provisional a las inclemencias del sol o la lluvia. Solo se oía el rumor del agua y el alegre trino de los pajarillos. «¡Qué lugar más apacible!», pensó la muchacha, «pero debo apresurarme». Avanzaba con unos enérgicos pasos, cuando de repente una voz firme la llamó al orden.

—¡Detente, niña! ¿Acaso no sabes dónde estás? ¡Aquí se concentra todo el saber del mundo, se trabaja sobre los temas más diversos del conocimiento! Tu ignorancia y torpeza están alterando la labor de los traductores. El silencio debe reinar entre estas paredes. ¡Sal inmediatamente!

—Lo lamento —se disculpó la joven—, pero no me eche, por favor. Busco al maestro Martín González. Acaba de ser padre antes de lo previsto y me mandan avisarle. Si usted fuera tan amable de indicarme dónde se encuentra, yo le daría razón y me marcharía de inmediato —replicó.

—Deberás aguardar. El maestro está trabajando en asuntos muy importantes y no se le puede interrumpir. Creo que terminará en breve —dijo el guarda.

—Puedes sentarte ahí y yo te acompañaré cuando termine.

La joven se sentó en un banco de piedra. En un momento el patio se llenó de hombres que comentaban las nuevas de la caída de Córdoba en manos de las huestes cristianas.

—¡El rey debería pasar a cuchillo a los moros cordobeses! Ellos no han sentido piedad por los nuestros —estalló un joven elegantemente vestido.

—Nuestro monarca es un hombre íntegro —respondió calmadamente uno de los interlocutores de más edad—. Él aceptó la rendición en los términos en que se había pactado, es decir, permitiendo salir vivos y con sus posesiones a todos los musulmanes de la ciudad.

Se creó un murmullo de voces entre las que se alzó un discurso grave y pausado, propio más bien de un anciano sensato, que elogió a Fernando III por mantener intactos todos los edificios y tomar el Alcázar como lugar de residencia.

—¡Las ofensas de sangre con sangre se deben pagar! —volvió a ofuscarse el joven de aspecto noble.

—Al menos les obliga a devolver las campanas de la catedral de Santiago de Compostela, aquellas que Almanzor hizo llevar a Córdoba a hombros de cristianos para luego utilizarlas como lampadarios en la Mezquita. ¡Qué menos que obligar a los moros a retornarlas, también llevadas a hombros, para que vuelvan al templo del Apóstol! —suspiró con la cara enrojecida.

—Nuestro rey ha demostrado su magnanimidad al conservar y purificar junto al obispo Juan de Osma la Mezquita, para dedicarla al culto católico —volvió a calmar los ánimos el anciano— y poniéndola bajo la advocación de la Asunción de la Virgen María, Nuestra Madre —concluyó satisfecho.

En aquel momento se aproximó a la muchacha, que escuchaba todo aquello boquiabierta, el guarda que la había recibido.

—Ya está terminando. Vamos, te acompañaré.

El hombre la guiaba por el lugar indicado, un ancho y extenso corredor, flanqueado por macetas de aspidistras, perfectamente alineadas y recién regadas, que exhibían orgullosas el verdor enhiesto de sus hojas. Numerosas puertas entreabiertas permitían ver a la joven gentes muy diversas, tanto en su aspecto como en sus lenguas. Apenas entendía palabra alguna, pero entre ellos hablaban e intercambiaban impresiones con intensa emoción y gran respeto. En otra sala cercana solo había tres personas, una de ellas escribía, mientras los otros dos intercambiaban mensajes incomprensibles y detenían el discurso para que el amanuense transcribiera el texto con diestros movimientos de las manos ante la claridad de un ventanal que iluminaba la sala. Ella no comprendía nada, pero sabía que allí dentro se gestaba algo importante.

Finalmente alcanzó la alcoba principal, sembrada de escritorios donde los *stilaria*² aguardan la llegada de sus dueños con todos los útiles preparados para la labor de la escritura. Solo el maestro Martín ocupaba la sala. Ante la mesa inclinada, su mirada se desplazaba desde el códice de la izquierda hacia el pergamino de su diestra, que completaba ceremoniosamente con una afilada pluma y tinta ferruginosa.

—¡Maestro! —interrumpió el guarda—. Esta joven le trae dichosas nuevas.

Martín colocó rápidamente la pluma en el tintero y los miró. En su rostro se apreciaba el cansancio.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Es Raquel. Ha dado a luz al amanecer —anunció la joven—. Las dos se encuentran en perfecto estado.

Cualquier rastro de cansancio desapareció del cuerpo de Martín, que se sintió revitalizado y fortalecido por la noticia.

—¡Enhorabuena, maestro! —le felicitó el guarda.

—¡Una hija! —susurró embargado por la emoción.

—¡Vamos a casa! —exclamó.

Ambos corrían por la calle, sorteando a los viandantes, a los carros provistos de mercancías e incluso a un grupo de titiriteros que entretenía a los niños con sus malabares y acrobacias al compás de la flauta y el laúd. Los pequeños reían y bailaban con inmenso júbilo, mientras los más tímidos observaban la fiesta escondidos detrás de sus madres, sosteniendo en sus manos pequeñas espadas de madera, diminutos escudos o muñecas de trapo.

En cuanto Martín entró en su casa se detuvo el tiempo. Por fin estaba aconteciendo aquello que tanto había anhelado: prolongar su estirpe, criar y amar al fruto de su unión con Raquel. Ansiaba proyectar en su retoño las bondades que emanaban de su esposa y de su padre y alguna de sus

modestas virtudes. Con tales cimientos estaba convencido de que llegaría el momento en que su hija volaría sola y se convertiría en la dueña de su propia vida, en un ser valioso, fuerte e independiente: aquel era su deseo.

Finalmente reaccionó, abrazó fuertemente a su padre, que lucía una apacible sonrisa y consiguió avanzar hacia el lecho donde descansaban la madre y la pequeña, silencioso ante tanta emoción, temeroso de despertarlas. Raquel intuyó sus pasos y abrió los ojos fijándolos en la radiante mirada de Martín.

—¡Mírala, Martín!, ¡mírala bien! ¡Amira, nuestra princesa! ¡Es perfecta! —susurró con la voz entrecortada por la emoción.

Como si hubiera presentido la llegada del padre, Amira despertó.

—¡Coge a tu hija, esposo!

Con manos inexpertas consiguió sostener la más preciosa ofrenda que jamás recibiría. Envuelta en un cálido paño, la estrechó con delicadeza y la besó en la frente, momento que aprovechó la criatura para encandilar a su padre con un gracioso bostezo; entreabrió los ojos y se despezó. Tras unos breves minutos de una sobrecogedora paz, la niña empezó a inquietarse hasta que rompió a llorar.

—Acércatela al pecho, Raquel. Quizá tenga hambre —dijo la partera, que retiró con mucho cariño a la recién nacida de los brazos del maestro y la entregó a su madre, para que la amamantara.

—Tranquila, tranquila —susurraba la parturienta a su hija, que agudizó el llanto mientras se metía los minúsculos puños en la boca. Amira, impaciente, empezó a mamar con desesperación. Todo era nuevo para ellas.

Una vez satisfecha, la pequeña quedó adormilada, pero al punto se agitó encogiendo las piernas con breves gemidos. Raquel la acunó e intentó calmarla con voz queda, iniciando lo que daría sentido a sus vidas:

«Un anciano cortador de bambú se encontró con un árbol de bambú que tenía luz en su interior. Sintió una gran curiosidad acerca de lo que habría dentro. Cuidadosamente cortó el bambú y se quedó asombrado al encontrar a una preciosa criatura del tamaño de su pulgar en el interior. Decidió recogerla y llevarla a su hogar. Consultó con su mujer y llegaron a la conclusión de que era un regalo del Cielo. Decidieron llamar a la niña princesa Kaguya, Princesa de la Luz Brillante. A partir de aquel día...».

¹ Sala destinada a la escritura, normalmente aneja a una biblioteca.

² Caja o estuche donde se guardaban los utensilios para la escritura.

II

De la ciudad de Bagdad, a orillas del Tigris, procedía la familia de Raquel, fuertemente vinculada al islam. Abu al-Abbás, descendiente de Mahoma, acabó con la dinastía Omeya, trasladando la capital desde Damasco e imponiendo el califato Abasí. El florecimiento cultural, comercial e intelectual contribuyó a que la gran urbe se convirtiera en el epicentro del mundo conocido. Por su privilegiada situación geográfica, junto al Mar Pérsico, Bagdad se había convertido en un enclave comercial por donde circulaba todo tipo de mercancías, ejerciendo de puente físico y económico entre Oriente y Occidente, una ruta próspera tanto en transporte de especias, seda y ganado, como en creencias y cultura.

Los antepasados de Raquel pertenecían a la tribu de los *Quraysh*, heredera de los descendientes del profeta. Su abuelo materno, Ahmed Yabar, era el máximo responsable de las finanzas del califa An-Nasir, quien supo mantener las estructuras administrativas de los persas y la hegemonía árabe en las ceremonias de la corte imperial, a pesar de las contiendas con otras dinastías. Habiendo acrecentado posteriormente Bagdad su dominio sobre Mesopotamia y Persia, Ahmed, hombre maduro, culto y sensato, quedó prendado de una joven de ascendencia persa con la que contrajo nupcias a pesar de la diferencia de edad. Mientras él pasaba horas tediosas entre la gestión de impuestos y partidas de gastos, su esposa participaba de la compañía femenina más selecta, con pocas obligaciones y numerosas distracciones, pues el palacio era un hervidero de noticias y habladurías, que ella se ocupaba de difundir después de haberlas engrosado con detalles de su propia cosecha, probablemente como resultado de sus numerosas lecturas y de su fantásica imaginación. También participaba en relajados encuentros en los que se discutía sobre asuntos tan variopintos como filosofía, religión, poesía o astronomía.

Cuando nació Maryam, su primera y única hija, la vida de sus progenitores apenas cambió. Su padre, decepcionado por el nacimiento de una hembra, siguió enfrascado en los asuntos financieros del reino, mientras que Surena, la madre, enseguida se incorporó a sus actividades palaciegas; dejaba a la niña bajo los cuidados de una nodriza que la alimentaba y le proporcionaba el calor materno. Sin embargo, aquella distancia que mantenía durante el día, la suplía al atardecer, cuando se reunía con la pequeña y, libre de los cuidados confiados al ama, la acostaba en su lecho y le contaba fantásticas y emocionantes historias que ella misma había oído de los labios de su madre y de su abuela: historias de enamorados, marinos, princesas encantadas y valientes guerreros. Pero a la pequeña le fascinaban especialmente los relatos del rey Dicelem y de su asesor Burdubem que, a través de sus fábulas protagonizadas tanto por animalillos como por personas de la realeza, alimentaban su imaginación a la vez que aprendía de los ejemplos entre el bien y el mal.

Imbuída en aquel mundo fascinante, Maryam crecía y se iniciaba en la lectura y la escritura, pues ambas destrezas se habían convertido en el centro de su vida, por lo que su progenitora avanzaba el regreso a sus aposentos para adiestrar a su hija, con suma paciencia, en la compleja caligrafía y el descifrado de los textos. Una vez terminada la tarea, infatigable para la niña, la madre iniciaba cada día el relato de las aventuras que compartían.

—¡Madre! —le solicitaba por la noche, plácidamente arropada en el lecho a la luz de una vela — ¡Quiero oír una de las historias del rey Dicelem y de su filósofo Burdubem! ¡Una historia de animales o princesas!

—¡Ven, pequeña! Acomódate y cierra los ojos —respondió Surena—. Te contaré el cuento de la rata transformada en niña:

«Se cuenta que un religioso estaba un día a la orilla de un río cuando se acercó volando un milano que había atrapado a una rata, que se le cayó de las garras delante del religioso. Al religioso le dio pena la rata, la recogió y se la llevó con él. Mas temiendo que fuese difícil de criar, pidió a Dios que la transformase en una niña. Dios atendió su ruego y convirtió a la rata en una niña muy hermosa y gentil. El religioso la crio con mucho cariño, sin contarle nada de su origen. Y cuando cumplió los doce años, le dijo: “Hijita, ya tienes edad para tener marido. Escoge al que quieras y te casaré con él”. Ella respondió: “Quiero un marido que no tenga igual en valentía...”».

De tal manera se sucedieron los primeros años de vida de la joven, disfrutando del tañido del setar³, que ejecutaba exóticas nubas⁴ y de bellos recitales de poemas y relatos como el Panchatantra⁵. En ningún momento abandonó el arte del tejido de los tapices, aprendido de su nodriza. Maryam era especialmente habilidosa, ocupándole cada vez más tiempo de sus relajados días, pues los telares también formaban parte de su vida; los bastidores y los hilos no eran más que una prolongación liberadora de su existencia, ya que sobre las maderas unidas por clavos entrelazaba la urdimbre de hilos y, con suma delicadeza y mezcla de nudos y hebras de colores, estampaba las más bellas imágenes que habían quedado impresas en su mente y en su alma a través de las historias acumuladas en su memoria desde la infancia.

Un día visitó a su padre en palacio; le complacía enormemente pasear por los exuberantes jardines y recorrer con la vista los edificios decorados con exquisitos ornamentos. Allí se sentía como una auténtica princesa. Maryam y su madre llegaron a un luminoso despacho donde su padre conversaba con un joven de ojos negros y tez cetrina. Al cruzarse sus miradas, la muchacha sintió cómo el corazón se aceleraba y sus mejillas se encendían de rubor. En cuanto los dos hombres las vieron llegar, se levantaron a saludarlas.

—¡Bienvenidas! —saludó Ahmed, mientras ellas inclinaban levemente la cabeza en señal de respeto.

—Esposa, hija, os presento a Habib ben-Marrash, un importante comerciante de especias árabe, con quien estoy tratando asuntos de interés. Permanecerá unos días en la ciudad alojándose en nuestra casa.

Habib, impresionado por la belleza de Maryam, solo acertó a esbozar una cortés reverencia, quedándose al instante sin palabras. Pero la atracción que sintieron los jóvenes no pasó desapercibida por la madre, que enseguida inventó una excusa para marcharse, hecho que agradeció silenciosamente el padre, ya que no le agradaban las sorpresas, y mucho menos la exposición de su hija ante ojos extraños.

Tras abandonar la sala, pasearon junto al río envueltas en un incómodo mutismo. Al llegar a casa, cada una se dispuso a continuar con sus quehaceres. Antes de salir, Maryam había dejado interrumpida su labor de tejido precisamente cuando se disponía a comenzar el motivo central de un tapiz: unas sencillas flores de loto. A su regreso, extasiada por un sentimiento nuevo que le

inflamaba las entrañas, solo se sintió capaz de ordenar los hebras mientras guardaba un silencio taciturno y una expresión embelesada en el rostro.

—¿Qué ocurre, Maryam? —preguntó el ama—. ¿No ibas a tejer las flores de loto? ¿Qué pasa, muchacha?

La mujer mostraba su preocupación al verla fascinada, sentada en la alfombra junto al bastidor, con los hilos de seda en la mano y la mirada perdida.

—¡Ay, ama! —respondió—. Siento una extraña desazón en el pecho que me turba y me embriaga a la vez. Creo que me he enamorado.

—¡Calma, pequeña! Recuéstate y escucha esta historia:

«Se cuenta que hace mucho tiempo hubo un rey muy amado por su pueblo, llamado Shariar. Sucedió que un día que salió de caza regresó a palacio antes de lo previsto y sorprendió a su esposa en brazos de su amante. Inmediatamente los mandó degollar. El monarca, muy dolido por la infidelidad de su mujer, pasado un tiempo convocó al visir y le pidió que cada día le hiciera llegar a una doncella del reino. El rey las desposaba, pero al amanecer, recordando la infidelidad de su esposa, las hacía decapitar.

«Pasaron muchos años sin que el rey encontrara la paz, sumiendo a todo el pueblo en el horror de que sus propias hijas sufrieran la misma suerte. Un día, el rey mandó al visir que le llevara a otra joven, pero por más que buscó, no pudo encontrar a ninguna. El visir tenía dos hijas, la mayor llamada Sherezade, muy hermosa e inteligente, y la menor de nombre Doniazada. Sherezade, al advertir la preocupación de su padre le dijo: “¡Por Alah, padre, cáseme con él! ¡Prometo salvar a todas las jóvenes del reino o morir como ellas!”...».

Siguiendo la tradición bagdadí, Maryam había sido prometida en matrimonio, desde su tierna infancia, con el primogénito de un reputado jurista de la ciudad, unión que habían concertado las familias por propia conveniencia. Ambos jóvenes eran conscientes de su futuro y se sometían voluntariamente a lo que consideraban su deber como hijos obedientes, fieles a las tradiciones de su cultura. Pero los sentimientos que habían aflorado en lo más hondo de la joven le impedían cumplir con su obligado destino. Ella no deseaba romper las reglas ni contrariar a sus padres, pero su pensamiento se hallaba inmerso en aquellos ojos negros y su corazón latía únicamente por Habib. El comerciante se había instalado como invitado en la casa de Ahmed, pues el rey le pidió a su fiel servidor que lo acogiera y atendiera durante su estancia, convirtiéndose tal convivencia en un amor sereno y profundo entre ambos enamorados. Sin embargo, Surena percibía la atracción de la pareja y, después de comunicárselo a su esposo, decidieron que Ben-Marrash debería partir inmediatamente, pues sería una deshonra alimentar esa desafortunada unión con un simple comerciante, aunque rico y cultivado. Su hija tenía que casarse con su prometido, por lo que hasta que el extranjero partiera, permanecería encerrada en sus habitaciones.

Maryam cayó en una profunda tristeza. La joven obedecía confinada en sus aposentos donde pasaba las horas anudando fuertemente cada uno de los nudos que urdían el motivo central de su tapiz. No era dueña de su voluntad; las inocentes flores de loto que debían adornar la labor, fueron cobrando forma propia, aunque guiada por sus manos, inconscientemente dirigida por sus sentimientos: un dorado elefante que abría un camino y rompía obstáculos, un presagio que dictaba su destino y que ella interpretó como señal de buena suerte, longevidad, sabiduría y tenacidad. No cabía duda: escaparía con Habib al anochecer.

Y así fue. Tomaron camino hacia la costa de Occidente, deseosos de libertad. Mercaderes y

peregrinos se asociaban en largos viajes por su propia seguridad, compartiendo durante la travesía lo que cada uno tenía. Ataviados los dos con ropajes varoniles, se unieron a una caravana que transportaba especias hacia Alejandría. El lento caminar de los camellos con su colorida carga acompañaba a los dos amantes que cruzaban miradas cómplices, mientras sentían su pasión calmada amorosamente por los pasos acompasados de los jamegos. Maryam y Habib se hacían pasar por hermanos: él, alto y corpulento, supuestamente cuidaba del pequeño, mucho más menudo y frágil por su naturaleza enfermiza. De tal modo disimulaban sus frecuentes acercamientos, ya que, según la historia que inventaron, habían quedado huérfanos y viajaban a Alejandría para instalarse con unos parientes que cuidarían del menor, mientras que el mayor se labraba un porvenir.

Pero en su interior contaban las lunas que faltaban para llegar a la ciudad egipcia, donde pensaban unirse en matrimonio. La fortuna de Habib les facilitaría cualquier contratiempo que surgiera, hecho que les tranquilizaba y les permitiría trazar serenamente un destino adecuado donde instalar su familia y un nuevo medio de vida.

Al caer la noche, dormían bajo las estrellas, junto al fuego, arropados por gruesas pieles, no sin antes haberse regalado un beso a escondidas. Un frío amanecer les despertaron gritos amenazantes.

—¿Qué ocurre? —preguntó Maryam a Habib.

—Finge que sigues durmiendo —contestó él—. Iré a ver qué pasa.

Cuatro hombres a caballo vociferaban con el guía de la caravana. Algunos comerciantes y peregrinos se acercaron, mientras otros seguían disfrutando del merecido descanso. De lejos oyó que estaban buscando a un hombre procedente de Bagdad, que se había llevado contra su voluntad a una preciosa joven de buena familia, arrancándola de su hogar. El padre de la muchacha era un hombre de confianza del califa An-Nasir, quien prometía una cuantiosa recompensa a cualquiera que ofreciera noticias de la muchacha, llamada Maryam.

—En esta caravana no llevamos a nadie contra su voluntad —respondió el guía—. Todos viajamos en armonía. Llevamos varios días de camino, hemos congraciado y, aunque hay individuos de carácter más reservado, no se ha producido ningún hecho sospechoso. Casi todos somos mercaderes. Nos acompañan algunos peregrinos, familias que se dirigen a sus hogares —informó detalladamente.

La cuadrilla tomó otro rumbo sin dilación, mientras Habib se acercó a su prometida y le contó lo que había oído.

—¡Nos están buscando! ¡Son los hombres que envía el califa a petición de mi padre! ¡Debemos tener mucho cuidado! —susurró la joven.

—No te preocupes —respondió él—. Cuando lleguemos a Alejandría y celebremos nuestros esponsales, partiremos hacia tierras lejanas —la calmó. Y sin bajar la guardia los falsos hermanos continuaron la marcha.

Transcurrieron varias lunas, hasta que un atardecer la caravana se detuvo para descansar. La tarde estaba especialmente luminosa. Sobre la arena del desierto acomodaron a un lado las monturas y a otro encendieron una hoguera para caldear el sueño. Pero aquella noche se resistía a llegar; algo extraño ocurría. Cuanto más tiempo pasaba, más claramente podían ver, hasta que fueron conscientes de lo que ocurría: se encontraban próximos al Delta del Nilo, a su destino. Una brillante luz bajo el oscuro cielo les anunció que al día siguiente alcanzarían Alejandría. La costa mediterránea de Egipto era llana, carente de cualquier referencia para la navegación, por lo que Ptolomeo I, sucesor de Alejandro Magno, fundador de la ciudad, ordenó levantar una elevada

construcción en cuya cúspide colocaron grandes espejos metálicos. Así durante el día reflejaba la luz del sol y durante la noche proyectaba la luminosidad de una gran hoguera cuya claridad se apreciaba a gran distancia, iluminando sin descanso la ruta de las embarcaciones.

—Estamos próximos a Alejandría —dijo el guía—. El faro nos lo indica. Mañana finalizará nuestro viaje.

Al amanecer la caravana se puso en marcha. En cuanto alcanzaron la cima de una duna, vieron la isla de Pharos, con su perenne antorcha que anunciaba la llegada a la ciudad a través del Heptastadion, la lengua de tierra que unía la construcción cercana al mar con el puerto de uno de los centros comerciales más importantes de la época. Todos se detuvieron a disfrutar de aquella maravilla: un edificio construido sobre una plataforma de base cuadrada, de la que surgía un elevado cuerpo octogonal, en el que descansaba una cúspide circular, que proyectaba sin descanso luminosidad por doquier.

—¡Qué maravilla! —exclamó Habib.

—De cerca es aún más impresionante —añadió el guía—. La altura del edificio es imponente. Está construido con bloques de mármol ensamblados con plomo fundido para que resista el paso del tiempo y la fuerza de las olas —explicó detalladamente—. En la base hay una estatua de Poseidón, según unos o de Zeus, según otros; en todo caso una divinidad que protege tanto al faro como a los navegantes.

Agotados por el viaje, pero alentados por el amor, llegaron a la ciudad. Una vez allí, se instalaron provisionalmente en casa de unos conocidos del muchacho, amigos de confianza. Pero ellos se sentían perseguidos. El episodio de la caravana los mantenía alerta. Debían trazar un plan. De momento los contactos y el dinero del joven comerciante aligeraron la falsificación de documentos necesarios para la celebración del matrimonio, una ceremonia sencilla e íntima, el mayor deseo de los contrayentes.

—Maryam, debemos partir de nuevo —dijo el esposo—. He pensado que hasta que decidamos nuestro destino, podríamos instalarnos una temporada en Túnez, una populosa ciudad. Allí pasaremos desapercibidos todavía como hermanos.

—De acuerdo, Habib. En Túnez organizaremos un futuro seguro, lejos de cualquier amenaza.

Instalados en la ciudad tunecina, Habib decidió que, mientras valoraban sin prisa el lugar en el que se asentarían definitivamente, aprovecharía las oportunidades que le ofrecía el enclave. Entre varias inquietudes que revoloteaban en su interior, entrevió la posibilidad de formarse en el Corán, pues sabía que en dicha medina existía la Mezquita Zitouna o Mezquita del olivo, donde empezaban a florecer los estudios en distintas materias. Quizá Maryam, interesada desde pequeña en el conocimiento, se animaría a acompañarle, se aventuró a pensar.

—¡Me hace muy feliz tu propuesta, Habib! —Se alegró Maryam—. Pero no van a permitir que una mujer estudie —objetó—. A no ser que...

—Efectivamente —la abrazó el esposo después de haber compartido los dos el mismo pensamiento—. A no ser que esa mujer se vuelva a transformar en el hermano enfermizo de un joven recio que lo cuida y protege.

Día tras día acudían los dos hermanos a la *madrassa*⁶ de la Mezquita, un impresionante edificio ubicado en el corazón de la medina, cercano al zoco. Su amor crecía entre suras y aleyas⁷, discusiones sobre la interpretación de las leyes divinas e incluso el estudio comparativo del islam con el judaísmo y el cristianismo, cuestiones que contribuían a la madurez de sus respectivas almas, a equilibrar su espíritu, a la vez que afianzaban la fe. Completaban su formación con

lecciones de gramática, pues coincidían en que para comprender un texto era imprescindible conocer con la mayor exactitud posible la lengua en que estaba escrito.

A sus oídos llegaron rumores en el zoco de que el califa de Bagdad buscaba a un malhechor que arrancó del hogar familiar a una rica joven; incluso había quienes afirmaban que el cuerpo de Maryam, —todos coincidían en el nombre—, había aparecido despedazado en el río Zayandeh, a su paso por la ciudad de Isfahán.

La noticia alarmó a los esposos que prepararon sus enseres para iniciar un largo viaje: cruzarían las aguas del mar Mediterráneo y continuarían por tierra hasta al-Ándalus, lugar muy alejado de Bagdad, donde en aquellos momentos las contiendas por la conquista de territorios musulmanes mantenían a la población revuelta. Nadie sospecharía que se habrían trasladado a una zona conflictiva. Con suerte llegarían a salvo, aunque en breve deberían buscar alguna ocupación, pues la fortuna de Habib había mermado considerablemente. No quería preocupar a su esposa, pero su peculio escaseaba. A Maryam le inquietaba otro asunto: creía estar encinta, sin embargo, no era el momento de comunicar a Habib la feliz noticia, porque quizá él se mostraría excesivamente protector y descartaría aventurarse en tan largo recorrido. «No diré nada», pensó la muchacha, «además, aún no tengo la certeza».

Bien entrada la noche dos figuras masculinas, una corpulenta y otra menuda, aparecieron sigilosamente en el puerto de Túnez, ligeras de equipaje. Se embarcaron en un carguero que emprendería una travesía de diez días, sin perder de vista la costa, hasta Tenes, frente a la península, zona fértil en trigo, para transportarlo a al-Ándalus, donde escaseaba. Desde allí cortarían posteriormente el mar a lo largo de un día y una noche hasta llegar al destino previsto, Alicante, una de las puertas marítimas de al-Ándalus, ciudad famosa por su producción de higos secos, vinos y aceite.

Guiando subrepticamente la voluntad de su esposo, Maryam escogió aquella vía marítima, pues era famosa por su bonanza y estaba alejada de los vientos y las corrientes abruptas. Así podría confundir las náuseas matutinas, que le habían confirmado el embarazo, con el mareo habitual de algunos pasajeros. Ya en tierra firme, tomarían destino a Toledo, ciudad andalusí floreciente, donde la comunidad musulmana esperaba a la joven pareja, proporcionándole trabajo a Habib, conocedor de varias lenguas y con un amplio bagaje cultural, como traductor e intérprete en aquel lugar que estaba despertando al conocimiento universal. Hasta entonces la esposa intentaría ocultar su estado al futuro padre.

Llegados a la península, uno de sus contactos les había organizado todo lo necesario para el traslado a su destino: varias jornadas de viaje —unas a caballo, otras en carro— y el hospedaje nocturno que les garantizara el descanso y las provisiones. Así pues, se instalaron en la urbe toledana, conquistada por Alfonso VI en 1085 y proclamada definitivamente cristiana mucho más tarde tras la victoria de las Navas de Tolosa. En tiempos convulsos Maryam y su esposo recibieron a su única hija, Raquel, que creció al calor de los hilos y tapices de su madre y de las historias en distintas lenguas, que ya se habían acomodado a su oído y que ella comprendía a la perfección.

—¡Madre! —le decía al anochecer—, cuénteme una historia.

Y Maryam comenzaba:

«Cerca de un prado había un león que era el rey de todos los animales del territorio. Entre los vasallos del rey león había dos linceos muy valientes y astutos, uno llamado Calila y el otro Dimna. Dimna era más diligente y ambicioso, y el que menos satisfecho se encontraba

de su estado, pues el rey no los reconocía ni eran de su privanza. Cuando Dimna advirtió que el rey león permanecía escondido y que no se movía y disfrutaba como era su costumbre, se lo comentó a Calila.

—¿Qué te importa a ti eso, hermano? —respondió Calila—. Nosotros estamos en buena situación, vivimos a las puertas del palacio y no nos falta de nada, aunque no pertenezcamos a la corte del rey. Olvidate de ello, pues a quien se mete donde no debe, le puede pasar lo que al mono artero y entrometido.

—¿Cómo fue eso?

Se cuenta que un mono vio a unos carpinteros...»

³ Instrumento persa, de cuerda pulsada.

⁴ Textos poéticos persas, que se recitaban acompañados por el setar.

⁵ Colección de cuentos de la literatura sánscrita, cuya composición se sitúa entre los siglos III a. C. y III d. C.

⁶ Escuela musulmana.

⁷ En el Corán el texto se organiza en *suras* o capítulos y en *aleyas* o versículos.

III

Los orígenes de Martín se encontraban en Córdoba. Su padre, Nuño, había intentado en varias ocasiones indagar sobre su estirpe, enraizada desde varios siglos atrás en aquel enclave. El estudio de la filosofía había ocupado la vida de varias generaciones paternas, mientras que la rama materna entoncaba con Sara, la sobrina predilecta de Lubna, responsable de la biblioteca del califa Alhakén II, cuya sobrada experiencia en la administración y en la guerra, propició un reinado pacífico y fecundo. En aquellos momentos disfrutaban de un período de calma militar tras los desencuentros con el monarca de León, Sancho I, por la reclamación de las fortalezas prometidas a su difunto padre, Abderramán III, nunca entregadas. Tras la ofensiva militar del segundo califa omeya, sus nuevas conquistas territoriales y las crisis dinásticas de algunos reinos cristianos, Córdoba alcanzó la supremacía, por lo que el gobernante fomentó la cultura, fundando numerosas escuelas y una biblioteca con más de 500 000 volúmenes de todas las ramas del saber, aneja a un taller de escribanía, miniaturistas y encuadernadores.

Allí mismo, rodeada de libros y de amor por la cultura, Sara acompañaba a su tía, mientras devoraba las más variadas lecturas, siempre bajo la supervisión de su mejor maestra. Se divertía con las comedias de los griegos Aristófanes y Menandro, a la vez que descubría las situaciones más jocosas en Plauto y en Terencio, a los que leía en latín. Ella era toda una experta en algarabillo, que no era sino el resultado de la fusión de las lenguas que se hablaban en su ciudad, una mezcla de árabe, latín, hebreo e incluso vocablos de otros grupos islámicos del norte de África, con idioma propio, y de otros eslavos, procedentes del este de Europa. Sara se manejaba con fluidez en los distintos idiomas que oía a diario, era una experta comunicadora y sentía la insaciable curiosidad de entablar conversación con todo el mundo; congraciaba con los mercaderes cuando iba al zoco con su madre, con el vecindario por su desparpajo y por lo resolutiva que resultaba ante cualquier contratiempo; dejaba perplejas a las distinguidas visitas, que recibían en su casa, por la naturalidad con la que se expresaba en cualquier lengua y las continuas preguntas que planteaba, provocando en ocasiones el enfado de su padre que, sin contemplaciones, la mandaba a sus aposentos.

Cierto día su tía le anunció la visita de una mujer muy pintoresca, nada más y nada menos que una religiosa, procedente de tierras germanas.

—Tía, ¿podré conocerla? —preguntó entusiasmada—. Dicen que es una aristócrata que viene de la Abadía de Gandersheim y que tiene las mejores profesoras; entre ellas afirman que hay princesas y sobrinas de emperadores.

«Quizá venga en busca de aventuras», elucubraba Sara.

—Deja que yo la conozca primero e indague su talante, pequeña —aconsejó Lubna—. Roswitha de Gandersheim suele vivir reclusa entre altos muros y lujosos cuidados, centrada en la oración, la lectura y sus inicios en la escritura. No creo que se parezca demasiado a tu admirada Egeria que, aunque también religiosa, se aventuró a recorrer el mundo, visitando los Santos Lugares y enviando noticias de sus andanzas a sus amigos.

—De acuerdo —respondió resignada—. Esperaré tu decisión.

Al poco llegó Roswitha a la ciudad de Córdoba, rodeada de un pomposo séquito de gentes de rostro pajizo y carácter seco. Traía como único objetivo conocer la fabulosa biblioteca de Alhakén II, comparada en aquel momento con la de Alejandría, consultar sus volúmenes como fuente de inspiración y conocimiento. Lubna fue la encargada de recibirla y acompañarla durante su estancia, descubriendo en la joven religiosa un espíritu ávido de sapiencia y una mente preclara. A la germana le fascinaron especialmente los tratados de Medicina y Botánica por sus minuciosas ilustraciones y su perfecta caligrafía. También se interesó por temas esotéricos, algo que no extrañó a su anfitriona, ya que de sobra era conocido el respeto que la invitada profesaba por las distintas religiones y todos los ámbitos del saber.

Enseguida la bibliotecaria califal apreció que la extranjera podía congeniar con su sobrina. En cuanto se lo comunicó a Sara, la joven se alegró enormemente y le sugirió a su tía organizar una recepción privada siguiendo el protocolo instaurado por Abderramán III, para que la religiosa conociera y disfrutara de las costumbres singulares del pueblo andalusí.

—Me parece muy buena idea —comentó Lubna—, pero tú deberás ocuparte prácticamente de todo. Yo tengo mucho trabajo.

—No hay problema —contestó Sara—, aunque necesitaré que me asesores, porque yo no he organizado nunca ninguna recepción, pero quiero aprender y deseo que Roswitha recuerde el ceremonial de la invitación propio de nuestra cultura. ¿Por dónde empiezo? —terminó desbordando entusiasmo y energía.

—Comienza por la invitación; debes escribir unos versos originales, relacionados con la amistad y con el elogio a su persona —ilustró la tía a la sobrina—. Con palabras gratas aceptará encantada.

La joven no había caído en la cuenta de que el protocolo omeya exigía numerosas habilidades por parte del anfitrión. Sin embargo, no se amilanó y comenzó su tarea organizativa. El encuentro se celebraría con el ocaso del sol, comunicó Sara en nombre de Lubna, la bibliotecaria califal, y el suyo propio, en un patio de las dependencias privadas, informó a la invitada, después de escribir unos sencillos versos a modo de halago:

*Ante tan insigne persona,
poseedora del don de la palabra,
de alma libre y corazón puro,
nuestro mayor respeto.
Que los lazos de amistad
surjan raudos cual palomas
y se anuden fuertes y sinceros
a lo largo del tiempo.*

La respuesta no tardó en llegar: había accedido. Sara tenía un gran cometido entre sus manos. La víspera del festín transcurrió con un sinfín de preparativos: las verduras, las carnes, los pescados..., todo se arremolinaba en la cocina entre el color de las especias y la variedad de frutos secos. Entre risas y bromas las criadas se afanaban bajo las órdenes de Lubna y la atenta mirada de su sobrina.

El atardecer sorprendió a las anfitrionas ultimando los detalles en el patio, cuando les anunciaron la llegada de la invitada. Ambas acudieron a recibirla al oscuro zaguán, donde encontraron a Roswitha y una de sus sirvientas. Ante los nervios que la homenajeadá apreció en la pequeña, se acercó a ella, le agarró las manos y la besó en la frente.

—Tu tía me ha hablado mucho de ti. Yo también estoy deseosa de conocerte —le aseguró.

La alegría estalló en la cara de Sara, que ansiaba la conversación con aquella docta religiosa.

—Bienvenida —saludó Sara a continuación.

—Por favor, pase al patio donde podremos disfrutar del encuentro —concluyó la bibliotecaria.

Al otro lado de la cancela, esperaban dos muchachas para cumplir con el ritual del lavado de manos: una de ellas sujetaba una pequeña pileta sobre la que Roswitha colocó sus manos; la otra sostenía una jarra de cobre con agua tibia, aromatizada con azahar, que vertió con delicadeza sobre aquella piel tan blanca. A continuación, le ofrecieron un paño de hilo con el que se enjugó, complacida por compartir la ceremonia que inmediatamente daba paso desde el umbrío zaguán al patio, abierto a la luz y dispuesto para el acomodo.

—La paz contigo —pronunció Lubna, mientras ofrecía a la hermana un vaso de leche y unos dátiles, como símbolo de pureza de sentimientos y de protección.

Las flores abrían sus pétalos, perfumando la estancia. El murmullo del agua relajaba los sentidos a la vez que refrescaba el ambiente. Bajo una palmera habían dispuesto una mesa baja, vestida con un mantel de fina piel, sobre la que se exhibían deliciosas viandas. Numerosos candiles iluminaban a modo de estrellas cuyo brillo multiplicaban las copas de cristal. Lubna propuso tomar asiento en unos mullidos cojines.

—Señora, ¿cómo debo llamarla? —preguntó espontáneamente la chiquilla en latín.

—Roswitha es mi nombre, así espero que me llames —y ese fue el comienzo de una reunión inolvidable.

La invitada les ofreció un presente, envuelto en un paño de hilo sellado con su propio lacre. Mientras Lubna lo sujetaba, Sara se apresuró a abrirlo. Descubrió un cilindro de marfil alrededor del cual se envolvía un pergamino. Con gran curiosidad lo desenrolló y con cierta dificultad acertó a pronunciar el título en su precario alemán, *Los encantamientos de Merseburg*.

—Como amantes de las letras que sois, me he atrevido a obsequiaros con un texto de época pagana —explicó la monja—. Se trata de unos antiguos conjuros, anteriores al año 750, que forman parte de la mitología germana, muy frecuentes entre las tribus alemanas anteriores a la escritura. El primer encantamiento es un hechizo de resolución de un problema; el segundo se trata de un conjuro mágico sanador.

Un brillo surgió en los ojos de Sara, deseosa de conocer su contenido.

—Nos sentimos muy agradecidas —añadió Lubna ante la expresión atónita de su sobrina.

Sara guardaba infinidad de preguntas que quería satisfacer. Intentaba comportarse con la mayor corrección y no extralimitarse en ningún momento, por lo que le había pedido a su tía que la corrigiera suavemente si fuera necesario. Hablaron de sus lecturas preferidas, de los sentimientos que provocaban en ellas algunos autores o algunos textos.

Un despliegue de criadas acudía al servicio de las tres damas; reponían las aceitunas aliñadas que deleitaron a la extranjera, al tiempo que ofrecían ensalada de hinojo con queso y bolas de pollo con pistacho. La conversación se detuvo con la llegada del primer plato, ya que la invitada preguntó el nombre y los ingredientes del guiso anaranjado.

—Se llama alboronía —dijo Lubna—. Se elabora con berenjenas y calabazas principalmente, condimentadas con cilantro, alcaravea y comino.

—¡Delicioso! —apuntó la homenajead—. El espolvoreado de frutos secos aporta un contraste peculiar de sabores.

—Disculpe, Roswitha, ¿qué actividad le complace más, la lectura, la oración...? —dijo Sara.

—En estos momentos el conocimiento y la producción propia de textos, vidas de santos, breves comedias... La base de mi formación reside en los clásicos, como Virgilio, Ovidio, Horacio,

Plauto, Terencio, tomando como referente principal la Biblia y los Padres de la Iglesia. Ante todo, soy una mujer cristiana.

—Respetamos enormemente sus creencias, Roswitha —añadió Lubna.

—El ser humano goza de la libertad de pensamiento y de la inteligencia en beneficio propio y ajeno. El respeto es uno de los valores principales para la convivencia y el entendimiento, claves para el diálogo y la paz.

Una sirvienta se acercó a retirar el servicio, mientras se presentaba el segundo plato, que también detuvo la conversación.

—Lo llamamos *caldillo de perro* —informó la bibliotecaria ante el asombro de la invitada—, pero no se alarme, no contiene carne canina.

—¡Cómo me alegro! Me quedaría más tranquila si me indicara los ingredientes —bromeó con la cara enrojecida.

Las tres rieron por la confusión que se había creado. A continuación, la anfitriona le informó que se trataba de un sencillo guiso elaborado con pescadilla, ajo y cebolla. La peculiaridad consistía en añadir zumo de naranja que adquiriría la tonalidad azafranada, al trabarse con la cebolla caramelizada.

En los postres se ofrecieron pastelillos de almendras y arroz con leche, acompañados de un té a la menta.

—Me produce una enorme satisfacción disfrutar de la cocina andalusí: es única.

—Nuestra gastronomía dispone de productos muy variados y de excelente calidad. Nuestra tierra es fértil y el clima, propicio para el cultivo de cítricos, cereales, legumbres, hortalizas y verduras en general. También consumimos pescados, mariscos y carnes, exceptuando el cerdo, uno de los alimentos *haram*.

—¿*Haram*? —interrogó la alemana.

—Según el islam existen dos tipos de alimentos: los *halal* o permitidos y los *haram* o prohibidos, como las bebidas alcohólicas, aves de presa con garras o insectos —respondió Lubna.

—Muy curioso.

—A la calidad de nuestros productos se une el afán por lo novedoso, conforme a las costumbres orientales, adquiriendo un lugar destacado las especias —precisó—. Nuestros cocineros experimentan la alquimia de las especias que, junto a los frutos secos y los jarabes aderezan salsas, adobos y escabeches.

—¡Un placer único degustar la gastronomía andalusí! La cocina germana adolece de la variedad y la creatividad árabe —concluyó la religiosa.

—Quizá este viaje le anime a escribir algún recetario —anunció Sara—. Nuestro querido Zyryab destacó en diversas artes, siendo una de ellas, la culinaria.

Volvieron las risas a la tranquilidad del patio. Tras la copiosa comida reposaron en un ambiente acogedor que invitaba a las confidencias.

—Te contaré un secreto —susurró Roswitha a la niña—. No consigo cocinar nada comestible.

Fue entonces momento de revelaciones. Roswitha contó a su anfitriona que había tenido noticia de un joven mártir, Pelayo, cuya muerte en Córdoba, según las malas lenguas, atribuían a Abderramán III, asunto que le estaba ocupando el tiempo en sus inicios como escritora. Ante la confianza demostrada, Sara también quiso compartir con la religiosa su secreto: su madre era musulmana y su padre, cristiano, pero ambos coincidían en la existencia de un Ser Supremo, Creador del mundo y Unificador de almas.

Enzarzadas en la conversación, la alemana disertaba sobre la satisfacción que le producía el saber, por lo que le reveló que tenía en mente una curiosa historia: la de un hombre que vendía su alma al diablo para conseguir poder y conocimiento

—¡Fascinante! —exclamó Sara, mientras sus ojos brillaron con una luz deslumbrante y en su rostro, como activado por un resorte, se dibujaba una enorme sonrisa a la vez que se arrugaba deliciosamente la comisura de los ojos.

Aquel encuentro acabó de conformar la personalidad de Sara, quien siguió instruyéndose, compaginado su formación con la ayuda en la biblioteca, ya que su tía fue nombrada secretaria personal del califa. Al poco tiempo confiaron a la joven cordobesa la coordinación de varios grupos de mujeres copistas, más de ciento setenta, que en un arrabal de la ciudad reproducían duplicados de los textos solicitados por el monarca. Se sentía muy orgullosa de sí misma, disfrutaba de libertad, conocimiento y el prestigio de colaborar en la ampliación de la biblioteca de Alhakén II, el califa que hizo de Córdoba la joya del mundo en el esplendoroso siglo X.

Por otra parte, las atribuciones de Lubna como secretaria del califa se incrementaban; en concreto, las cuestiones culturales recaían exclusivamente bajo su organización y supervisión, desde que se concebían hasta que se materializaban, controlando a su vez la evolución y el éxito de cada una.

En su máximo esplendor se encontraba la corte de Alhakén II cuando el nuevo califa la heredó de su padre. El monarca ostentaba, entre otras, el poder de la ciudad de Córdoba, la más habitada en aquellos tiempos. La riqueza también fluía en la misma proporción; se destinaban cuantiosas partidas pecuniarias a la iluminación y pavimentación de las calles, a jardines, a suministro abundante de agua en las fuentes a través de un ingente acueducto que bajaba de la sierra. Los baños públicos se extendieron por centenas, así como se multiplicaron las mezquitas, zocos y bibliotecas. Corría el rumor de que Abderramán III, padre de Alhakén II, en vida le había obligado a residir con él en palacio, sin tomar esposa. Al poco de ocupar el trono, el heredero se unió a Radhia, que no lograba quedarse encinta. Entre las numerosas mujeres del harén enseguida se enamoró de una esclava, capturada en una de las numerosas contiendas con los reyes cristianos del norte de la Península. Un cúmulo de cualidades coincidían en aquella joven de rubia cabellera y suma belleza, llamada Aurora en tierras cristianas, Subh en al-Ándalus. Exhibía una exquisita educación: se había formado en distintos ámbitos del saber. Su voz sonaba espléndidamente armoniosa en el canto, demostraba amplios conocimientos en jurisprudencia, poesía, astronomía y tradiciones; se esforzaba en agradar al monarca en aquello que él más apreciaba. Cegado de amor, incluso le permitía montar a caballo o vestir a la moda de Bagdad, como gustaban las aristócratas de la época, es decir, como un joven varón adolescente, atendiendo al nombre de Ya'far cuando lucía ropas masculinas.

En poco tiempo Subh dio dos hijos varones al rey: Abderramán —el mayor— e Hixam —el pequeño—, asegurando la descendencia y la sucesión al califato. En el momento adecuado, solicitó a Alhakén los mejores preceptores para la educación de los príncipes, a lo que el califa accedió contratando a los más afamados, pues era consciente de que la formación intelectual condicionaba positivamente el éxito personal y profesional de sus hijos y, en general, de todo ser humano. Se enorgullecía de que hasta los reyes cristianos del norte de la Península confiaban la educación de sus hijos a los sabios cordobeses, enviándolos a estudiar a la capital del Califato.

Durante la selección de los profesionales, ayudado por Lubna, el soberano decidió impulsar el saber para que fuera accesible a la población. Tras consultar a su secretaria, determinó poner al frente del proyecto a la persona adecuada. Ella sabía que tal labor estaba hecha a medida de su

sobrina Sara, volcada en la biblioteca y en la propagación de la cultura. Antes de que la comisionada delegara gran parte de la gestión bibliotecaria en manos de instruidas mujeres cordobesas, les enseñó detalladamente el novedoso y eficaz sistema de clasificación bibliográfica creado por su tía.

Enseguida pasó a la acción. Acudió a la llamada del califa, que deseaba conocer a tan valiosa mujer y explicarle claramente sus atribuciones y las instrucciones que debía seguir: le confió la creación de escuelas públicas, a las que destinaba pingües cantidades económicas, ya que se proponía distribuir las entre las distintas zonas de la ciudad. Así como la clase privilegiada disponía de recursos para la instrucción de sus hijos, financiada de formada privada por cada familia con generosas remuneraciones, la clase humilde, desprovista de privilegios, seguiría manteniendo el mismo estatus si no se tomaban medidas desde la administración califal, pues en aquella época la educación no era obligatoria, aunque la opinión del monarca sostenía que todos los ciudadanos tenían que saber leer y escribir como mínimo: sería un punto de partida.

—La educación primaria debe iniciarse alrededor de los cinco años —habló Alhakén a Sara, que estaba acompañada por Lubna—, tanto para los varones como para las hembras, sin hacer distinción —defendía con convencimiento—. Serán los padres quienes decidan sobre su descendencia; no obstante —insistía el soberano— se ofrecerá el servicio a ambos sexos.

—A través de la escuela se promoverá la islamización y arabización de la sociedad.

—Con permiso de su majestad, por consiguiente, deduzco que el Corán será nuestro libro fundamental —interrumpió Sara, un tanto nerviosa por la categoría de su interlocutor.

— En efecto —recibió como respuesta—. Los niños cordobeses aprenderán a leer y escribir en el Corán, al tratarse del libro donde surge la religión y las ciencias. Una vez adquieran la capacidad de leer y escribir en el Corán, se procederá al estudio de su contenido, pues no tiene razón de ser que memoricen el libro sagrado o cualquier otro texto sin dominar previamente las habilidades de la lectura y la escritura —continuó.

Durante la extensa conversación, Sara mantenía en alerta los cinco sentidos; no quería que nada escapara a su memoria, a pesar de que, por orden del monarca, Lubna anotaba la normativa que oralmente dictaba el rey.

—Así se hará —respondió complaciente—. ¿Considera necesario que se trabajen otras disciplinas en la enseñanza primaria una vez dominadas las dos destrezas básicas? —le interrogó.

—Como muy bien dices, adquiridas las dos destrezas básicas, los maestros ofrecerán a los discípulos fragmentos selectos de poesía y prosa, enseñarán caligrafía y reglas gramaticales árabes —continuó el califa.

—¿A qué edad sugiere que comience la enseñanza secundaria, Majestad? — la coordinadora se quiso informar de aquel importante proyecto.

—A partir de los doce o trece años. En esta etapa conviene diversificar las materias de estudio, ofreciendo un amplio abanico de posibilidades según los intereses y las aptitudes de los alumnos. Al estudio del Corán se añadirán disciplinas clasificadas como ciencias especulativas, conocimientos heredados de los griegos, útiles para el avance de la humanidad, tales como filosofía, lógica, ciencias de la naturaleza y física. Cada una de ellas se dividirá en varias ramas más precisas, como aritmética, música, astronomía... —el monarca continuaba decretando, mientras Sara se sentía incapaz de retener tanta información—. Mi secretaria te facilitará la clasificación de las distintas materias y la división correspondiente de cada una en sus diversas ramas —la informó. La mirada tranquilizadora de Lubna calmó a su sobrina.

—También te dará las correspondientes instrucciones relativas a la cualificación, remuneración

de los maestros y al calendario de trabajo —concluyó—. Confío esta empresa a la persona más cualificada, a ti, Sara, bajo la supervisión de mi secretaria. Solo deseo que tengas siempre presente que la educación es la mejor herramienta para la superación del ser humano y para el bienestar social, de ahí que apueste por una enseñanza pública al alcance de todos —así, a modo de conclusión, el califa puso fin a sus instrucciones, retirándose a otros menesteres.

Finalmente, Sara se relajó, mientras Lubna le comentaba el resto de los preceptos dictados por el monarca.

Al día siguiente comenzó la tarea de localizar los distintos lugares que el califa cedió gratuitamente como escuelas. Se sentía muy dichosa por la posibilidad que se ofrecía a la población, en concreto, a la más desfavorecida, para prosperar a través del estudio.

Después de revisar los locales, se citaría con su tía para la selección de los maestros. Resultó un proceso lento, pues las condiciones económicas ofrecidas funcionaban como un atrayente incentivo, por lo que la tarea de ambas mujeres recayó en comprobar a conciencia la formación de los aspirantes, una labor ardua. También acudieron importantes profesionales de la ciudad para ofrecer sus servicios a la sociedad de forma altruista.

En pocas semanas empezaron a funcionar las escuelas públicas, en las que abundaban especialmente los niños; la incorporación femenina tardó algo más en acudir, pues se mantenía la arraigada tradición de relegar a la mujer al cuidado de la familia y el hogar, conformándose algunos progenitores con que sus hijas aprendieran únicamente a leer y escribir. No obstante, de aquella iniciativa del califa surgieron grandes mujeres, cuyo anonimato alimentó a varias generaciones.

En total se llegaron a contabilizar veintisiete escuelas públicas en la ciudad de Córdoba, en algunas de las cuales dejaron su impronta Lubna, como profesora de matemáticas y Sara, como experta en poesía.

Los descendientes de Sara continuaron con la tradición del amor a la cultura, ya como ilustradores, amanuenses o incluso como maestros, pues su bagaje cultural les capacitaba sobradamente para tal empresa. Uno de ellos, Nuño, cristiano por convicción, continuó con su labor docente durante la ocupación de los almohades. Formó su propia familia, aunque enviudó el mismo día en que su único hijo, Martín, vino al mundo, quedándoles solo el apoyo familiar de la abuela paterna, aunque también de amigos y vecinos. Aprendieron a disfrutar de una vida tranquila y feliz en Córdoba. Padre e hijo amaban especialmente los momentos en que subían a la azotea de su casa, desde donde veían el cielo, unos días raso y otros nublado, pero siempre tan cerca que casi podían coger un trozo. De vez en cuando pasaba alguna bandada de pájaros que, veloces, se abrían camino sobre las aguas del Guadalquivir. Desde arriba se veía un horizonte verde y sereno; verde, por los cultivos que crecían gracias a las fértiles tierras regadas por las lluvias, y al sol casi omnipresente, y sereno, porque no era nada abrupto, ya que la tierra se ondulaba suavemente simulando las olas de la mar en calma. Desde la terraza de la casa se contemplaba su mundo, un mundo bucólicamente enmarcado en olores de uvas y albahaca.

—¡Martín, aviva el fuego! —repetía a diario su abuela, cuando lo dejaba al cuidado de la lumbre, mientras calentaba el almuerzo. La imaginación del muchacho volaba desde Troya hasta Ítaca o desde el Hades al Olimpo, según las historias que su padre le contaba a diario.

—¡Martín, hijo, ya no eres un niño, tienes edad de ayudar en casa y dejarte de fantasías! —le regañaba tras comprobar que el niño olvidaba su quehacer.

—Perdone, abuela. Pensaba en la enorme fortaleza que debió tener Hércules para superar los

doce trabajos —respondió el niño justificando su descuido. Enseguida volvió a mover con energía el abanico de esparto y el fuego prendió de nuevo.

—Abuela, ¿quién cree usted que era más fuerte y valiente, Hércules o Jasón? ¿O quizá Aquiles? —decía pensativo, mientras el fuego volvía a atenuarse a la vez que su imaginación se encendía —. No, no, abuela, fue Ulises, sin duda. ¿No le parece?

—¡Martín, déjate ya de chiquilladas! ¿No ves que otra vez se apaga el fuego? ¡Espabila, muchacho! Te haces mayor y tienes que ayudar a tu padre, yo no voy a estar siempre aquí — protestaba la abuela. Al oír esas palabras, en el interior del niño se abría una pequeña herida que curaba abrazando fuertemente a la anciana, mientras besaba sus mejillas.

Unos meses más tarde, la profecía se cumplió. Martín sintió que se le rompía el alma y que nunca, por muy larga que fuera su vida, nada podría calmar el dolor y la enorme soledad que le inundaba. Su abuela había ejercido la función de madre y, al marcharse, dejó huérfanos al hijo y al nieto, vacíos por dentro, aunque llenos del amor que les había regalado. Nuño cayó en una melancolía profunda, pues toda su familia, con la excepción del joven, había partido hacia la otra vida y la ciudad de Córdoba, sus calles, sus plazas, sus fuentes le recordaban a su madre, a su esposa, a sus seres queridos. En aquella hermosa urbe no podría recuperarse de tanto dolor. Su vida tenía que seguir adelante, Martín le necesitaba, no podía fallarle, era su obligación hacer de él un hombre de provecho. Por lo tanto, decidió comenzar una nueva etapa en otro lugar, ajeno a los recuerdos, y se dispuso a partir a Toledo, un lugar que cobraba cada vez más importancia por la cultura que empezaba a atesorar por parte de eruditos extranjeros y de la tierra. Había oído hablar de que las gentes cultivadas tenían asegurado un futuro próspero. Así pues, una mañana fresca iniciaron el camino que los llevaría a una nueva etapa. Medio dormido, Martín se agarró al brazo de su padre, triste porque dejaba su tierra, pero convencido de que comenzaban a escribir un precioso capítulo en su vida.

—Padre —dijo el niño después de bostezar—, cuénteme una historia de viajeros y aventuras, pero desde el principio. Y Nuño comenzó la historia de las historias, la que más amaba su hijo, en la lengua helénica en la que se concibió, tal como siempre se la relataba a Martín:

«Háblame, Musa, de aquel varón de mucho ingenio que, después de destruir la sagrada ciudad de Troya, vio las poblaciones y conoció las costumbres de muchos hombres y padeció en su ánimo gran número de trabajos en su navegación por el Ponto, en cuanto procuraba salvar su vida y la vuelta de sus compañeros a la patria. Mas ni aun así pudo librarlos, como deseaba, y todos perecieron por sus propias locuras...»

De Córdoba partían numerosas vías de comunicación hacia el resto de al-Ándalus y hacia lugares mucho más lejanos, pues los musulmanes aprovecharon la red viaria de los romanos, parcialmente abandonada por los visigodos que no manifestaron excesivo interés en mantener y conservar las antiguas calzadas. Abderramán I inició la actividad restauradora de los caminos, que posteriormente registraron en sus obras geógrafos árabes como Al-Istajari o Al-Edrisi, cuyas indicaciones servían de guía fiable a los viajeros. La inseguridad de los caminos contribuía a que los peregrinos se agruparan con la intención de hacer fuerza en caso de ser asaltados por los malhechores que, por escasas monedas, aniquilaban a cualquier persona que se atravesara en su camino. Aún no habían recorrido una legua, cuando Nuño y Martín alcanzaron por el sendero a un humilde fraile, quien, al oír aquellas palabras griegas, recordó sus tiempos de estudio, de riqueza y privilegios en la casa paterna de Frómista, en Palencia.

—La paz sea contigo —saludó Nuño al fraile.

—Y con vosotros —respondió él—. ¿Hacia dónde os dirigís?

—Vamos a Toledo, nos quedan muchas leguas por recorrer —añadió el padre de Martín.

—Yo me dirijo al mismo destino. Soy monje dominico. Mi nombre es Pedro González —se presentó.

—¡Vaya! Yo me llamo Martín González y él es Nuño, mi padre —habló el niño con la espontaneidad propia de la edad—. Primero vamos a una población lejana llamada Caracuel, para después dormir una noche en Calatrava, otra en Malagón y la postrera en Yébenes hasta llegar a Toledo —dijo muy orgulloso.

—¡Padre!, ¿lo he dicho bien o he olvidado alguna etapa importante?

—Lo has dicho muy bien, Martín —lo felicitó.

El camino se sabía largo y la compañía resultaba grata, por lo que entre los tres se fueron creando poco a poco lazos de confianza. Fray Pedro les refirió que en la urbe toledana habían reclamado de nuevo sus servicios y él, como servidor de Dios, obedecía sus designios cumpliendo su voluntad. Por su parte, Nuño le confió su viudedad y la necesidad de alejarse de Córdoba para comenzar una nueva vida.

Al anochecer se detuvieron en una venta, donde les sirvieron la cena. Decidieron descansar allí, un lugar austero, un tanto inhóspito y sucio, pero al menos les protegería de la fría noche. Compartieron la estancia con más personas, parte de las cuales llevaban el mismo rumbo, así que convinieron viajar juntos. No obstante, el sacerdote congenió con Nuño por su sencillez y su sabiduría, pero se encariñó especialmente con Martín, un niño ávido de conocimientos que desprendía energía y entusiasmo.

A lo largo del trayecto, el muchacho le pedía al fraile que le contara historias.

Pedro pensó que bien podría predicar la palabra de Dios a Martín y decidió evangelizarlo tomando como ejemplo su propia vida, sin mencionar en ningún momento su verdadera identidad. De tal manera comenzó:

—Telmo era un joven apuesto, de familia cristiana y noble, emparentado con el rey Alfonso VIII y sobrino del obispo de Palencia. Le gustaba rodearse de personas importantes. Destacaba entre sus compañeros por su capacidad oratoria, su inteligencia y su apostura.

Martín escuchaba embelesado las palabras de aquel hombre que, con su elocuencia, lograba conmovirlo.

—Sus padres decidieron que le convenía estudiar la carrera eclesiástica y él, por no contrariarlos, obedeció, aunque su vocación no era demasiado firme, pues con frecuencia se dejaba llevar por la vanagloria y alardeaba de los privilegios con los que había nacido. Su tío vio la oportunidad de nombrarle canónigo de la catedral, convirtiéndolo en un hombre influyente, con una vida cómoda, sin ninguna privación. Pero los planes de Dios resultaron otros: su tío consiguió nombrarle deán de la catedral de Palencia con la intención de que siguiera medrando entre el clero. El día de su nombramiento para el nuevo cargo, Telmo se atavió con sus mejores vestiduras, montó sobre su caballo preferido, porque tenía varios, y enorgulleciéndose de su persona y condición paseó por la ciudad el día de Navidad, haciendo piruetas con su brioso corcel. Hacía poco había llovido, el suelo estaba enfangado y en uno de los petulantes movimientos de Telmo, el caballo tropezó y lo lanzó al fango delante de todas las gentes que habían acudido a presenciar el evento. Telmo se sintió profundamente humillado; la gente se burlaba de él, de su aspecto penoso. En aquel momento su corazón dio un vuelco, fue consciente de que la vanidad lo había llevado a

la perdición. Sin embargo, apreció por primera vez la sencillez y la humildad que Dios predica. Así pues, sintiendo una fe profunda, ingresó en el convento de los dominicos.

El fraile guardó silencio.

—¿Ya se ha acabado la historia? —preguntó Martín, que se quedó con ganas de saber más sobre la vida de aquel personaje.

—No se ha acabado aún, pero ya hemos llegado a la venta donde descansaremos esta noche —le contestó Pedro.

—Padre, esta etapa me ha parecido muy corta —comentó sonriendo.

—Fray Pedro, ¿seguirá mañana con el relato? Aún nos queda tiempo hasta llegar a Toledo.

—Seguiré, pequeño —le sonrió.

Las jornadas entre Córdoba y Toledo transcurrían entre conversaciones y momentos de silencio e interiorización. Aunque el grupo aumentó en número, desde el amanecer Martín buscaba al sacerdote.

—Hijo, deja tranquilo a fray Pedro. Se va a cansar de tus peticiones —le regañó Nuño.

—Padre, hoy recorreremos la última etapa —apuntó el niño.

—Fray Pedro, ¿podría continuar, aunque sea un poco?

El fraile lo cogió de la mano y continuó:

—Telmo se convirtió en el más humilde fraile dominico, entregado a los demás en cuerpo y alma. Se sentía enormemente dichoso con su vida austera, y privilegiado al haber recibido la llamada de Dios. Sin perseguirlo en ningún momento se hizo famoso por su predicación, sus enseñanzas y sus misiones, tan notable que su obra llegó a oídos del rey Fernando que, en aquel momento estaba buscando un sacerdote devoto, humilde y docto para llevarlo a la corte y a sus campañas militares.

Fray Pedro detuvo su discurso.

—¿Y así termina la historia? —preguntó Martín.

—Aún no ha acabado. Ahora mismo Telmo está llegando a Toledo, donde le espera el rey, donde ayudará a sus amigos Martín y Nuño a instalarse y a encontrar un buen trabajo —sonrió al niño a la vez que le guiñaba el ojo.

IV

Amira crecía sana y feliz en el seno de su familia, que le proporcionaba un vida sencilla y apacible. De ellos recibía la seguridad y el amor que todo niño necesita, pero no estaban exentos de preocupaciones, ya que les afligía la ceguera del abuelo, un hombre muy activo durante su juventud que vio su carrera truncada por la enfermedad. Sin embargo, Nuño sobrellevaba muy bien la situación, pues la asumía como parte del proyecto de vida que Dios había trazado para él; tan fuerte era su fe. Se manejaba a la perfección en la casa y colaboraba en algunas tareas. Se sentía muy dichoso de disfrutar de la crianza de su nieta: Amira iluminó especialmente su vida desde que nació y conforme crecía, se estaba convirtiendo en sus propios ojos, pues con sus parloteos daba indicaciones bastante precisas al anciano.

Como todo cristiano viejo, los antepasados de Nuño profesaban la fe cristiana con profunda convicción, cumpliendo los preceptos que indicaban los Mandamientos de la Ley Divina. Las oraciones y los rituales marcaban piadosamente su vida, compartiendo todas las generaciones un talante respetuoso hacia otras creencias.

En algunos círculos de Toledo, así como del resto de al-Ándalus habían surgido diferencias sociales entre los cristianos viejos, población mayoritaria, frente a los cristianos nuevos, quienes contaban en su genealogía con algún devoto musulmán o judío, condición social menos prestigiosa. La limpieza de sangre no había supuesto para la familia de Amira ninguna mancha. Desde los inicios de la *Restauratio Hispaniae*², el rey Fernando había apostado por una convivencia respetuosa, aunque en determinadas revueltas debiera imponer orden, tomando decisiones sectarias.

Raquel se había convertido al cristianismo al contraer matrimonio con Martín. Su ascendencia musulmana no supuso un impedimento para sellar la unión. Ella confiaba en la bondad del ser humano, obra suprema de la divinidad. La vida errante de sus antepasados contribuyó a su apertura de mente y a su talante conciliador, por lo que su conversión respondió a un acto de amor, cuyo fruto fue una cristiana nueva, una niña sin ningún tipo de prejuicios, como gran parte de la población toledana, amiga de cualquier buena persona, ajena a tales asuntos.

En la misma calle de Amira, en la parroquia de San Lucas, vivía un compañero de trabajo de su padre, Omar, un iluminador de textos, que había formado una gran familia con Aisha. Ocupaban justo la casa que había frente a la suya, de donde a diario se oían risas, llantos, regañinas y plegarias, muchas plegarias. La amistad que surgió entre Martín y Omar en el trabajo se extendió a las dos familias, anhelando unos la calma de sus vecinos y los otros, la algarabía de una numerosa descendencia, entre la que Amira encontró compañeros de juego. Sin embargo, uno de aquellos chiquillos, Ismael, se convirtió en su hermano adoptivo, pues se entendían a la perfección. Aquel jovencito picaruelo de ojos de azabache, desde la más tierna infancia, sentía la misma necesidad que la niña de compartir su día a día, hecho que las madres propiciaban por el bienestar de ambos, en concreto de la niña. Así pues, transcurrió su infancia.

Una larga jornada de trabajo, que acabó al amanecer del siguiente día, estimuló a Martín y a

Omar a retrasar el regreso a casa, prolongando su paseo para despejar la mente. Se dejaron llevar por el trazado irregular de las callejuelas de Toledo y por asuntos baladíes, cuando llegaron a San Román, cuya puerta abierta les invitó a entrar. La calma del recinto los envolvió, así como el cromatismo ocre de las arenas del desierto. Una vez en su interior, sobre el portón se adivinaba la silueta de un recién esbozado Pantocrátor en actitud de bendición. Al punto descubrieron que, junto al muro occidental se proyectaba una sombra que les incitó a acercarse. Conforme avanzaban, fueron recibidos por la primitiva sala de oración musulmana, consagrada recientemente al cristianismo. Quedaron seducidos por la estructura tripartita del edificio: las tres naves cubiertas entre sí por arcos de herradura de dovelas bicolores, que descansaban sobre pilares adheridos a columnas marmóreas de variados capiteles. El muro occidental los acogió a modo de regazo materno, sintiéndose arropados con brazos amorosos por las naves laterales que se sustentaban gracias a arcos torales y trifolios.

Se ubicaron junto a la pared, casualmente centrados bajo el programa pictórico mural, que resumía la simbiosis de las tres religiones que cada uno profesaba. Las dos ventanas superiores aparecían coronadas por misteriosas figuras de tres cabezas, portadoras de trompetas con un anuncio implícito. Cada abertura, enmarcada en perfecta caligrafía árabe, aparecía flanqueada por los grandes profetas, Isaías y Jeremías, que dejaban abrir y caer los rollos del Pentateuco, junto a dos siluetas humanas agazapadas.

Más abajo, sobre un fondo de árboles y ramas, se distribuían en primer lugar doce figuras sedentes, los apóstoles, en cuyo centro se abría la ventana más hermosa que jamás habían visto: una elaborada celosía dejaba entrar la Luz, que embellecía los arcos polilobulados, enmarcados en un alfiz con decoración epigráfica que proclamaba: «al-yumn wa l'-iqbāl», «la felicidad y la prosperidad», una de las fórmulas propiciatorias más abundantes de la decoración musulmana.

En la parte inferior, otra docena representaba a los elegidos, formando el conjunto completo un tribunal celestial que bien podría aludir al Juicio Final, como respuesta a la iconografía principal del templo.

—Estimados amigos, me complace compartir este recinto con vosotros, pues invita a la interiorización y a la comunión —habló la sombra, reconociendo en ella la voz del maestro Yehuda, sentado sobre una alfombra.

—Hermanos —dijo Martín a sus amigos—, con pasos ciegos nos ha guiado hasta aquí nuestro padre Abraham. Una misma creencia nos une en este lugar. Mis raíces cristianas son las mismas que las judías, pues Jesús era judío —les recordó.

—Omar, espero que no tengas inconveniente en compartir unos momentos en este templo lleno de imágenes —dijo ben Moshe—. Yo no soy muy amigo de símbolos divinos, pero este lugar en concreto me inunda de paz. Sentaos.

—No tengo ningún inconveniente, se lo aseguro —respondió el musulmán, permaneciendo de pie—. Mi religión no admite las representaciones de Allah, pues Él es incognoscible, pero no es óbice para disfrutar del encuentro con personas a las que estimo.

—Respeto tus creencias, así como tú las mías. Sin embargo, me resulta complicado entender que el islam no permita las manifestaciones artísticas de su dios, al menos con la intención de adoctrinar a los fieles y difundir la palabra —arguyó Martín, que ya había tomado asiento junto al judío—. Con la imagen también se predica. Es una manera gráfica de transmitir la fe.

—El ser humano no puede imitar a Allah. Él tiene el poder creador. Su imitación puede conllevar a la idolatría, por lo que no podemos admitir representaciones de seres que tengan alma, ni personas ni animales y, mucho menos, de Nuestro Creador —continuó Omar con una cierta

intranquilidad—. Yo mismo soy incapaz de imaginar o de concebir que una simple imagen represente lo irrepresentable. Nadie conoce a Allah ni puede imitarle —concluyó un tanto molesto mientras caminaba azorado.

—Estoy seguro de que Martín no intenta convencerte de nada —se preocupó el judío.

—En absoluto —aseguró el cristiano.

—Es cierto que las ilustraciones tienen fines pedagógicos y ornamentales —continuó Yehuda—. Los judíos admitimos símbolos en nuestras sinagogas, como la menorah, el Arca Sagrada, vidrieras con inscripciones e incluso tallas o pinturas. Sin embargo, rechazamos el exhibicionismo, pues la esencia divina es inaccesible al intelecto fuera del contexto de la predicación.

—Mi mayor respeto ante vuestras creencias —continuó Martín—. Según mis convicciones Dios se encarnó en Jesucristo, que es conocido y cognoscible, pues en la comunión entramos en contacto con Él. Nosotros veneramos no a la imagen, sino a lo que representa.

Omar seguía inquieto.

La discusión entre los tres hombres se tensaba por momentos de manera que Yehuda procuró desviar la conversación hacia los aspectos que los hermanaban.

—Amigos, todos somos seguidores de Nuestro Padre y parte de nuestras creencias son comunes. Disfrutemos pues de aquello que compartimos y respetemos la singularidad que nos caracteriza —concluyó el maestro ben Moshe.

—Por favor, Omar —dijo Martín en tono conciliador—. Siéntate con nosotros.

En aquel momento un rayo de luz penetró por la ventana central sobre la figura de Omar, que sintió la presencia de Allah entre la calidez de los muros ocres. Habían prendido incienso y unos tenues candiles iluminaban la estancia.

—En el fondo compartimos el mismo origen

—continuó el maestro Yehuda—. Abraham es nuestro común ancestro; el profeta nos reveló la existencia de un Ser Supremo, su Ley Divina y la resurrección de los muertos tras el Juicio Final.

—Los tres compartimos estas creencias —resumió Martín—. Las interpretaciones posteriores pueden inducirnos a diálogo, al debate, pero en ningún momento debemos permitir que nos enfrenten.

—Es cierto; el islam no se concibe sin el Antiguo Testamento —apuntó Omar—. No importa el lugar, si templo, sinagoga o mezquita: aquí y ahora al cerrar los ojos se hace la paz.

—Oremos en este lugar —concluyó Martín—. Aquí están nuestros orígenes, nuestra casa, Nuestro Padre.

Y ante la claridad divina, cerraron los ojos y elevaron sus plegarias.

Cada día, al amanecer Amira sentía la bendición de su padre en forma de un beso en la frente. «Ya se va con sus libros», pensaba. Ella sonreía adormilada, sin fuerzas para abrir los ojos y seguía durmiendo.

Al poco oía los pasos lentos del abuelo, su rutina: la oración, el aseo y el desayuno. A esas horas el anciano procedía con mucha quietud; el descanso de su nieta y de su nuera era prioritario, pero la pequeña rebosaba de energía para aprovechar el día. Se levantaba silenciosa y sorprendía al abuelo con un abrazo.

—¡Vuelve a la cama! Todavía es muy temprano —la regañaba con cariño.

Entonces ella obedecía para no enfadar al abuelo, pero se escabullía en el lecho de sus padres, se acurrucaba junto a su madre, que ya estaba despierta esperando la visita cotidiana de la

pequeña. Poco después comenzaba la actividad diaria, pues había que atender la casa y hacer la compra en el zoco, donde a diario coincidían con Aisha y con Ismael, que se mostraba muy diligente con su madre en las tareas domésticas, ya que de tal manera conseguía el permiso para pasar el resto de la mañana en casa de su amiga.

Así pues, una vez organizada la jornada, Amira e Ismael disfrutaban de las enseñanzas del abuelo, mientras Raquel trabajaba en sus tapices. Nuño escogía las lecturas adecuadas para la formación de los pequeños. En voz alta y con tan solo ocho años, la niña lo mismo leía fragmentos selectos de las *Metamorfosis* en latín que alguna de las fábulas del griego Esopo, atendiendo a las correcciones en la pronunciación que le hacía el abuelo y siempre ávida de los halagos del anciano, consiguiendo también la admiración del chico, que no tenía demasiada habilidad para las lenguas. Otros días, Nuño los instruía en cálculo matemático o en diversas caligrafías, actividades que supervisaban posteriormente los padres de la niña, ambos muy orgullosos de la capacidad y disposición para el trabajo que demostraba su hija.

Al atardecer salían a pasear por las afueras de la ciudad, paseos de risas y conversaciones amenas. A veces Raquel no podía acompañarlos porque debía avanzar algún trabajo encargado; entonces abuelo y nieta aprovechaban para recoger a Ismael y, a petición de los niños, Nuño les recitaba algún pasaje de sus infinitas historias, mientras golpeaba el suelo con el bastón a modo de los antiguos rapsodas que, como él, tampoco podían ver la luz del sol.

La caminata siempre les abría el apetito y a continuación compartían algún refrigerio antes de la cena. El abuelo reposaba, mientras Amira perfeccionaba la técnica del hilado o el manejo del telar junto a su madre, que amenizaba el trabajo con alguna canción o con las historias de mitos y héroes que tanto entusiasmaban a la niña.

Una tarde de verano a la hora de la siesta, mientras Martín trabajaba en el *scriptorium*, Raquel se ausentó para entregar unos pequeños tapices a sus mejores clientes, la familia musulmana Al-Husainy, dueños de un gran imperio comercial. Amira comprobó que el abuelo dormía plácidamente. Era el momento perfecto. Salió rápidamente, cruzó la calle y llamó con suavidad a la puerta de la casa de Ismael.

—Ismael, ¿me oyes? Necesito tu ayuda.

El niño se asomó, pidiéndole que no hiciera ruido, pues en su casa todos descansaban.

—¡Ismael! Coge los aparejos de pesca de tu padre, que nos vamos al río ¡Venga, rápido! Tenemos poco tiempo. Mi madre todavía tardará; tenemos trabajo. ¡Vamos!

—Pero ¿dónde vamos con el calor que hace? ¡Estás loca! —protestó Ismael.

—Calla y sígueme. Tenemos que hacer algo muy importante. ¿Es que acaso no puedo contar con mi mejor amigo? —preguntó la niña.

—¡Pero si soy tu único amigo! No me enredes, que hace mucho bochorno. Déjame reposar el guiso tan rico que ha hecho mi madre: una gallina morisca con huevo, salsa de almendras y manteca. ¡Deliciosa! ¡No puedo correr con la barriga tan llena! —protestó en voz baja.

—Solo tú puedes ayudarme, venga. Coge tus cosas y te cuento por el camino —susurró Amira.

Finalmente, Ismael, refunfuñando, salió de su casa con los aparejos de la pesca y con cara malhumorada. Amira le estampó un sonoro beso en la mejilla, que hizo que el niño se sonrojara, mientras ella le agradecía una y mil veces su ayuda, agarrándole del brazo y precipitando sus pasos.

Tomaron camino hacia el río, buscando las escasas sombras que bordeaban la ribera, donde abundaban fresnos y álamos blancos. El sol calentaba con fuerza y la calima dificultaba la respiración.

Ismael acarreaba una pesada cesta con arpones, hilos a modo de cuerdas y anzuelos, que de vez en cuando, arrastraba por el suelo y levantaba polvareda, ya que los utensilios que allí guardaba sobrepasaban en mucho la estatura y la fuerza del niño.

—¿Pero por qué has cogido los arpones, si solo necesitamos un pez pequeño? —regañó durante el recorrido.

—¿No pretenderás que un hombre pesque con anzuelo? —le respondió el niño—. Eso es de debiluchos y pusilánimes —afirmó con contundencia, la cara enrojecida por el calor y el peso de los utensilios.

Las palabras de Ismael provocaron un ataque de risa en Amira, que incluso se vio obligada a detener la carrera. Se le saltaban las lágrimas de los ojos y se desternillaba. Enfurecido por la reacción, el muchacho soltó los bártulos en el suelo y amenazó con dejarla sola si no dejaba de reír. Además, se sentía muy incómodo porque el sudor lo empapaba por completo, de la cabeza a los pies, que le ardían como antorchas y, por si fuera poco, le subían los reflujos de la manteca. «Tan rica que estaba y ahora no me deja en paz», se lamentaba para sí mismo.

—¡Perdona, perdona! No te enfades, por favor —consiguió decir Amira, controlándose a duras penas—. Tú puedes pescar con el arpón, yo lo intentaré con el anzuelo; no tengo tanta fuerza como tú para manejar ese artilugio —intentó adular a su amigo para que no la abandonara.

Los niños siguieron caminando hasta la orilla a paso más lento, pues el calor y la discusión les frenó la marcha. En cuanto vieron un hueco por donde acercarse al agua, ambos se precipitaron. Ismael dejó la cesta en el suelo y cogió un arpón pequeño, comenzando su búsqueda. Amira se apostó a la sombra de un árbol, encontró un trozo de hilo resistente y escogió un anzuelo de cobre de punta muy afilada, introdujo el hilo por el ojo que había al final del gancho y lo aseguró con fuertes nudos. Ya solo le faltaba la carnada, así que se aproximó a la zona más húmeda y, mientras se mojaba los pies, levantó varias piedras que aplastaban juncos y plantas putrefactas. Por fin aparecieron unos jugosos gusanos que, con un poco de suerte, atraerían a su presa. Agarró una hoja seca donde colocó a los bichitos y, con el anzuelo ya preparado, se encaramó a una roca elevada desde donde lanzó la trampa, esperando que en poco tiempo cayera la recompensa. Desde allí podía ver a Ismael lidiando con el arma afilada, enfadado porque no hacía blanco con ninguna de las pocas truchas que se acercaban a la orilla. Amira apenas podía contener las carcajadas que le produjo ver a su amigo en tal situación, ya que parecía que estaba luchando contra la Hidra de Lerna por el enorme ímpetu con que lanzaba el arpón y el afán que empleaba en tal contienda. Sin embargo, en un instante fue consciente de la ayuda desinteresada que le prestaba y pensó que era digno de su respeto. Intentó convencerle de que subiera a la roca con ella y utilizara el anzuelo, esperando con paciencia su objetivo, pero él seguía insistiendo en que era un hombre y emplearía las técnicas varoniles en el arte de la pesca, así que soltó el palo puntiagudo y se lio a pedradas contra los peces; la situación resultaba cada vez más cómica. Ni por asomo atinaba. Desesperado y muy cansado por el esfuerzo y el calor, se zambulló en el río utilizando a continuación las manos a modo de pinzas, a su pesar, demasiado resbaladizas, pues los pocos animalillos que atrapaba se le escabullían inmediatamente.

Amira observaba el espectáculo tranquilamente sentada sobre la roca, esperando a que el filamento de su anzuelo se tensara y muy feliz por contar con un amigo como Ismael, infatigable y fiel, el hermano que habría deseado. El tiempo pasaba muy despacio ante tan impaciente espera. Cuando ya prácticamente habían perdido la esperanza, el hilo se tensó con fuerza.

—¡Ismael, han picado! ¡Ven rápido! ¡Corre! ¡Corre! —exclamó ella con enorme entusiasmo.

Olvidándose de todo, el chico subió rápido hacia la roca y se abrazó a su amiga, que sujetaba orgullosa una hermosa trucha que todavía lanzaba coletazos.

—¡Lo has conseguido, Amira! — la felicitó el niño.

—No, Ismael, lo hemos conseguido los dos. Me has contagiado tu arrojo. Formamos un gran equipo. ¡Gracias! —concluyó agradecida abrazando a su cómplice.

Aplacados los ánimos, decidieron refrescarse en las aguas del Tajo antes de volver a casa.

—Aún no me has dicho para qué necesitas el pez —inquirió curioso.

—Mientras regresamos, te lo cuento. ¡Vamos, que pronto volverá mi madre!

Iniciaron el camino de regreso, enarbolando Amira en su mano derecha el trofeo conseguido. A su lado caminaba Ismael, intrigado por lo que su amiga le iba a contar.

—¿Te acuerdas de que hace unos días me dijiste que vosotros, los musulmanes, tenéis un ángel músico? —le recordó la niña.

—Sí, es verdad. Lo dijo mi padre —respondió—. Lo oí rezar el Sagrado Corán y aseguró que el ángel Isráfil tiene un cuerno que emite un fuerte sonido, pero parece que solo lo toca dos veces. Un poco raro, ¿no?, digo yo que, ya que lo tiene, podría tocar en todas las fiestas —opinó el niño extrañado.

—No te has enterado bien de la historia. Mi madre me explicó que el ángel Isráfil, según los musulmanes, tiene un cuerno con el que lanzará un primer soplado, el del terror, que corresponde al Día del Juicio, cuando morirán todos aquellos que Allah quiera. El segundo soplado será el de la Resurrección —explicó con altanería ante aquel oyente un tanto ignorante.

—¡Ah! Y en la religión cristiana ¿de qué se encarga? —preguntó atónito el muchacho ante tanta sapiencia.

—Para nosotros Rafael es uno de los jefes de los ángeles, porque, entre otros, tiene poderes curativos —añadió Amira, creando gran expectación en el niño que la escuchaba boquiabierto.

—Dios lo envió con apariencia humana a Tobías, hijo de Tobit que era ciego, para que le acompañara en un largo y peligroso camino en busca de una buena esposa. Durante el viaje, llegaron a un río y Tobías bajó a lavarse los pies. De repente un pez saltó del agua —enfaticó la narradora elevando la voz, muy orgullosa de tener a su amigo embobado, tanto que había frenado el paso y esperaba el desenlace con cara pasmada.

—¡No camines tan despacio, Ismael! A este paso llegaremos al anochecer.

El muchacho salió por un momento de su asombro y prometió acelerar el paso si ella también abreviaba aquella historia tan curiosa.

—Está bien —pero la niña prosiguió con voz interesante y misteriosa—. El ángel le dijo a Tobías que agarrara el pez y que le sacara la hiel, el corazón y el hígado, porque tenían propiedades curativas. La hiel servía para ungir los ojos afectados por la ceguera y bastaba soplar después de haberla extendido sobre ellos para que curasen. Tobías lo hizo y de esta manera recuperó la vista su padre —concluyó satisfecha al comprobar que su amigo había entendido la misión tan importante que llevarían a cabo al llegar a casa

Sorprendido por el descubrimiento e impaciente por lo que les esperaba, Ismael apretó el paso tanto que la chiquilla casi no podía seguirle. Así llegaron en poco tiempo. Nuño seguía durmiendo tranquilamente y Raquel no había regresado, por lo que se darían prisa en sacar la hiel de la trucha y extenderla sobre los ojos del abuelo, de manera que, cuando despertara, habría recuperado la vista, pensaba ilusionada ante la curación del anciano. Abrieron rápidamente el pez, cogieron la hiel y empezaron a acercarse al abuelo sin hacer ruido, cuando sin esperarlo se abrió la puerta y entró la madre.

—¿Qué estáis tramando? Amira, dime inmediatamente qué haces tú con las vísceras de ese pez en las manos —gritó Raquel despertando de un sobresalto a Nuño.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el abuelo preocupado.

Los niños, sobresaltados, bajaron la mirada al suelo y Amira no tuvo más remedio que revelarle a su madre el plan con todo lujo de detalles y le pidió que no regañara a Ismael, porque él no tenía ninguna culpa. Mientras contenían los sollozos, temiendo las consecuencias de su aventura, el abuelo empezó a reír a carcajadas, pidiéndoles a los aventureros que se acercaran a abrazarlo

—¡Pero tirad antes las vísceras malolientes! —ordenó el patriarca.

Después de lavarse las manos y soltar algunas lágrimas reprimidas, abrazaron fuertemente a Nuño que los esperaba sentado en una de las hermosas alfombras que tejía su nuera. Raquel se reunió con ellos y les advirtió del peligro que habían corrido dos niños de ocho años, en pleno verano, atreviéndose a salir sin permiso de los padres. Habían sido muy insensatos. Y ¡qué decirles de la pesca y la hiel!

Después de la correspondiente regañina de Raquel y las advertencias del abuelo, los cuatro bebieron una fresca limonada, calmando la sed y los ánimos. Ismael se disculpó y regresó a casa, temiendo la correspondiente reprimenda cuando allí se enteraran.

Fatigada por el ejercicio y por la desazón de haber obrado mal, pidió permiso a su madre para descansar en su lecho. Poco después Raquel se recostó a su lado.

—Amira, sé lo que quieres a tu abuelo y que solo deseas lo mejor para él —le susurraba al oído — pero nadie puede cambiar los designios de Dios. Él guía nuestras vidas y nos protege en todo momento, aunque a veces no entendamos su forma de proceder.

Y a continuación, en el silencio de la calurosa tarde, amenizado por las chicharras, comenzó uno de sus preciosos cuentos persas, aprendidos de sus antepasados. Adaptando Amira sus oídos a la cadencia de la lengua persa, idioma casi exclusivo entre ellas para bellas historias, Raquel comenzó:

«Cuatro muchachos se encontraron en un camino: uno era hijo del rey y debería de haber sido rey a la muerte de su padre, pero su hermano lo había obligado a abandonar el reino cuando aquel murió, y había tenido que huir a escondidas para salvarse de que su hermano lo matase; un segundo muchacho era hijo de hidalgo; el tercero, hijo de mercader, y el cuarto, hijo de labrador. Y los cuatro caminaron juntos hasta que sus víveres se redujeron tanto que comenzaron a padecer hambre, y no tenían otra cosa que las ropas que los cubría y andando por el camino de charla, se planteó una discusión sobre cómo andan las cosas de este mundo y de qué modo puede el hombre tener riqueza, placer y alegría.

»—Todas las cosas de este mundo están en las manos de Dios y en la suerte que ha destinado a cada uno —dijo el hijo del rey—. Todo nos sucede conforme a sus designios, y por eso es de buen sentido asumir nuestra suerte y aceptar...»

§ Expresión latina propia de la Edad Media que designaba al proceso posteriormente llamado Reconquista.

V

La muerte de Nuño sacudió a toda la familia. La tristeza se adueñó del hogar; desgarró el alma de Martín que, aunque era consciente de la longevidad de su padre, no acababa de asimilar su partida, al igual que Raquel. Amira sentía que la funesta Parca le había arrancado sin piedad un pedazo de sí misma, pues ese era el dolor que realmente padecía ante la ausencia del abuelo. Recordaba las historias que le contaba, en las que las tres hermanas hilanderas trabajaban y entremezclaban el hilo blanco con el dorado, tramando momentos dichosos de la existencia humana, pero cuando aparecía la lana negra, se adivinaba la acción de la tijera que cortaría implacable todo hábito de vida. «Hay que volver al trabajo», repetía Martín en voz alta para que su esposa y su hija fueran capaces de ocupar la mente y dejar que el tiempo pasara. Pero sobre todo lo repetía para sí mismo, porque gran parte de su vitalidad había partido con su padre.

Amira echaba en falta las historias del abuelo, su profunda y pausada voz, así como aquellos paseos por la ribera del Tajo acompañados de Ismael. Eran los recuerdos más preciosos de su infancia. Raquel conocía los sentimientos de su hija, por lo que un día le propuso pasear como hacía con Nuño:

—Vayamos a caminar, Amira. El ejercicio y el aire fresco nos sentarán bien —dijo la madre a la hija, en un intento por elevar su ánimo.

—¿Puedo avisar a Ismael? —preguntó la niña deseosa de que las acompañara—. Podrías contarnos una historia como hacía el ...

—Como hacía el abuelo —terminó Raquel—. No debemos dejar de alimentar la entrañable herencia que nos ha dejado —comentó apesadumbrada—, sino mantenerla viva en la posteridad —sonrió mientras abrazaba a la muchacha.

—Gracias, madre.

—Avisa a tu amigo que saldremos enseguida —la apremió.

Al instante ya estaba esperando en la puerta de su casa el jovencito de ojos negros y profunda tristeza, pues también sufría la pérdida del anciano.

Los primeros pasos sonaron débiles, indecisos. Revoloteaba entre ellos la ausencia. Haciendo acopio de fuerzas, Raquel les anunció:

—¡Ya sé a dónde vamos a ir!

—¿A dónde? —respondieron los dos a la vez.

—Iremos a la Cueva de Hércules. Durante el camino os contaré la misteriosa historia que allí ocurrió —les sorprendió mientras comprobó que en ambas miradas volvía a surgir la chispa de la ilusión.

Y comenzó:

«Me han contado, oh rey feliz, que hubo una ciudad llamada Toledo...»

—¿Nuestra ciudad, madre? —interrumpió Amira al tiempo que sonreía a Ismael.

—Sí, nuestra ciudad. Pero escuchad la leyenda completa sin interrupciones —añadió— y seguid

caminando que, si no, se nos hará de noche.

«...Hubo una ciudad llamada Toledo que fue capital de los francos y poseía un alcázar que permanecía siempre cerrado. Cada vez que fallecía un rey cristiano, al sucederle otro, le ponían un candado más, y con eso la puerta llegó a reunir veinticuatro [...] Pero entonces accedió al trono un hombre que no era de la casa real, forzó la entrada y encontró dentro pinturas en las que aparecían árabes a caballo y armados. También halló un escrito que decía: “Los árabes dominarán este país cuando se abra esta puerta”. Al poco tiempo se produjo la profecía y el nuevo califa encontró en el alcázar un enorme tesoro, que contenía la Mesa del Rey Salomón, el Libro de los Salmos, piedras preciosas y demás riquezas [...] Los árabes se diseminaron por todas las ciudades de al-Ándalus, un espléndido país.»

—¡Esa historia ha ocurrido! ¡Era una profecía! —exclamó el muchacho.

Así llegaron a la entrada de la cueva. Los niños corrieron a su interior para buscar los tesoros del relato, mientras Raquel se alegraba de haber despejado la tristeza de sus corazones.

—Pero aquí no hay restos de ningún tesoro —expresó Amira desilusionada.

—Claro que no. No es más que una leyenda, un relato popular que mezcla elementos reales con otros fantásticos.

—¿Por qué se llama a este lugar la Cueva de Hércules? —preguntó interesada.

—Porque dicen que Hércules fundó la ciudad de Toledo, donde construyó el alcázar que guardaba los tesoros que cuenta la tradición —concluyó Raquel.

Los chicos quedaron fascinados por los sucesos narrados y por los pasadizos secretos y oscuros que recorrieron, imaginándose todo el episodio. De allí salieron ilusionados y esperanzados, sobre todo Raquel, que volvió a comprobar el poder de las palabras como bálsamo curativo.

En poco tiempo retomaron sus respectivas actividades: Raquel atendía el hogar y tejía en sus ratos libres; Martín se volcó por completo en su labor traductora, mientras que Amira empezó a frecuentar el lugar de trabajo de su padre con las excusas más peregrinas, como darle un aviso, llevarle el almuerzo o esperarle a la salida para pasear como hacía con el abuelo. Cada vez sentía una mayor atracción hacia aquel lugar, el olor a tinta, los pergaminos, las conversaciones en varias lenguas...

Una tarde, como otras muchas, se acercó al *scriptorium* donde se reunía habitualmente el equipo del que formaba parte su padre y se detuvo en el dintel de la puerta abierta, prestando atención a las palabras de los maestros. Pudo identificar perfectamente las voces de su padre, del médico Yehuda y del clérigo Garci, a quienes conocía y admiraba por su sabiduría y de quienes también recibía elogios, pues en los breves encuentros que compartían, apreciaban en la joven una madurez inusual, acrecentada por su entusiasmo ante cualquier tema de interés cultural.

—¡Maestros! —exclamó Yehuda ben Moshe— me siento especialmente satisfecho por la unificación de criterios que hemos establecido referentes a los tecnicismos y a la terminología propia de nuestro campo de traducción para conferirle homogeneidad a nuestro proyecto —sentenció exhalando profundamente.

—Es cierto —añadió el clérigo, que empezó a caminar lentamente por la estancia con la mirada perdida—. Los comienzos han resultado arduos. Llevamos años trabajando con documentos griegos y árabes, lenguas muy dispares, consiguiendo trasvasar los conocimientos lapidarios al romance, un idioma sin asentar, lingüísticamente hablando, y sin tradición literaria —afirmó con satisfacción—. Sin embargo, nuestro mayor logro, hasta ahora, se fundamenta en la modalidad

lingüística especializada que nosotros mismos hemos consensuado con la intención de utilizar los mismos conceptos y estructuras sintácticas, hábilmente recogidas por escrito, tanto para nuestro bien común como para el bien de la lengua —concluyó orgulloso deteniendo a la vez el paso.

—Como bien decís —continuó Martín—, el Codex lingüístico para la traducción del *Lapidario* en el que hemos empleado tanto tiempo y esfuerzo, nos permite avanzar con mayor rapidez y seguridad.

Amira seguía atenta el devenir de la conversación y recordó unos pergaminos torpemente cosidos que últimamente acompañaban a su padre. En aquel momento comprendió su utilidad y pensó que los examinaría, en cuanto se presentara la ocasión.

—Nuestra labor traductora se agilizará considerablemente —añadió el maestro Yehuda— por lo que no será preciso que trabajemos juntos a diario, sino que podemos reunirnos con la periodicidad que establezcamos, y así avanzar la tarea más cómodamente en nuestras casas. Nuestras familias se alegrarán —concluyó con una sonrisa en el rostro al descubrir a la hija del maestro González.

—¡Acércate, Amira! ¡Siempre nos complace tu visita! —exclamó el rabino.

—¡Yo no quería interrumpir! —susurró ella, que temía el enfado de su padre.

—Pasa, jovencita —dijo el clérigo que, ante la leve inclinación de la niña como saludo, le impuso su bendición, despeinando a continuación sus ondulados cabellos, en un gesto cariñoso—. Anda, llévate ya a tu padre. Hemos terminado por hoy —concluyó.

Martín recibió un fuerte abrazo de Amira y se despidió de sus colegas, después de recoger parte de sus utensilios de trabajo. Estaba fatigado y sentía un fuerte dolor de cabeza. Tantas horas de lectura y escritura le estaban pasando factura desde hacía unos días. Cuando pisaron la calle, ya estaba atardeciendo, aunque se podía ver con total nitidez el ocaso del sol.

—¡Se ha hecho muy tarde, hija! Apenas hay luz y el ambiente está enrarecido. Esta niebla presagia lluvia —comentó agarrándola fuertemente de la mano.

—Padre, el atardecer está nítido, no hay nada de niebla —dijo ella preocupada.

—Será el agotamiento y el dolor de cabeza —sentenció Martín—. A partir de mañana, gracias al Codex para la traducción podré trabajar en casa con más calma —concluyó con voz cansada.

—¡Primero deberá descansar, padre! ¡Me lo tiene que prometer! —insistió—. Yo le puedo ayudar. ¡Prométame que descansará unos días antes de continuar! ¡Prométalo! —repitió con insistencia.

Martín percibió la enorme inquietud de la chiquilla. Detuvo el paso en medio de la calle y la rodeó con los brazos, mirándola fijamente.

—Te prometo que cogeré fuerzas antes de retomar el trabajo; además, deseo que te conviertas en mi ayudante y sucesora —pronunció fijando sus ojos en los de Amira, que al escrutar la mirada del padre, descubrió dos pequeñas manchas blancas en cada globo ocular, dos telillas apenas visibles, pero iguales a las que terminaron cegando al abuelo. Se estrecharon fuertemente en medio de la calle, mientras ella intentaba asimilar lo que acababa de ver, temblando por el impacto del descubrimiento, sin apenas poder contener el llanto.

Caminaron en silencio hacia la casa; Martín arrastrando el cansancio, pero a la vez aliviado por la firme mano que le guiaba; Amira, tremendamente asustada, aunque una fortaleza interior le crecía por momentos ante el adverso porvenir.

Ya en el hogar y tras una frugal cena, el patriarca se retiró a descansar, mientras su hija escogió hábilmente las palabras para confiarle a la madre su descubrimiento. Raquel ya había creído adivinar la desgracia en los ojos de su esposo, silenciando sus sospechas ante el aciago futuro.

—Mañana hablaré con tu padre; lleva mucho tiempo trabajando con personas importantes que tienen contactos —intentó tranquilizar a la pequeña—. Entre sus conocidos puede haber algún médico que conozca las enfermedades de los ojos y nos ayude.

La mujer sintió en su interior una enorme tristeza por la dolencia, aunque era consciente de que al menos no le faltarían el amor y los consejos de su marido. Ni siquiera habían previsto asegurarle el futuro a Amira con un buen esposo; ya había muchachas de su edad que habían contraído matrimonio. Tenía que hablar de asuntos importantes con él, que, aunque privado de visión, la seguiría acompañando hasta el fin de sus días.

—¡Madre! —respondió Amira—. Podemos acudir a algún otro conocido que tenga contactos; pues quizá padre no quiera que el maestro Yehuda y el clérigo conozcan su problema por temor a que prescindan de él. De momento, aprovechando el Codex en el que han trabajado para la traducción, yo puedo ayudar a salvar la situación, hasta ver lo que ocurre —se ofreció, recordándole a Raquel todos los conocimientos que le habían transmitido desde la infancia, asegurándole que, si Martín sufría la misma enfermedad que el abuelo, aún podría disponer del tiempo necesario para instruirla y realizar el trabajo paterno.

—Si tú haces el trabajo de tu padre, Amira, estarás mintiendo —dijo Raquel frunciendo el ceño.

—¿Conoces la historia de la garza, la culebra y el cangrejo? Ven aquí, hija, e intenta calmarte mientras te la cuento:

«Una garza criaba cerca de la guarida de una culebra, que le comía los pollos. La garza, a quien le gustaba mucho vivir allí, estaba muy triste y desconsolada. Un cangrejo advirtió el pesar de la garza, le preguntó qué le pasaba, y ella se lo dijo.

—¿Quieres que te dé un consejo para librarte de la culebra? —le preguntó el cangrejo.

—Me gustaría mucho.

El cangrejo le mostró a la garza la cueva de un lirón, le contó la gran enemistad que había entre la culebra y el lirón, y le aconsejó [...] Hizo la garza lo que le propuso el cangrejo: el lirón siguió el rastro de los peces, encontró a la culebra y la mató. Pero descubrió también el nido de la garza, y se la comió a ella y a sus pollos.

—Te he puesto este ejemplo para que sepas que quien no sopesa bien sus acciones, las deja a su suerte y acaso consiga algo perjudicial—».

Una vez terminada la historia, los criterios de madre e hija seguían inquebrantables a la vez que opuestos.

Martín no conseguía dormir y escuchaba atento la conversación de las dos mujeres de su vida. Para él era importante su opinión. Además, las reflexiones en voz alta de una y otra le ayudarían a dilucidar su problema. Así que, en silencio, fingiendo dormir profundamente, siguió el devenir de aquellas palabras que no eran más que la materialización en sonidos de las dudas que le acuciaban.

—No me convence, madre —respondió la joven—. Voy a proceder como usted, con otra historia —continuó Amira, demostrando a su progenitora que ella ya tenía también discernimiento y relatos que exponer como ejemplos.

—¿Recuerda la parábola de los talentos? —dijo sonriente— Escúcheme ahora a mí —y comenzó.

«El Reino de los Cielos es también como un hombre que, al ausentarse, llamó a sus siervos y les encomendó su hacienda, a uno dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno, a cada cual

según su capacidad; y se ausentó. Enseguida, el que había recibido cinco talentos se puso a negociar con ellos y ganó otros cinco. Igualmente, el que había recibido dos ganó otros dos. En cambio, el que había recibido, cavó un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor. Al cabo de mucho tiempo, volvió el señor de aquellos siervos y se puso a ajustar cuentas con ellos [...]».

—Madre, el dueño premió a los que habían negociado y mejorado aquello que les confió, cada uno según sus posibilidades, y castigó al que tuvo miedo y no arriesgó nada —afirmó compungida al apreciar que Raquel no era de la misma opinión.

—Amira, tú misma lo has dicho: *negoció*, hija, *negoció* —recalcó la madre, repitiendo la palabra—. La enfermedad de tu padre no es ningún negocio, no es algo material, sino vital —concluyó apesadumbrada.

—No, madre —apostilló la joven—. La parábola no nos habla de negociar en el sentido literal, negativo como usted lo interpreta ante la enfermedad de padre. *Negociar* significa *no quedarse ocioso*, sin hacer nada, sino actuar, aprovechar todo lo que Dios nos ofrece, lo que el conocimiento pone a nuestro alcance. Por eso mismo debemos seguir las enseñanzas de Mateo en la parábola de los talentos. Saldremos victoriosos, madre. Confíe —concluyó esperanzada.

Avanzada la madrugada, todos fingían dormir, pero nadie podía conciliar el sueño. Amira sentía una desazón inquietante, la incertidumbre del futuro la comprimía en su interior con tal ansiedad que dio un salto del lecho y se escabulló por la ventana. Cruzó la calle, desierta de ruidos y personas y llamó suavemente a la ventana de Ismael.

Completamente despeinado y aún adormilado, abrió el ventanuco, apoyó los codos en el alféizar y la cara en sus manos, pero de inmediato espabiló al ver el rostro de Amira a un palmo del suyo, con los ojos hinchados de tanto llorar. Sin pensarlo dos veces, de un bote se plantó en la calle y abrazó a su amiga.

—Ismael, mi padre está enfermo, se va a quedar ciego como el abuelo —susurró al muchacho que apenas la entendía con tanto gemido contenido.

—Ven, sentémonos aquí — y agarrándola de la mano, la llevó hasta el escalón de la puerta de su casa.

La noche era fría. Se abrigaron escasamente con la toquilla que precavidamente cogió ella en su huida y, acurrucados, le contó sus cuitas. Cuando se hubo desahogado, Ismael se atrevió a hablar, aunque no encontraba las palabras.

—Amira, tus padres sabrán encontrar una solución; tienen conocidos bien situados a los que acudir y seguro que les ayudarán —intentó calmarla—. Además, cuando amanezca verás las cosas de otra manera.

Y sentados en el rebate del portón, a la luz de la luna llena y bajo un manto de estrellas, Ismael entonó la última historia que Nuño recreó para ellos, aquella que giraba en torno al asalto del Puente de Barcas, durante la toma de Sevilla por Fernando III. A los niños les entusiasmaba el episodio en que el rey cristiano hizo sacar dos naves del río y remontarlas por tierra sobre troncos de árboles para lanzarlas río abajo, con vientos favorables, hasta romper el puente que abastecía de suministros a la ciudad y permitía el paso al barrio de Triana.

—*Fue a dar de frente un tal golpe que se pasó clara de la otra parte...*— pronunció el niño, reproduciendo el tono y el ritmo que el abuelo le daba al discurso, como si se tratara de un relato épico.

Amira se dejó llevar por la melancolía. Necesitaba desahogar toda la tristeza que la envolvía,

pero a la vez se juró a sí misma que sería la última vez que se permitiría sucumbir a la tristeza. En adelante tomaría aquella historia de superación como ejemplo a seguir ante los contratiempos que surgieran en su vida de adulta. Vacía de lágrimas, la joven se fue calmando, mientras parsimoniosamente llegaba la aurora anunciando un nuevo día. De vuelta a casa, mientras cerraba sigilosa la ventana, adivinó la silueta paterna que ya encendía el fuego del hogar.

La preocupación por la enfermedad y por el futuro de la familia mantuvo en vela a Martín toda la noche. Muchos pensamientos le ocupaban la mente, pero ninguno esclarecedor, así que, antes de que cantase el gallo, salió a pasear. Tal vez el aire de la mañana enfriara el hervidero de dificultades que bullían en su cabeza.

Ya en la calle, el viento fresco le atemperó el ánimo y comenzó a caminar sin rumbo, hollando pisadas propias y ajenas, como cada día, aunque su recorrido se aventuraba incierto. El sol empezaba a alzarse y, guiado únicamente por una claridad desteñida ante sus ojos, puso rumbo al río, atravesando el puente de Alcántara. Intentó dejar la mente en blanco; el ejercicio favorecía su objetivo, así como la llovizna que empezó a caer sobre su cuerpo.

Sin darse cuenta había llegado al paraje conocido como la Huerta del Rey, un palacio construido sobre antiguas ruinas rodeado de jardines, de planta cuadrada, flanqueado por dos robustos torreones. De repente la lluvia arreció. Se apresuró a resguardarse bajo un frondoso árbol, que parecía custodiar las clepsidras de Azarquiel y allí decidió descansar. Se quedó maravillado al contemplar en aquellos relojes hidráulicos la caída constante del agua que, al llenar el estanque, jugueteaba consigo misma hasta alcanzar las muescas que indicaban el paso del tiempo hasta capturarlo. Así como la clepsidra robaba el agua del río, el destino le estaba desposeyendo de la vista, su fuente de vida.

Por un momento Martín cerró los ojos, apoyó su cuerpo sobre el ancho tronco, mientras sentía agudizados el resto de los sentidos: el olor a tierra húmeda, las gotas de agua sobre la piel y los labios, el tacto de la tierra y la rugosidad del tronco, el sonido de la brisa que agitaba la vegetación y el fluir del agua, el inexorable fluir del agua.

Tras unos instantes de sosiego, abrió los ojos y quedó impactado por un espléndido arco iris, una maravilla de la naturaleza que interpretó como una señal divina, una respuesta a su confusión.

«¡No pienso quedarme ciego!», gritó en su interior. «Mi vida ha sido plena, feliz, rica en amor y conocimiento. Cualquiera se sentiría más que satisfecho con una existencia como la mía», seguía pensando con rotundidad: «¡Voy a luchar!», concluyó levantándose del suelo, inspirando profundamente.

El regreso a casa resultó gratificante; recordó los tratados de anatomía del cuerpo humano y de enfermedades que había traducido, de los que emanaban el mismo axioma: *la disciplina médica se conforma a partes iguales en teoría y en práctica*, concluían todos los estudios. El destino le había predispuesto para experimentar como paciente la práctica de una ciencia milenaria, era el momento de ponerse en manos de un diestro cirujano ocular, a pesar de los riesgos que comportaba y de los escasos recursos económicos de que disponía.

VI

Amira despertó de un profundo sueño a la conciencia. De la calle llegaban los ruidos del ajetreo mañanero: pasos apresurados, conversaciones indescifrables, niños correteando... El sol se había colado por la ventana y la luz inundaba la estancia; se había quedado dormida. No había nadie en la casa y por un momento pensó que todo había sido una pesadilla, que su madre llegaría como siempre del mercado y la apremiaría para que la ayudara con las tareas domésticas, pues su padre acudiría a almorzar y partiría de nuevo al trabajo. Pero sobre la mesa, junto a la chimenea, vio el Codex del que el día anterior había oído hablar. Lo cogió, lo ojeó y prácticamente lo entendía todo: dedujo que en el texto original debería haber estructuras lingüísticas repetitivas que aparecían anotadas ordenadamente con sus correspondientes traducciones al romance, algunas incluso con anotaciones más específicas. En las páginas finales figuraba un glosario de términos más empleados, tecnicismos específicos frecuentes en el *Lapidario*. La joven pensó que podría ayudar a traducir a su padre, sobre todo en ese preciso momento en que aún conservaba visión y que la podría instruir en lo que precisara. De algo serviría todo lo aprendido, de aquel entuerto podrían salir, pero la enfermedad resultaba una cuestión mucho más preocupante, así que comenzó a leer y a trabajar.

Días más tarde, de común acuerdo, la familia decidió buscar la ayuda de un médico, al menos para que les confirmara el diagnóstico y propusiera un remedio. Para los tres eran evidentes las telas que empezaban a cubrir los ojos del patriarca; de momento nadie más se había percatado, así que afortunadamente Martín podría trabajar en casa y, ya que Amira insistía tanto, sopesaría la ayuda que le brindaba, pues desde que nació la habían instruido y probablemente se encontrara preparada para la traducción. Mientras conseguía dinero y un buen galeno, invertiría el tiempo en una provechosa causa.

—Amira, si quieres asomarte a esta apasionante actividad, ya es hora de comenzar —dijo Martín una mañana temprano, cuando se disponía a trabajar—. Conviene que conozcas los textos que llevo tanto tiempo traduciendo; si vas a colaborar, debes conocer la estructura de las construcciones y el vocabulario. Además, tendrás que aprender a manejar el Codex —recalcó muy serio, mientras entregaba a su hija en una mano el borrador del *Lapidario*, vertido desde los principios, y en la otra, el Codex.

—Padre, conozco los dos; los he leído varias veces. Espero que no le moleste que lo haya hecho a escondidas —admitió un poco temerosa por si recibía alguna reprimenda.

La joven le explicó que había entendido perfectamente que la parte del *Lapidario* que estaba vertiendo al romance consistía en una clasificación de las piedras según los signos del zodiaco. Con sumo detalle especificó la estructura de cada tratado: en primer lugar, se indicaba el nombre de la piedra en distintas lenguas; a continuación, el lugar donde se encontraban, concretando después las propiedades o virtudes mágicas y médicas, para concluir con las estrellas que correspondían a su grado y de las que recibían esas virtudes.

Martín quedó asombrado de la claridad mental de su hija, aunque no le dio tiempo de felicitarla

ya que Amira se levantó atropelladamente, desapareció un instante y a su regreso, extendió unos pergaminos a su padre:

—He tenido el atrevimiento de traducir el fragmento por el que usted se había quedado, en el signo de Libra, en la piedra llamada marcasita —pronunció nerviosa y en voz baja.

Mientras el padre observaba el texto original y la traducción de su hija, ella continuó alborozada:

—Hay distintos tipos de marcasita: la marcasita áurea por su color de oro, la argente por su tonalidad de plata y la cobreña porque es colorada. Fíjese aquí, padre, en la descripción de la piedra áurea; es premonitorio —dijo con gran entusiasmo.

—Si no me he equivocado, el original afirma que entre las virtudes de la marcasita áurea figuran su efectividad para limpiar llagas, sanar fistulas y quitar la tela que se hace en los ojos, padre —pronunció esto último con júbilo—. Ya desde la antigüedad utilizaban este elemento natural para curar su enfermedad. Es una premonición, padre, debemos ponernos en manos de un cirujano ocular. Si lo conseguían hace cientos de años, la experiencia habrá perfeccionado la técnica —dejó de hablar de repente, como un fuego ardiente cuya llama se suaviza.

Completamente atónito por el buen trabajo que la joven había hecho y conmovido por la esperanza que le había contagiado, Martín aseguró a su hija que, aunque existían graves riesgos en ese tipo de intervenciones, él iba a confiar en la ciencia médica. También le indicó que, en cuanto a las traducciones, tendrían que pulir algunos de los fragmentos, para que la versión de la hija resultara calcada a la del padre. Así no sospecharían el maestro Yehuda ni el clérigo.

Desde las primeras luces del día, los dos se sentaban junto a la ventana con los textos originales, unos en árabe, otros en griego y conseguían aunar criterios por el bien de la obra, pero no sin que surgieran controversias o dificultades en algunas líneas. A veces Martín intentaba convencer a su discípula de que su interpretación de un fragmento concreto era la idónea. Amira escuchaba, reflexionaba, admitía en ocasiones y rebatía con frecuencia. Cuando conseguía convencer al maestro de que su versión recogía más exactamente la idea original, adivinaba en su padre un brillo intenso en los ojos, aunque ahora sesgado, y en su rostro, como activado por un resorte, se dibujaba una enorme sonrisa y se arrugaba deliciosamente la comisura de los ojos. Ella continuaba atesorando aquellos sentimientos tan intensos y preciosos que le habían regalado desde su más tierna infancia.

Al atardecer, Martín acudió a casa de Omar. Su amigo llevaba mucho tiempo trabajando como iluminador y él recordaba que en alguna ocasión le habló de complicadas ilustraciones que realizó para esclarecer diversas enfermedades.

Lo recibió en el patio, tomando el fresco después del intenso día de trabajo, junto a una fuentejilla donde acababa de realizar sus abluciones. Bajo una zona porticada se extendía una enorme alfombra que solía utilizar la familia para realizar sus oraciones dirigidas hacia La Meca, siempre que las condiciones atmosféricas lo permitieran, hecho asaz frecuente en la urbe toledana.

—¡Querido amigo, me alegra tu visita! —saludó afectuosamente el musulmán—. Toma asiento a mi lado. Charlaremos un rato antes de que el frío nos obligue a entrar —añadió.

—Gracias —respondió Martín—. Debo confesarte un asunto privado que requiere urgencia y discreción.

Martín abrió su corazón a Omar, quien tomó el problema como suyo y se comprometió a contactar con alguno de los galenos cuyos textos había iluminado. En cuanto tuviera noticias, le avisaría.

Al día siguiente el musulmán madrugó más de lo habitual, ya que quería comenzar sus pesquisas

con la mayor premura. Durante la mañana visitó a un médico de confianza, que lo remitió directamente a un afamado cirujano. Sin dilación se dirigió al lugar indicado, unas lujosas dependencias ubicadas en una importante zona de la ciudad. Allí le recibió un criado que le comunicó que su amo estaba tan ocupado que no podría recibirle hasta el atardecer.

Las horas pasaron lentas. Cuando el sol empezó a declinar, Omar regresó al encuentro del cirujano. Numerosas antorchas iluminaban el zaguán de la casa y el salón donde le hicieron esperar. La luz que desprendía el fuego hacía brillar aún más los objetos preciosos que allí se exhibían, a la vez que intensificaban el esmalte dorado de los azulejos que protegían las paredes, confiriendo a todo el espacio un lujo extraordinario. Como si de una aparición se tratara, del interior de la casa surgió una figura, envuelta en un halo de resplandor y elegancia, que parecía levitar. Al acercarse, Omar inclinó la cabeza en señal de respeto, se presentó y agradeció la acogida al dueño. Devuelto el saludo, Abdul Alí, el cirujano, entró en materia, pues le recalcó que su tiempo era muy valioso y no podía perderlo. Tales palabras desagradaron al iluminador, quien tomó el asiento ofrecido para exponer su petición.

Una vez sentado a su lado, Omar apreció que se trataba simplemente de un hombre menudo, de nariz afilada, mirada torva y manos de finos dedos. De cerca perdía toda la magia que anteriormente le había acompañado. Se trataba tan solo de un individuo ricamente ataviado y un tanto engreído.

Después de escuchar el motivo de la visita de Omar, poco tardó Abdul Alí en vanagloriarse de su experiencia como cirujano ocular y de sus infalibles tratamientos, ya médicos o quirúrgicos, pero menos aún tardó en decirle la exorbitante cifra que cobraba por sus servicios. Con toda la dignidad que pudo, el padre de Ismael le refirió que su amigo no disponía de una suma tan elevada, pero que con total seguridad estaría dispuesto a prestarle sus servicios como traductor y él mismo, como iluminador, siempre que lo requiriera. Abdul afirmó petulante que él disponía de los mejores. Solo trataría a su amigo previo pago de los emolumentos indicados; su pericia en la medicina ocular disfrutaba de un prestigio único en la ciudad. No encontraría a ningún galeno mejor para tratar la enfermedad que le refería, sin que el enfermo corriera el riesgo de lesiones importantes o incluso de perder la vida. Omar agradeció el tiempo que le había dedicado. Abandonó el lugar con ánimo derrotado, pues ni Martín ni él disponían de la ingente suma solicitada, ni la podrían conseguir.

—¿Cómo se lo diré a Martín? —se repetía a sí mismo, pensando en la desgracia de su amigo hacia cuya casa se encaminaba.

En su rostro presagiaba el desánimo. Sin preámbulos, el musulmán le contó lo ocurrido, pero quedó obnubilado por la respuesta que recibió.

—A veces se cierra una puerta y se abre un universo entero. Confía, Omar —respondió Martín, fundiéndose ambos en un fraternal abrazo.

Raquel había acudido al zoco como cada día. Por su cabeza únicamente rondaba la enfermedad de su esposo.

—Buenos días —saludó al tendero de las verduras, saliendo de su ensimismamiento—. Hoy solo necesito el avío para hacer un buen caldo —solicitó meditabunda.

—Raquel, ¡qué alegría verla de nuevo! —pronunció alguien a su lado.

Al girarse descubrió el rostro de Fátima, la criada de una importante familia toledana que con frecuencia le encargaba tapices.

—Buenos días, Fátima —respondió, despertando a la realidad.

—Hoy mismo debía entregarle una nota de mi señora. El joven amo Faisal contraerá nupcias en breve y su madre quiere agasajar a la pareja con uno de tus tapices, por lo que te requiere en cuanto te sea posible —concluyó la mujer.

Raquel respondió que aquella misma tarde acudiría. Al momento recogió su compra y se marchó pensativa, siendo consciente de que en poco tiempo llegaría a casa y encontraría a Martín sentado junto a la puerta del patio, con la mirada perdida, como recordaba a Nuño. Ella prefería la ceguera de su esposo antes que el riesgo a perderlo en alguna de esas intervenciones quirúrgicas a las que en ocasiones no se sobrevivía. Ni siquiera recordaba su vida anterior a la aparición de Martín. Bien podría dedicarse a enseñar, llevaba mucho tiempo colmando su interior de sabiduría, quizá aquel fuera el momento de verterla en los demás. Resultaría un maestro excelente. Se sentía extremadamente egoísta, pero su amor era desinteresado, le daba igual que viera o no, lo que no concebía era la vida sin él.

Por lo contrario, el inconformismo no permitía a la hija compartir tales pensamientos. Había que ser valientes en los momentos complicados y no dejarse amedrentar por los contratiempos. Ella sabía que había cirujanos en la ciudad que trataban las enfermedades de los ojos y que solo habría que mover los hilos adecuados para conseguir que alguno tratara a su padre. Los avances de la medicina se aplicaban a los pacientes que lo requerían y «para ganar, siempre hay que arriesgar», se repetía para sí.

—Pero ¿por dónde empezar? ¿A quién acudir para buscar ayuda? —se preguntaba la joven. Y recordaba la máxima del abuelo: «*los asuntos graves e importantes hay que encararlos con buen talante*». Eso haría ella, se dijo a sí misma, asomada al balcón de su casa, mientras respiraba profundamente y se llenaba de energía. Las vistas a oriente sobre el río Tajo le traían aromas de granadas persas y cúrcumas de la India.

VII

La familia Al-Husainy llevaba varios siglos instalada en Toledo. Formaba una dinastía de comerciantes de origen humilde, pero sumamente emprendedores y trabajadores, por lo que su infatigable esfuerzo y dedicación prosperó exponencialmente generación tras generación.

Amin Al-Husainy, el patriarca actual, gestionaba un imperio heredado de sus ancestros, que él mismo iba incrementando. El negocio surgió de un pequeño grupo de inversores, vinculados entre sí por lazos de parentesco, entre los que figuraba Abdekader Al-Husainy, que llevaba las riendas, una vez designado por sus socios. Así pues, gracias a las aportaciones económicas iniciales y a los préstamos concedidos en Bagdad, tales redes familiares se convirtieron en redes comerciales cada vez más pretenciosas y acertadas. Desde los cítricos traídos de China, hasta el algodón, el mango o el arroz de la India, distribuían por el mundo conocido difundiendo por doquier. La visión comercial de los Al-Husainy permitió incluso adaptar algunos productos y la implantación de técnicas agrarias en al-Ándalus.

Con el paso del tiempo el negocio quedó firmemente afianzado y Amin Al-Husainy lo gestionaba desde Toledo, donde entre otros productos, se especializó en la confección del papel cuya fórmula secreta de la dinastía china Han logró mejorar con el uso de la corteza de la morera y el almidón.

Como consecuencia de su actividad comercial, el carácter de Amin era sumamente frío y calculador. Supervisaba todas las transacciones, controlaba escrupulosamente el pago de impuestos del tráfico de mercancías, que posteriormente incrementaba el precio final de los productos, pero que aun así engrosaba con creces su fortuna. Ante tan ingente imperio se veía en la necesidad de instruir a un sucesor capaz de dirigirlo, por lo que escogió, de entre todos sus hijos, engendrados por dos esposas, al primogénito, Faisal, un joven prometedor, descendiente de su primera y principal mujer, Zurah.

Faisal llevaba en la sangre las aptitudes comerciales de su padre, con quien colaboraba sin descanso. Sin embargo, heredó el corazón caritativo de su madre hacia los más desfavorecidos, siendo consciente de que la desgracia se ensañaba especialmente donde abundaba la miseria y la enfermedad. Desde pequeño había demostrado interés por el estudio. Sus preceptores felicitaban a Amin por la inteligencia y el interés que manifestaba su hijo, especialmente en anatomía, apreciando en él una vocación de servicio a los demás como futuro médico. Sin embargo, él apenas sopesaba las inclinaciones del primogénito, destinado desde su nacimiento a dirigir el negocio familiar.

Convencido de que su destino era la medicina y tras reflexionar concienzudamente, el muchacho se decidió a hablar con su padre.

—Padre, necesito hablarle de la ampliación de mis estudios —dijo Faisal con voz firme.

—¿Acaso no te instruyen sobradamente tus preceptores? —cuestionó un tanto ofuscado—. Tienes a tu disposición a los mejores de al-Ándalus y yo compruebo a diario que tu colaboración en nuestros asuntos comerciales resulta muy acertada —concluyó el progenitor.

—Es cierto. Yo me siento cada día más seguro y preparado para gestionar el negocio; usted es

mi mejor maestro —intentó contentarle el hijo—. Pero siento que necesito ayudar a los demás —afirmó el joven, con seguridad a pesar de su edad, de su rostro aún imberbe.

Amin se sentó en su sillón de trabajo e invitó a su hijo a hacer lo mismo en el asiento de enfrente.

—En compensación a tu madurez, escucharé lo que tienes que decirme —concluyó.

—Padre —comenzó Faisal— solo le pido que me escuche hasta que le exponga todo lo que necesito decirle y que, si tiene dudas respecto a mi planteamiento, antes de negarse, madure mi propuesta.

—Tienes mi palabra —aseguró.

—En primer lugar, quiero que sepa que, si usted me considera apto, yo dirigiré los negocios implicándome al máximo para que nuestra empresa siga prosperando, pero necesito que me permita algo fundamental para mi crecimiento personal: quiero estudiar medicina.

Amin se sobresaltó de inmediato, pero era una persona de palabra y permaneció en silencio.

—Existe en Fez una madrasa⁹ donde puedo aprender la ciencia médica y, desde mi ingreso, comenzar a atender enfermos, empezando por cuidados muy básicos hasta que alcance los conocimientos y aptitudes para la práctica médica y quirúrgica.

Ante un mohín de desagrado del patriarca, el joven se adelantó.

—Podría al mismo tiempo ocuparme de supervisar sus transacciones mercantiles en la zona de Mauritania, para reforzar mis conocimientos comerciales.

El muchacho hizo una pausa para tomar aliento, tras comprobar que su padre también necesitaba un respiro. Cogió fuerzas y continuó:

—Es mi vocación. Le aseguro que no le defraudaré —continuó con seguridad y aplomo—. A mi regreso seguiré trabajando en el negocio familiar y en mis ratos libres atendería desinteresadamente a quienes lo necesitaran. Yo sé que le debo obediencia y gratitud a usted, pero mi felicidad está en sus manos y creo que estoy demostrando sobradamente mi capacidad de trabajo —enfaticó con voz firme.

Amin se levantó, cruzó sus manos a la espalda y con la cabeza alta empezó a pasear por la estancia, sorprendido por la determinación de su hijo.

—¿Dónde dices que está la madrasa a la que quieres acudir? ¿Quién la dirige? ¿Tiene prestigio? ¿Cuánto tiempo permanecerías fuera? —lanzó tales cuestiones al aire como veloces saetas.

—Padre, le estoy hablando de la madrasa de Al Qarawiyyin, en el corazón de la ciudad de Fez, fundada en el año 859 por la familia Al-Fihri —concluyó Faisal—. Allí se formó el filósofo y médico cordobés Averroes.

—¿Quién es esa familia Al-Fihri? ¿De dónde proceden? —continuó asaeteando a preguntas al joven.

—La familia Al-Fihri eran comerciantes, como nosotros —arguyó Faisal intentando congraciarse con su padre—. Oriundos de Túnez, se trasladaron a Fez, donde emplearon su fortuna en construir la escuela y una mezquita —concluyó sin dar más detalles.

Un tanto receloso, Amin indagó:

—Pero si se dedicaban al comercio, ¿cómo es que han creado un centro de estudios?

—A la muerte de Muhammad Al-Fihri, sus descendientes han invertido la herencia en educación, pues su padre insistía en que es el bien más valioso para el ser humano, tanto para el hombre como para la mujer.

—¿La mujer? ¿Qué tiene que ver aquí la mujer? —levantó la voz el patriarca—. El

conocimiento y los negocios resultan campos exclusivos de los hombres. Deja a las mujeres en la casa; ese es su sitio —sentenció Amin.

—Precisamente las dos hijas de Muhammad, Fátima y Mariam, han creado la madrasa, la mezquita e incluso una biblioteca como respuesta a las doctrinas de su padre —apostilló el hijo dejando al padre asombrado.

Faisal cogió aliento y comenzó su perorata:

—La sapiencia no distingue entre varones o hembras, padre. La erudición puede llegar a cualquier mente de naturaleza astuta que la cultive y que persevere en ella. Tome como ejemplo a estas dos emprendedoras y a otras tantas anónimas que han servido y seguirán sirviendo al prójimo en el más absoluto anonimato. Una mujer cultivada procede con cautela, reflexiona juiciosamente y actúa en consecuencia. Algún día la erudición femenina se podrá comparar a la masculina y quién sabe si incluso superarla —auguró el aspirante a médico.

Tal discurso frenó el impulso paterno de negarse en redondo a la propuesta. Los argumentos de Faisal parecían razonables, aunque desajustados a la sociedad en la que vivían, demasiado revolucionarios para el siglo XIII, pero no era la primera vez que oía hablar de féminas preclaras que habían realizado importantes empresas en diversas áreas del saber. Así pues, consideró oportuno meditar su respuesta ante tan enérgica defensa.

Pocos días después Faisal y su preceptor más experimentado iniciaron el viaje hacia Fez, formando parte de una caravana cuyas carretas rebosaban de mercancías; la carreta de Faisal, de entusiasmo.

Fundada por el rey Idris I, descendiente del Profeta, a Fez, llamada durante un tiempo Hispania Nova en el siglo IX, llegó una numerosa población cordobesa y tunecina como resultado de distintas revueltas en sus lugares de origen, lo que contribuyó al carácter árabe de la localidad, que también contaba con un barrio judío. La mescolanza de culturas propició un rápido desarrollo religioso político, cultural. Pocos años antes de la llegada del primogénito Al-Husainy se consideraba la ciudad más grande del mundo.

En una de las calles laberínticas se instaló el joven Faisal con su preceptor. Una vez concedido el permiso para que realizara los estudios de medicina, Amin Al-Husainy utilizó sus contactos comerciales de mayor confianza para que su hijo dispusiera de todo lo necesario en el extranjero; le proporcionó unas amplias dependencias cercanas a la madrasa, donde sería atendido por Tarik, volcado en sus cuidados y su formación desde muy corta edad.

El joven era consciente de la responsabilidad que suponían sus nuevos estudios, pues su padre accedió imponiendo una única condición: debería seguir atendiendo desde allí las tareas comerciales que realizaba en Toledo y, a ser posible, aumentar las arcas de la familia. «Si mi hijo quiere ser médico, profesión a la que no está destinado, deberá compaginar tal vocación con los negocios comerciales que han enriquecido a los Al-Husainy. Ese es el trato», pensaba Amin. Antes de partir, el padre instruyó a su vástago respecto a las transacciones mercantiles que él mantenía en África, le proporcionó los nombres de los intermediarios con los que debía tratar y le advirtió que, en cuanto se hubiera instalado y comenzado su instrucción, debería tomar las riendas de la actividad encomendada.

La ciudad de Fez le maravilló. Una sólida muralla rodeaba las dos zonas urbanas establecidas originariamente a ambos lados del río, protegiendo a la vez las dos mezquitas y una población numerosa.

Mientras Tarik se ocupaba de la intendencia doméstica, Faisal empezó a acudir a la madrasa que estaba junto al maristán, un hospital donde los estudiantes comenzaban sus prácticas, atendiendo al

principio los cuidados básicos de los enfermos, tutelados en todo momento por un médico experimentado. Allí se concienció de la realidad social, pues existía un ala anexa que hospedaba desinteresadamente a los pacientes sin recursos. La miseria iba unida a la enfermedad. En cualquier rincón había jergones donde ancianos, jóvenes o niños esperaban a tratarse de distintas afecciones; desde infecciones o problemas respiratorios hasta heridas y malformaciones. Los aspirantes a médicos ocupaban su jornada casi por completo entre las clases en la madrasa y la atención médica en el maristán. El estudio quedaba para la noche a la que robaban escasas horas de sueño. Al amanecer, regresaban de nuevo a las clases, después al maristán, concluyendo el día con el estudio nocturno y el breve descanso.

El ritmo de trabajo resultaba agotador. Faisal se sentía privilegiado ya que su padre le proporcionaba la manutención. Sin embargo, él había adquirido el compromiso de gestionar los negocios familiares en África: era el precio que debía pagar para realizar su sueño.

Una vez que consiguió hacerse con la rutina diaria, empezó a encontrar tiempo para el compromiso paterno. Tarik se convirtió en una pieza clave en su vida. No solo atendía la casa, sino que poco a poco Faisal lo fue instruyendo e involucrando en sus tareas y lo mismo acudía a la biblioteca de la madrasa a recoger algunos escritos médicos que necesitaba su joven amo, que colaboraba en la labor comercial que debían poner en marcha. Así pues, al anochecer se reunían los dos con la intención de conducir la empresa.

—Tarik, necesito tu ayuda —dijo Faisal sentado junto a un candil en la mesa dispuesta con los registros mercantiles—. Debemos enfocar los negocios antes de que mi padre me reprenda.

—Ya nos hemos instalado, amo —dijo el criado—. Estoy a tu servicio.

—En primer lugar, hay que contactar con el enlace que tiene mi padre aquí en Fez, que a su vez lleva los tratos con la ciudad de Sijilmasa —informó el joven—. Mañana los dos acudiremos a su encuentro —continuó hablando— pues necesito tu ayuda en las gestiones comerciales. Ambos debemos trabajar en una misma dirección.

Al amanecer del siguiente día Faisal y Tarik acudieron a casa de Abdul, el contacto que intermediaba con el patriarca Al-Husainy. Vivía junto al zoco, la zona de la ciudad que mantenía un movimiento comercial a cualquier hora. El hombre les recibió en una pequeña alcoba desordenada y sucia, que desde el primer momento desagradó a Faisal. El comerciante tenía buen aspecto, pero había algo extraño en su proceder que no inspiró confianza en el joven. «Si mi padre se fía de él, yo haré lo mismo», pensó.

—Esta tarde me darán las instrucciones para negociar el próximo cargamento —les anunció Abdul—. Os mandaré noticias para que contactéis con el negociante que nos proporciona la carga y dispongáis la entrega y el precio.

—De acuerdo —respondió Faisal.

—Esperaremos noticias —concluyó Tarik.

—¿De qué mercancía se trata? —quiso informarse el aspirante a médico.

—En cuanto me llegue la información, os la haré llegar—contestó el hombrecillo de tez oscura—. Normalmente comerciamos con pieles, goma arábiga, ámbar y oro. A veces con cabezas de ganado —dejó caer sin precisar demasiado aquel asunto.

Cuando acabó el encuentro, Tarik recordó a su amo que en los libros de cuentas se detallaba el precio de las mercancías que citó Abdul. También disponían de un mapa con las rutas habituales para el transporte de las mercancías. Faisal solo debería negociar el precio y la vía de transporte adecuada según el lugar de procedencia de los productos.

A diez días de distancia de Fez, al sur, se encontraba Sijilmasa, un importante enclave en las

rutas que conectaban el Mediterráneo con el centro oeste de África, al otro lado del desierto del Sahara. Las caravanas solían llegar y partir de allí, pues gozaba de una ubicación privilegiada entre el río Ziz y el oasis Talifat. La ciudad había crecido enormemente durante las décadas anteriores por su estratégica situación desde donde surgía, en forma de estrella, una red viaria que favorecía la comunicación hacia el norte con Fez, hacia el este con Marrakech, Túnez y Kairuán y con el África Subsahariana, prolífica en zonas auríferas, como la región de Bambuk, Buré y Lobi.

Unos días después del encuentro con Abdul, un niño llamó al amanecer a la puerta de la casa de Faisal. Le solicitaban un cargamento de ámbar de las mismas características que el último que pidió su padre, por la misma suma de dinero. Aquella mañana el joven salió más temprano de lo habitual, para dirigirse al encuentro del guía de caravanas con el que debía contratar el envío. La gestión resultó sencilla. Concretaron que la carga llegaría en camellos hasta Marrakech, donde el contacto naval de confianza lo trasladaría hasta Algeciras. Allí su padre procedería según el protocolo habitual hasta su llegada a Toledo y su posterior distribución.

El encargado de la caravana de camellos era un tipo fornido, parco en palabras. Faisal estaba preocupado por el trayecto, tenía muchas dudas.

—¿No encontraréis peligro en el desierto? —se inquietó.

—No hay problema —respondió Hasan, sonriente—. El desierto está lleno de vida. Allí se cruzan tantas rutas comerciales como hilos en una telaraña. No hay problema.

—Pero ¿cómo obtenéis agua o alojamiento para los caravaneros? —seguida preguntando Al-Husainy.

—No hay problema. Siempre hay un encargado que se adelanta, gestiona los alojamientos, entrega cartas y se aprovisiona de lo necesario. Vuelve con agua. No te preocupes.

—Hay mucho trajín en el desierto. El transporte se hará como siempre. Tu padre quedará igualmente satisfecho —seguida sonriendo Hasan sin darle importancia a la preocupación del muchacho.

—Eso espero —contestó.

— En poco tiempo recibirás una carta paterna, en la que te informará del éxito de la transacción. No hay problema —le volvió a decir.

«Confiaré en sus palabras», pensó para sí mismo, aunque aquel hombre no le ofrecía demasiada confianza, pero llevaba mucho tiempo empleado por su padre.

Realizada la gestión, se apresuró hacia la madrasa. Tras un breve almuerzo, continuó su tarea en el maristán y, antes de darse cuenta, había anochecido y regresado a casa. Tarik lo esperaba como siempre. Después de cenar anotaron la mercancía en los libros de cuentas, los gastos de los productos y del transporte. Parecía muy sencillo. Solo le quedaban unas horas de estudio y descansaría hasta el amanecer.

Semanas más tarde recibió una misiva de su padre con buenas noticias. La gestión se llevó a cabo conforme a lo previsto. Agradecía la labor a su hijo y le animaba a continuar con sus quehaceres.

Faisal aprovechaba al máximo cada minuto del día. En poco tiempo llegó a acostumbrarse a la misma rutina: clases por la mañana, atención a los enfermos por la tarde y gestión de mercancías con los hombres de confianza cuando recibía los encargos de pieles, goma arábiga o ámbar. Después el estudio y escasas horas de sueño.

Unos años antes de su llegada a Fez, habían entrado en declive las minas de oro situadas en el sur del Sáhara. La empresa familiar pudo beneficiarse y hacer fortuna, pero aquel filón se estaba

agotando, por lo que resultaba muy complicado conseguir oro de las cuencas del Senegal o del Níger.

En su escaso tiempo libre, Faisal visitaba las zonas más comerciales con la intención de conocer el estado de las transacciones y de los artículos más solicitados. Escuchaba con atención los corrillos en los que se hablaba de nuevos mercados y novedosas necesidades que estaban surgiendo entre la población. De aquella manera tuvo noticias de que en el norte de Europa se apreciaban sobremedida el cuero, las pieles y la cera de Sudáfrica.

—Sería un gran negocio llevarlos al puerto de Brujas, donde hay más demanda —oyó un día decir a unos expertos comerciantes.

Aquella idea quedó fijada en su mente, le dio forma después de indagar precios de la materia prima y del transporte y escribió a Amin adjuntando la nueva propuesta: lo único que el joven deseaba era compensarle por haber cedido a su petición.

A falta de encargos, la rutina de Faisal continuaba día tras día, un mes detrás del otro. Empezaba a destacar en sus estudios, acertaba en los diagnósticos y tratamientos de los pacientes del maristán. La teoría y la práctica de la ciencia médica daban resultados a la vez que le concedían prestigio en la ciudad.

Un frío amanecer llamaron a la puerta, como otras tantas veces. Se trataba del aviso de una transacción comercial; treinta cabezas, decía la nota, al precio habitual. Confuso por el extraño mensaje, despertó a Tarik. Encendieron el candil y abrieron los libros, intentando identificar la mercancía y el precio correspondiente.

—Tarik, no aparece el concepto de cabeza en la relación habitual de productos.

—No veo nada —contestó el preceptor.

—A ver si aparece en su lugar el concepto de reses o de ganado —pensó Faisal.

—¡Aquí está! —respondió.

—Pero es poco frecuente este tipo de producto. Desde que estamos aquí, nosotros no hemos comerciado con reses —se extrañó.

—Yo no sabía que mi padre se dedicara también a la ganadería —dijo algo confuso—. Bien, procederemos como siempre.

Salió temprano con la intención de dejar resuelta la gestión antes de llegar a la madrasa. Hasan lo recibió como acostumbraba, con la sonrisa en el rostro.

—No hay problema —repetía.

La jornada transcurrió con normalidad, pero Faisal se sentía inquieto. Llegada la noche, procedían de la forma rutinaria, registrando en los libros de cuentas la mercancía comprada, el gasto desembolsado y el destino a la península, casi siempre a Algeciras a través de Ceuta o de Tánger. Su padre se ocupaba de la posterior distribución y la ganancia obtenida tras pagar los correspondientes impuestos.

Transcurridos unas semanas, recibió una epístola paterna, informándole del éxito de la operación y descartando la peregrina idea de establecer contacto con Brujas.

—Seguiremos con nuestros productos habituales —sentenció.

En un breve margen de tiempo, se llevaron a cabo dos nuevas transacciones de reses. En la primera se concretaban veinticinco cabezas, mientras que la segunda transportaría cuarenta. Las transacciones se gestionaron con total normalidad, aunque Faisal seguía receloso, quería saber exactamente qué tipo de ganado resultaba tan productivo económicamente.

—Tarik —le comentó una noche mientras cenaba—. El próximo cargamento de reses procede de

Sijilmasa, a diez días de viaje de Fez, cruzando la cordillera del Atlas. A su paso por la ciudad, he pedido al adelantado de la caravana que me mande aviso. Deseo supervisar la mercancía.

—Amo, ¿qué necesidad tienes de controlar el cargamento? Será como los anteriores —supuso tranquilamente su criado y preceptor.

—No está de más que supervisemos con cierta frecuencia nuestros negocios. Es cierto que mi padre no me lo ha pedido en ningún momento, pero me interesa inspeccionar nuestro género —argumentó Faisal que, así como crecía en edad, maduraba en experiencia y conocimiento.

—Se hará lo que tú digas —respondió Tarik.

Las rutas de caravanas de mercancías que se dirigían a la costa solían pernoctar a las afueras de la urbe fecí, junto al río, por lo que en la fecha esperada amo y criado salieron de casa al amanecer. Aún no había salido el sol cuando llegaron al lugar, viendo desde la orilla opuesta numerosas sombras oscuras sobre la arena. Avanzaron despacio por temor a espantar a las bestias.

—Amo, ¿aquel será nuestro género? —cuestionó su fiel preceptor.

—No lo sé —respondió Faisal—. Preguntaré al guía de la caravana. Él nos sabrá indicar.

Los dos hombres se acercaron a un individuo vestido con túnica, manto y turbante, la cara curtida por el sol y la piel agrietada por las inclemencias del tiempo.

—La paz sea contigo —saludó el joven Al-Husainy.

—Y con vosotros —les respondió el hombre.

—¿Cuál es la mercancía propiedad de Amin Al-Husainy? —inquirió directamente.

—Es la más valiosa que transportamos. Son las cabezas que descansan junto al río —informó calmadamente.

En aquel momento el sol comenzó su ascenso por detrás de una duna, iluminando a un número de cuerpos negros raquícos, tumbados en la arena, vestidos con harapos, rodeados de insectos. Había hombres, mujeres y niños.

—¡Horror! —gritó Faisal—. ¡Mi padre comercia con esclavos. No puede ser! —se dijo negándose a creer lo que veía.

—Señor, esta mercancía es propiedad de Amin Al-Husainy —repitió el guía—. Venimos de las tierras del sur. En Ceuta embarcaremos hacia Algeciras, donde se venden y distribuyen —explicó con todo lujo de detalles.

Faisal no daba crédito a lo que oía.

—Mi padre no puede ser un traficante de esclavos. Es un error, Tarik —le hablaba con el rostro desenchajado y el corazón roto de dolor—. Tarik, en todo el tiempo que llevas trabajando para la familia, ¿has oído algo así: tráfico de esclavos? —preguntó con estupor al fiel preceptor.

—Amo, yo nunca he oído nada relativo a los negocios de Amin Al-Husainy. Mi labor se ha centrado, desde mi llegada, en ti: su educación, su alimentación, su salud, sus modales... Es cierto que en la ciudad hay comerciantes de personas y que la compraventa sí se suele llevar a cabo en Algeciras o en Sevilla. Eso se oye en el zoco de cualquier ciudad, también en Toledo.

—Hay que hacer algo, Tarik. No lo puedo permitir —refería Faisal angustiado.

—No podemos hacer nada de inmediato. Desconocemos a este individuo por completo —añadió el criado, intentando conservar el temple ante tan desolador panorama.

La visión de hombres y mujeres jóvenes, incluso niños, famélicos y privados de libertad, resultó desgarradora. «Nadie tiene derecho a hacer esto», se repetía continuamente el joven de corazón compasivo.

—Volvamos a casa. Ya sé lo que haremos —continuó.

—No te precipites, amo. Cálmate y buscaremos una solución —añadió el sirviente.

Durante el regreso a casa, ninguno pronunció una sola palabra. Los ánimos de Faisal estaban crispados, por lo que Tarik decidió que lo mejor sería esperar a que se atemperaran los sentimientos.

Por fin Faisal logró hablar con calma y aplomo: viajaría inmediatamente a Toledo. Resultaba demasiado grave lo que había descubierto o incluso podría ser falso. Debía conocer la verdad. El siervo aguardaría en Fez, daría aviso de su ausencia en la madrasa, mientras seguía atento a los negocios.

Poco tiempo tardó Faisal en alcanzar una caravana de viajeros que se dirigía a la costa norte para cruzar hacia al-Ándalus, donde mandó aviso de que le esperaran con un caballo para agilizar el recorrido y llegar cuanto antes a Toledo. Ni siquiera sentía el agotamiento en su cuerpo, ni el hambre ni la sed. La duda de que su padre traficara con esclavos le quemaba por dentro a la vez que le inyectaba fuerzas para continuar.

Su llegada a la casa paterna alegró a la familia, un tanto alarmada por el aspecto lamentable que presentaba el primogénito. La madre ordenó un baño, ropas limpias y las mejores viandas para su hijo. Amin se encontraba ausente por los negocios, según noticias de Zurah.

—Faisal, ¿qué te trae a Toledo de esta forma inesperada y con los ánimos contrariados? Estoy preocupada —preguntó la mujer.

—Madre, ¿qué sabe sobre los negocios familiares? —preguntó directamente.

—Yo no sé nada, hijo —continuó— solo sé que nos aportan una gran fortuna y que tu padre se dedica en cuerpo y alma a ellos para nuestro bienestar.

—¿Ha oído mencionar en algún momento el tráfico de esclavos? —soltó sin ninguna delicadeza.

—Claro que sé que existe ese tipo de comercio, pero es denigrante y tu padre nunca trafficaría con personas. Es abominable tan solo pensarlo —le aseguró alterada.

—No se preocupe, madre. Necesito hablar con él para aclarar algunos asuntos. Son cosas de hombres y nosotros las resolveremos —intentó tranquilizarla.

—No me gusta verte así, hijo, inquieto y ensimismado. Confía en mí —le pidió.

—No es nada, madre. Lo resolveré pronto —y la abrazó recordando aquellos brazos protectores que lo curaban todo en su infancia.

Tras el baño y la comida, notó de repente el agotamiento de los largos días de viaje. Se retiró a descansar después de ordenar a Fátima que le avisara en cuanto llegara el patriarca, porque tenía que hablar con él de un asunto de suma importancia.

Hasta el anochecer no regresó Amin a su hogar. El anuncio de la llegada del primogénito le preocupó, pero antes de ordenar su presencia, Fátima cumplió su cometido y el joven acudió al encuentro.

—Hijo, me alegro de verte. ¿Ha ocurrido algo para que llegues sin aviso? No te esperábamos aún.

Sus palabras eran sinceras y su rostro reflejaba alegría. Se acercó a su hijo y lo abrazó con sincero amor paterno, un acto poco habitual en él, que solía mostrarse seco con sus vástagos, sobre todo con los mayores. Faisal se sintió reconfortado en el regazo paterno, aunque al instante recordó el motivo de su inesperada visita y las dudas lo apartaron dolorosamente de él.

—Padre, no entraba en mis planes regresar hasta finalizar mi formación —se sinceró Faisal—, pero necesitaba verle para aclarar un asunto delicado.

—No creo que haya ocurrido algo tan grave que no pueda esperar a mañana y nos prive de la cena. Quiero que me cuentes cómo es tu vida en Fez —le aseguró ofreciéndole asiento junto a la mesa.

—Lo que me trae aquí no puede esperar a mañana —sentenció.

—Hablemos pues.

Faisal no sabía cómo empezar. Un silencio incómodo envolvía la estancia.

—Necesito que me aclare una cuestión —expuso.

—Tú dirás.

—¿Es cierto que trafica con esclavos? —preguntó sin rodeos.

—¿Eso es lo que te preocupa? —obtuvo por respuesta.

—Eso precisamente —respondió con rostro severo.

—Siempre se ha comerciado con lo que se precisa: agua, alimentos, animales, mano de obra... —le explicó a modo de respuesta.

—Entonces, ¿me confirma que trafica con personas? —quiso que le aclarara.

—Hijo, nuestra sociedad no es esclavista, no se mantiene con el trabajo de los esclavos. Se trata simplemente de la consecuencia de una etapa de pujanza; es un distintivo de poder para las clases adineradas.

—¿Un distintivo de poder? —consiguió replicar a duras penas, como si las palabras le causaran heridas en su propio ser. Se sentía sobrepasado por el descubrimiento de la personalidad de su progenitor.

—Existe una enorme red comercial de esclavos por todo el islam. Es un producto más que reclaman y necesitan los clientes. Si no se los proporciono yo, lo hará otra persona —argumentó fríamente y prosiguió para intentar convencerle—. Incluso el Corán establece algunas normas al respecto. ¿Acaso no las conoces?

Faisal calló como única respuesta. Su cuerpo quedó completamente paralizado por lo que estaba oyendo.

—Nuestra propia ley nos indica el trato que se les debe dar, nos prohíbe darles muerte, nos obliga a ser caritativos con ellos —levantó la voz para que su hijo lo oyera mejor mientras pronunciaba el discurso lentamente, silabeando y saboreando a la vez cada término que empleaba, demostrando que sus palabras respondían a la ley divina—. Podemos concederles la manumisión, incluirlos en nuestra propia familia.

—¡No puedo creer lo que me está diciendo! ¿Es consciente de lo que hace? Está comerciando con la vida de las personas —mantenía Faisal—. Padre, Allah es el único dueño de nuestras vidas. El ser humano no debe aprovecharse de la desgracia ajena en su propio beneficio. Es indignante —concluyó alzando el tono.

—¡Me debes obediencia, hijo. No te permito que me levantes la voz. Esta es mi casa! —pronunció el padre con tono autoritario.

A los gritos acudió Zurah, que exigió explicaciones de inmediato. Amin le relató lo ocurrido, mientras Faisal salió al patio a tomar aire para intentar calmarse. «Debo controlarme», pensaba, «pero en ningún momento cejaré en mi empeño».

Sentado en unos mullidos cojines, al fresco de la noche, veía las estrellas a la vez que oía la conversación que mantenían sus padres. Zurah quedó horrorizada al conocer lo ocurrido; intentó convencer a su esposo de la monstruosidad que llevaba a cabo. A su vez él seguía amparándose en las palabras del Corán. No había manera de convencerlo.

Zurah reclamó la presencia de Faisal, más calmado. Había tenido tiempo de reflexionar y atemperar los ánimos. Sentados los tres junto a la mesa preparada para la cena, con deliciosas viandas expuestas a modo de adorno, la madre les conminó a restablecer la paz familiar, pero cada uno seguía posicionado en sus propios principios. Finalmente, el hijo tomó la palabra:

—Padre, tan solo le haré una petición: sugiero que me acompañe a Algeciras, donde desembarcará su mercancía. Quiero que usted mismo los lleve al mercado de esclavos, los exhiba y los venda. Si es capaz de hacerlo con el temple que demuestra al hablar de esta cuestión, no le recriminaré nada más, aunque yo no podré seguir en esta empresa.

Aquellas sensatas palabras conmovieron a Zurah, que compartía los mismos sentimientos que su hijo, por lo que coincidió con la idea propuesta. Miró a su esposo a la espera de que asintiera.

—Sin lugar a duda te acompañaré. Yo mismo llevaré a cabo la venta —concluyó retirándose de la estancia.

Madre e hijo se abrazaron conteniendo la emoción. Zurah pidió a Faisal que mantuviera la esperanza, porque su esposo era muy orgulloso y estaba alejado de la cruda realidad en su lujosa vivienda toledana.

—Te aseguro que cuando vea esa pobre gente desistirá —le confirmó.

En poco tiempo los criados prepararon el escaso equipaje que necesitaban y al amanecer partieron los dos a caballo para realizar su cometido. Fueron días de silencio absoluto y reflexión mientras cabalgaban por los caminos llenos de viajeros, comerciantes y peregrinos.

En Algeciras se hospedaron en casa de unos conocidos de Amin, pues el comerciante tenía contactos por todas partes. Llevaba muchos años en el negocio y era apreciado por todos.

Llegado el día, padre e hijo se apostaron en el puerto, rebosante de embarcaciones que descargaban un sinnúmero de mercancías africanas. Un hervidero de personas se involucraba en la tarea para agilizar el marmagnum que se organizaba durante el desembarco y facilitar posteriormente las nuevas cargas que zarparían hacia sus respectivos destinos. Siempre había quien se escabullía entre el gentío, y en un descuido, birlaba unas cestas de especias, un embalaje de pieles o cualquier cosa que pudiera vender después para poder sobrevivir.

A lo lejos Faisal identificó al encargado de la caravana que transportaba el cargamento de su padre. Estaba de pie, esperando a que le facilitaran unos maderos a modo de pasarela para poder descargar.

—Padre, allí. Esa es su mercancía —dijo Faisal.

Atados con gruesas cuerdas empezaron a desfilar uno a uno las cabezas que Amin había adquirido. El rico comerciante contempló la procesión de esqueletos vivientes y cabizbajos que la embarcación vomitaba. Incluso había niños. Le impactó la visión de la cruda realidad.

—Vamos, padre. Debemos presentarnos al guía y dirigirnos al mercado para vender la carga a buen precio.

Con ánimo contrariado siguió a su hijo, que se acercó al guía para recoger la mercancía. Hechas las presentaciones, el encargado de la venta, que no era sino el mismo guía, amontonó al grupo de individuos y les apremió a caminar.

«Resulta desolador», pensaba Amin. «Estas gentes están famélicas, enfermas algunas. Hay niños. ¿Quién soy yo para enriquecerme con su propia desgracia? Aunque nuestra ley lo admita, mi conciencia no lo permite», reflexionaba mientras caminaba detrás de ellos en dirección al zoco.

Faisal seguía de cerca los pasos de su padre. Observaba sus gestos y la expresión de su rostro, pero se mantenía en silencio. Llegaron al zoco, a la zona donde se exhibían los esclavos para la venta. Entre el griterío que reinaba, se oyó decir:

—Varón procedente de Ghana, joven y fuerte, no está afectado de defecto alguno, ni inclinado a vagabundear ni escaparse.

Aquella descripción del producto acabó de desarmar a Amin, que no pudo soportar la situación.

—Faisal —habló a su hijo—, no puedo hacerlo. Siento aversión hacia mí mismo por lo que he hecho. Es una infamia. Debo darte la razón —reconoció derrumbándose emocionalmente, aunque manteniendo la compostura ante todos.

—Gracias por abrirme bien los ojos —le susurró al oído, mientras le abrazaba, conteniendo las lágrimas.

Faisal dio gracias a Allah por el cambio que se había producido en su padre.

—¡Alto! —ordenó el rico comerciante. El encargado del grupo se detuvo y todos permanecieron quietos—. Libera a estas personas. Desde este momento son libres. Desátalos y deja que se vayan.

La orden se cumplió al instante.

Faisal no sabía cómo reaccionar, quedarían libres, pero expuestos al hambre o a la captura por parte de otros comerciantes. No quería contrariar más a su padre, pues estaba superado por la situación. Amin se alejó rápidamente del lugar. Ante la confusión, el joven aconsejó a los esclavos que buscaran el maristán de la ciudad, donde podrían atenderlos de momento. No se le ocurría nada mejor. Algunos esclavos salieron corriendo en cuanto les liberaron de las cuerdas; otros atendieron las palabras de Faisal, agradeciéndole su ayuda. Todos partieron. El encargado de la venta reclamó al joven su deuda, pues, aunque no había llegado a producirse la transacción, había recogido a los esclavos en Sijilmasa y los había acompañado hasta el momento. Sin ninguna discusión, le pagó, dejando el asunto zanjado. El grupo se había dispersado, aunque quedó una niña, asustada, que no se atrevía a moverse.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Faisal, que, al acercarse, vio que los ojos de la pequeña presentaban numerosos bultitos rojos que casi le impedían la visión.

—He venido sola —respondió la niña—. No tengo a dónde ir.

—¿No venías con tu familia? —la interrogó.

—Yo no tengo familia —dijo.

—Dame la mano. Vendrás conmigo —contestó Faisal.

—¿Cómo te llamas?

—Kesia —contestó la niña que con una sonrisa agarró fuerte la mano del joven.

Sentado sobre unos sacos abandonados en un rincón del puerto, Amin consideró su labor como comerciante. No solo se arrepentía de haber llevado a cabo, en algunas ocasiones, transacciones a precios desorbitados, obteniendo unos beneficios propios de un usurero, aunque lo que en realidad le había hundido resultó el tráfico de personas. La simple visión de aquella niña entre la marabunta de comerciantes le conmovió las entrañas. Cuanto más se acercaba de la mano de Faisal, mayor peso sentía por el pecado cometido. La mirada de la pequeña se clavó en su interior. Nunca olvidaría aquellos ojos negros llagados como el futuro al que habría estado expuesta. «¿Cómo podré expiar mi culpa?», pensaba una y otra vez, mientras se acercaba su hijo y el objeto de su angustia?

—Padre, esta niña no tiene familia, está completamente sola en esta ciudad desconocida y extraña —pronunció el joven.

—Nosotros la cuidaremos —respondió—. Vendrá conmigo a Toledo y formará parte de nuestra familia. Yo me ocuparé de que nunca le falte nada.

La única objeción de Faisal consistía en la salud de la niña. Antes de comenzar el largo viaje, debía descansar, alimentarse bien y recibir los cuidados necesarios para su afección ocular, para lo cual se precisarían unos días de estancia en la ciudad. Su padre no replicó: se quedarían allí el tiempo que precisara.

No tardó Amin en encontrar alojamiento en Algeciras, pues su hijo le informó que Kesia había

contraído una importante infección en los ojos que podría agravarse considerablemente si no permanecía, hasta su mejoría, en un lugar limpio y con los cuidados pertinentes. Alrededor de las pestañas de ambos ojos se habían infectado varias glándulas sebáceas ocasionando un absceso acrecentado por la suciedad y las costras producidas por el incremento de lágrimas. Durante unos días el médico novel aplicaba en la zona compresas de agua tibia, que alternaba con paños empapados en té negro. Las curas del joven amo consiguieron aliviar considerablemente la irritación e inflamación local, por lo que enseñó a su padre a realizar el tratamiento, ya que él debía regresar a Fez. En pocos días también ellos podrían emprender camino a Toledo.

Faisal volvió a las aulas; debía terminar cuanto antes sus estudios, pero necesitaba demostrar a su padre su capacidad como comerciante, por lo que un día volvió al zoco a la hora más concurrida. Afinó el oído ante los corrillos de mercaderes emprendedores, quienes seguían comentando las ventajas de establecer comercio con el norte de Europa, en Brujas. Así pues, decidió tomar la iniciativa. Recuperó la información que había recabado cuando le hizo la propuesta detallada a su padre y, tras consultar a Tarik, los dos se lanzaron a la aventura: confiaron en su instinto, compraron a muy buen precio cuero, pieles y cera, fletaron un barco con destino a Brujas y convencieron a Abdul para que se responsabilizara de la nueva transacción comercial, pues había demostrado que, aunque al principio despertó cierta desconfianza en Faisal, era un lince para los negocios y estaba ávido de experiencias novedosas. Amo y criado le entregaron la tercera parte del montante económico que le habían prometido por llevar a buen puerto la misión. El resto se lo entregarían a su regreso.

Mientras esperaban noticias, el estudiante se volcó por completo en su formación; Tarik se ocupaba de los negocios bajo la esporádica supervisión del joven. Recibieron misiva de Zurah, en la que detallaba la excelente salud de la pequeña africana y su completa recuperación de la dolencia ocular. Era un placer tenerla en casa, contagiaba a todos su alegría y se mostraba siempre dispuesta a colaborar en cualquier tarea. Además, consiguió que Amin olvidara su frialdad de carácter, mostrándose más cariñoso y cercano.

La reputación de Faisal en la madrasa destacaba especialmente sobre el resto de los aspirantes. En poco tiempo completaría sus estudios y podría ejercer la medicina. Se sentía feliz por ello, aunque la falta de noticias de Abdul ensombrecía su ánimo. «Pronto volveremos a Toledo y aún no sabemos nada de Abdul», pensaba. La distancia hasta el puerto de Brujas era considerable, pero resultaba inminente el regreso a su hogar. Se temía lo peor: el naufragio de la embarcación o incluso la traición del empleado. Le inquietaba que su padre entrara en cólera al conocer lo ocurrido en caso de haber sido objeto de fraude.

Terminados los estudios, no se atrevían a regresar hasta tener noticias, propicias o adversas, del cargamento belga. Durante la espera, Faisal empezó a trabajar en el maristán, adquiriendo más experiencia y recibiendo las consiguientes recompensas económicas y profesionales.

Un día, entrada la noche, se presentó en su casa la visita más esperada.

—¡Abdul!, te creíamos desaparecido —oyó el médico desde su estancia. Acudió de inmediato.

—¿No os han llegado mis cartas? —se preocupó el hombre.

—No hemos tenido noticias tuyas desde que partiste. Estábamos preocupados. Me alegra verte —añadió el joven.

—La ruta comercial que conecta África con Brujas es reciente y probablemente por ello no hayan llegado mis nuevas —continuó el empleado.

—Cuéntanos cómo ha ido —reclamó Tarik.

—Vuestra mercancía resulta muy valorada allí —comenzó a informarles—. Regreso con mucho

dinero y numerosos encargos.

Por fin el primogénito Al-Husainy iba a demostrar al cabeza de familia que podía confiar en él, en su valía como comerciante. La larga espera tuvo una excelente recompensa.

En poco tiempo organizaron el regreso a Toledo; continuarían las transacciones comerciales con Brujas y con el resto de los destinos que su padre mantenía desde África. También Abdul había demostrado su lealtad.

La acogida en la casa familiar se convirtió en una fiesta. La pequeña Kesia se alegró de la llegada de su salvador; Zurah se enorgullecía enormemente de su hijo, al igual que Amin, quien, tras abrazarlo y felicitarlo por sus logros, le anunció una sorprendente noticia:

—He concertado tus nupcias con una rica heredera.

VIII

Hacia la almunia de los Al-Husainy se dirigían Raquel y Amira la misma tarde en que Zurah, la esposa de Amin hiciera llamar a la madre a través de Fátima en el zoco.

Desde la lejanía se apreciaba una enorme finca campestre rodeada de jardines y tierra fértil para el cultivo, cerca del Tajo. Se trataba de una propiedad de recreo, ya que la familia poseía un precioso palacio en un lugar privilegiado de la ciudad donde vivía habitualmente. Al campo acudían solo en los periodos estivales y ocasionalmente para controlar las labores propias de la agricultura y la elaboración del papel. También celebraban allí acontecimientos importantes, como sucedía con las nupcias del primogénito, por lo que toda la familia se había trasladado con la finalidad de acondicionar la zona que ocuparía la nueva pareja, mientras planificaban las fiestas para el enlace en tan bucólico paraje.

Una vez alcanzaron la puerta principal, madre e hija comprobaron que, en el muro derecho de la casa, completamente apartada del acceso señorial, se abría una segunda entrada pequeña y mucho menos ostentosa, donde esperaban pacientemente personas de aspecto achacoso; unas vestidas de harapos y otras más elegantes.

Ante la mirada inquisitiva de Amira, Raquel le comentó que la gente rica resultaba en ocasiones un tanto excéntrica, restándole importancia a aquel hecho.

A la llamada de las mujeres, salió un viejo y desdentado criado que las invitó a pasar a un oscuro zaguán. Raquel anunció que la esperaba Zurah, la esposa de Amin. Enseguida el anciano reconoció a la mujer del maestro González, pues con relativa frecuencia visitaba la casa para recoger los tapices y alfombras que encargaba la señora. Les indicó que recorriesen el pasillo que se abría a la izquierda, hasta llegar al luminoso patio, en cuyo centro reinaba una enorme fuente con varios surtidores decorada con brillantes azulejos que reproducían motivos geométricos. Numerosos árboles y plantas oxigenaban el espacio abierto al cielo, que servía como distribuidor hacia las distintas alcobas. Una alberca situada en el extremo norte regaba a través de pequeñas acequias aquel vergel que parecía un paraíso. Al otro lado del patio apareció Zurah, quien después de saludarlas, las invitó a pasar al salón, una gran estancia organizada en distintos ambientes, dispuestos alrededor de lujosas alfombras sobre las que se distribuían mesas de filigrana y mullidos cojines. Coloridos biombos proporcionaban intimidad y completaban la decoración arquetras sobre las que reposaban candelabros y velas que iluminaban a la vez que aromatizaban la sala con fragancias de sándalo y canela. Dispersos por el pavimento de mármol, grandes braseros de cobre descansaban de su labor en aquella época primaveral. Las paredes lucían tapices, algunos de los más hermosos que había tejido Raquel, junto a elaborados guadameciles, labrados en cuero, con aplicaciones en oro y plata, cuya policromía desvelaban motivos florales, geométricos o incluso versos del Corán.

—Sentaos, por favor —les pidió Zurah, que llevaba de la mano a una niña de cinco o seis años, de piel negra—. Gracias por venir con tanta premura.

—Hemos aprovechado el paseo para disfrutar de esta agradable tarde —contestó Raquel,

intentando disimular la preocupación que sentía por la enfermedad de Martín y el futuro incierto que les sobrevénía—. Espero que no te importe que me acompañe mi hija.

—En absoluto —respondió la musulmana—. Se está convirtiendo en una jovencita muy bella.

—Muchas gracias —dijo Amira.

—Os presento al nuevo miembro de la familia. Se llama Kesia. Nuestro hijo Faisal la trajo enferma desde África y nos ha robado el corazón a todos —miró a la pequeña mientras sonreía de oreja a oreja, mostrando sus blanquísimos dientes y sus negrísimos ojos.

—Vayamos al tema en cuestión —apuntó Zurah—. Mi primogénito contraerá nupcias en breve y deseo obsequiar a la pareja con uno de tus tapices —concluyó.

—Enhorabuena —contestó Raquel—. Le deseo un feliz enlace.

Las dos mujeres concretaban los detalles del trabajo encargado, mientras la joven no dejaba de pensar en la inminente ceguera de su padre. «El abuelo confiaba mucho en Dios», pensaba Amira. «Ante cualquier alegría o tristeza siempre lo tenía en sus labios, le agradecía sus bondades y le confiaba sus cuitas, recitando oraciones e intentando, sobre todo, devolver al prójimo todo lo bueno que de Él recibía». Pero ni Amira ni sus padres sentían la profunda fe que había guiado en vida a Nuño. Martín y Raquel habían intentado transmitir a su hija la creencia en un Ser Superior, Unificador de almas, cuyo nombre no era determinante; pues según ellos, unos le llamaban Allah, otros Dios, otros Yahveh.

—¡Qué más da el nombre! —decía el abuelo— Él nos ha creado, nos cuida y nos guía en nuestro paso por el mundo terrenal. Nos espera en el más allá para vivir eternamente —concluía siempre.

—Amira, debes agradecerle la vida cada día e invocarlo de corazón cuando en realidad lo necesites. Nunca te abandonará. ¡Bendito sea! —pronunciaba con profunda devoción.

En aquello ocupaba sus pensamientos, cuando Raquel llamó su atención.

—Hija, ¿verdad que tú me ayudarás a tejer el tapiz para terminarlo a tiempo? —insistió la madre.

—No lo dude, madre. Cuente conmigo —respondió complaciente.

Ambas mujeres volvieron a hablar de los preparativos para las nupcias y de la alegría que suponía ampliar la familia.

De repente, un tanto apurada Zurah les refirió:

—Espero que no os haya sobresaltado la afluencia de personas que hay junto a la casa. Seguro que os ha extrañado. El motivo es que mi hijo Faisal, el futuro esposo, ha pasado unos años en Fez, aprendiendo medicina, sin abandonar los negocios familiares. A su regreso, dedica su tiempo libre a curar enfermos de forma desinteresada. Se trata de una vocación que necesitaba desarrollar como agradecimiento a todos los bienes con los que Allah le ha obsequiado —reconoció Zurah, orgullosa del buen corazón de su hijo.

—Es encomiable la labor que lleva a cabo —dijo Raquel, un tanto alterada por la noticia.

—Se trata de un joven que no persigue reconocimiento ni gloria, sino agradar a Allah —apostilló la madre del galeno—. Durante su estancia en la madrasa de Fez se ha convertido en un médico experto y empieza destacar como cirujano ocular —informó Zurah a sus invitadas sin poder ocultar su complacencia—. Él mismo curó los ojos de Kesia.

Raquel y Amira se miraron al instante, asombradas por la noticia.

—¿Os ocurre algo? —preguntó inquieta la señora de la casa.

Madre e hija quedaron paralizadas. Amira guardaba silencio, mientras la progenitora, con lágrimas en los ojos, rompió a llorar. Ante la incertidumbre de Zurah, Raquel le confió la enfermedad de Martín y todo lo que le preocupaba, derivado de dicha situación. Sacó fuera la

tristeza y el dolor que le estaba causando y, después de desahogarse, abrazada a Amira y consolada por Zurah, esta les prometió que hablaría con Faisal para que lo tratara. Les mandaría aviso con un criado al día siguiente.

Después de una cariñosa despedida, Raquel y Amira tomaron camino de regreso a casa cogidas de la mano, entre lágrimas y sonrisas de esperanza.

—Madre, yo siento que el abuelo desde el más allá nos ha enviado la solución —pronunció estas palabras que le brotaban directamente del corazón—. He invocado a Dios y Él ha respondido, madre. Ha sido Él.

Calmadas las dos, un poco avanzado el camino, Raquel preguntó a su hija:

—Amira, ¿no te he contado nunca la *Historia del médico Berzebuey*, narrada por él mismo?

—Nunca, pero creo que este es buen momento.

Y comenzó el relato en lengua persa:

«Ya convertido en médico, me pregunté cuál de las cuatro finalidades debía buscar en la vida: si disfrutar de placeres, o ser famoso, o adquirir riquezas, o salvar mi alma [...]

Y descubrí que el médico más virtuoso es el que no ejerce su oficio sino para salvar su alma [...] De manera que me planteé y no quise tener aprecio de este mundo para que no me ocurriese como a aquel mercader codicioso que vendió sus piedras preciosas creyéndoles vidrio que nada valía, cuando de su verdadero valor podía haber vivido rico toda la vida. Empecé pues a atender a los enfermos, y con la mirada puesta en el premio del otro mundo me esforcé en tratarlos con la mayor atención, sin perder nunca la esperanza de curarlos, y a los que no pude curar no dejé de darles las medicinas apropiadas, sin pedirles nada a cambio...»

A media mañana llamaron a la puerta. Raquel acudió rápidamente. Todos se inquietaron, ya que esperaban ansiosas noticias de Zurah. Un chiquillo desarrapado entregó una nota urgente a Martín González. El maestro Yehuda lo emplazaba al atardecer para la entrega del avance de las traducciones en el *scriptorium*. Martín había olvidado que en breve tendría que reunirse con sus compañeros de trabajo. No temía por el progreso ni por la calidad de los textos vertidos, pues gracias a Amira habían adelantado sobradamente. Ambos disfrutaban hora tras hora de una tarea vocacional y plenamente placentera, de ahí el éxito del resultado. En realidad, le preocupaba el encuentro con el judío, temiendo lo peor: el descubrimiento de su enfermedad y la consiguiente desvinculación de su tarea.

Enfrascado en tales pensamientos, otro aldabonazo le devolvió a la realidad. Fátima, como oportuna mensajera, entregó a Amira unas líneas escritas por la señora Al-Husainy, en las que citaba a la pareja después del almuerzo: les recibiría Faisal.

Enormemente esperanzados y a la vez preocupados por la coincidencia de los acontecimientos, Martín tranquilizó a las mujeres de la casa. En primer lugar, visitarían al sanador y más tarde acudiría a la reunión de trabajo.

—Padre, si se prolonga su cita con el galeno, yo podría llevar los textos traducidos al maestro Yehuda y excusarle con cualquier contratiempo —comentó la joven.

—Llegaré con tiempo suficiente, Amira, no te preocupes. Hasta el atardecer no debo acudir a casa de Yehuda. Yo me ocupo —intentó calmarla, pues se sentía culpable de todo lo que estaba ocurriendo a causa de su enfermedad. Cada uno colaboraba en lo que podía, pero él seguía siendo el cabeza de familia y el mayor responsable.

—De acuerdo, pero acabemos con estas líneas antes del almuerzo —le pidió la chica con la intención de distraer la inquietud que reflejaba su rostro. Llegado el momento Raquel y Martín se dispusieron a partir.

—Hija —dijo la madre—, yo prefiero que te quedes en casa de Ismael; así la espera se te hará más llevadera. En casa de Omar no se aburre nadie con tanta chiquillería.

La joven asintió de inmediato y, mientras ella esperaba a que le abrieran la puerta, advirtió cómo sus padres se alejaban cogidos de la mano, compartiendo como siempre la dicha y la desgracia, apoyados el uno en el otro incondicionalmente. En aquel momento se sintió muy afortunada por el amor que había recibido desde pequeña, a la vez que confiaba en formar algún día su propia familia, grande o pequeña, daba igual, pero firmemente asentada en los principios del amor, el respeto y la confianza.

Con gran júbilo la recibieron Ismael, sus padres y sus hermanos pequeños, quienes enseguida le pidieron que les contara alguna de sus historias. Farud quería oír la historia de Simbad, mientras que Leila prefería los relatos de Calila y Dimna. Ante la disputa de los benjamines, Aisha puso orden. Había calma en la casa, pero no en el interior de Amira, así que la invitada les propuso pasear por el Tajo, bordear el ceñidor de Toledo, que bajaba caudaloso. Recordando los paseos con el abuelo, aquella vez llevaban la compañía de los pequeños, que habían prometido portarse bien.

La tarde era agradable y cálida, por lo que en cuanto vieron la orilla, los niños se acercaron.

—Cuidado, hermanos —gritó Ismael—. No os vayáis a caer, no hace tiempo de bañarse. Si queréis, refrescaos la cara y las manos, pero nada más —ordenó, recordándoles su promesa.

En un recodo por donde corría el agua plácidamente, los niños obedecieron refrescándose solo un poco. Cuando los alcanzaron, oyeron las risas de Leila.

—¿Qué pasa, Leila? —preguntó Amira.

—Es Farud —contestó la pequeña—. Me ha dicho que mire en el agua y que veré a un hombre muy hermoso —continuaba con su relato, sin poder contener las carcajadas.

—Y el hombre hermoso no es más que su reflejo en el agua —se burlaba la niña—. Míralo, no deja de mirarse. ¡Presumido, presumido! —se reía.

—Venid aquí los dos —sonrió Amira—. Os voy a contar una historia:

«La ninfa Eco se había enamorado del bello Narciso. Él despreciaba a todas las ninfas y jóvenes. Alguna de ellas rogó al cielo que, por justicia, él llegara a amar sin poder adueñarse de lo que amara. Y la diosa Temis asintió a tal ruego. Junto a una fuente clara llegó Narciso a descansar. Al ir a beber en sus aguas, mira su propia imagen y es arrebatado por el amor, quedando pasmado por su hermosura: sus ojos, su cabello, sus mejillas y su cuello...»

Volvieron a casa después de un largo paseo. Todavía no habían regresado los padres de Amira. Le extrañaba la tardanza, comenzaba a oscurecer y la muchacha estaba alterada.

—Volvamos con mi familia —dijo Ismael—. Esperaremos con ellos.

El sol no detenía su recorrido, así que Amira tomó el mando de la situación. Seguida por su fiel amigo, se apresuró a su casa para coger los textos que su padre debía entregar y a paso ligero se presentó en el *scriptorium*. Un guarda los invitó a sentarse, ya que el maestro tardaría un buen rato en recibirles. Nerviosa por la situación, caminaba pasillo arriba y abajo, contando las macetas de aspidistras que observaban impertérritas el paso de la vida. Ismael la dejaba pasear, pues la

notaba desasosegada y, con razón, pensaba el muchacho. Al tiempo volvió a acercarse el vigilante para informarles de que el traductor seguía ocupado, pero ya sabía que su cita había llegado.

La espera resultaba la peor de las pesadillas. La joven se sentó y enseguida volvió a levantarse, dejando los textos junto a Ismael. Le estorbaban para caminar. En su recorrido por el pasadizo, varias puertas permanecían abiertas. Al fondo de una pequeña estancia, reposaban cartapacios de distintos tamaños que allí se almacenaban a la espera de que les llegara el turno de salir a la luz: su padre se lo había dicho.

Guiada por la curiosidad, Amira hojeó varios pergaminos. Había textos en griego, en persa, árabe, latín... Se sintió especialmente orgullosa al comprobar que era capaz de entender prácticamente todos los escritos que pudo curiosear.

Abrió una funda de cuero gastado, cerrada por cintas doradas y encarnadas, pasó rápidamente la vista por las líneas y creyó ver dos nombres muy conocidos: Calila y Dimna.

—¡No puede ser! —susurró ante tal sorpresa, y leyó:

«Entre los vasallos del rey león había dos linceos muy valientes y astutos, uno llamado Calila y el otro Dimna. Dimna era más diligente y ambicioso, y el que menos satisfecho se encontraba de su estado, pues el rey no los reconocía ni eran de su privanza. Cuando Dimna advirtió que el rey león permanecía escondido y que no se movía y disfrutaba como era su costumbre...»

—Pero ¿y si es? —se le ocurrió. Inmediatamente colocó la funda sobre un viejo escritorio destartado y empezó a pasar hojas, intentando leer rápidamente para ver si había descubierto lo que ella creía:

«Una garza criaba cerca de la guarida de una culebra, que le comía los pollos. La garza, a quien le gustaba mucho vivir allí, estaba muy triste y desconsolada. Un cangrejo advirtió el pesar de la garza, le preguntó qué le pasaba, y ella se lo dijo.

—¿Quieres que te dé un consejo para librarte de la culebra? ...»

Apartó el pliego que acababa de ver para examinar otro:

«Cuatro muchachos se encontraron en un camino: uno era hijo del rey y debería de haber sido rey a la muerte de su padre, pero su hermano lo había obligado a abandonar el reino cuando aquel murió, y había tenido que huir a escondidas para salvarse de que su hermano lo matase; un segundo muchacho era hijo de hidalgo; el tercero, hijo de mercader, y el cuarto...»

Cada vez crecía más su entusiasmo. Debía comprobar que era lo que ella deseaba. Y siguió ojeando otras líneas:

«Se cuenta que un religioso estaba un día a la orilla de un río cuando se acercó volando un milano que había atrapado a una rata, que se le cayó de las garras delante del religioso. Al religioso le dio pena la rata, la recogió y se la llevó con él. Mas temiendo ...»

Era cierto. Acababa de encontrar los cuentos de Calila y Dimna, aquellos que en lengua persa le contaba su madre desde... Ni lo recordaba. Raquel había empleado aquellos relatos de los dos linceos como ejemplos morales, pues así conseguía que Amira fuera adquiriendo valores fundamentales para convertirse en una persona adulta y sensata.

Recordó que poco antes de que el abuelo les dejara, un día le explicó que sus cuentos preferidos llevaban como título *Calila y Dimna*, escritos originariamente en hindú y traducidos con posterioridad al persa. Presentaban la estructura oriental de preguntas y respuestas entre el rey y un filósofo, dando paso después a los *exempla*¹⁰ contados y protagonizados por animales, a modo de fábulas, enlazando en muchas ocasiones una historia con otra. Ante los ojos atónitos de su nieta, Nuño insistía en que aquellos relatos orientales fueron concebidos para la educación de reyes y príncipes, por ello su madre la llamó Amira, *princesa* en árabe, su princesa, y como tal quiso instruirla con la práctica sabiduría que emanaban de los apólogos de los linceos.

—¡Amira! —la llamada de Ismael le sonó a advertencia—. Se acerca el guarda. Quizá ya puedas pasar —la apremió.

Al instante se quedó paralizada sin saber qué hacer, tenía que salir al encuentro del vigilante, pero no podía perder el tesoro que acababa de descubrir. Así que rápidamente guardó todos los legajos en la funda de cuero y la escondió detrás de una montaña de volúmenes, completamente oculta. Al salir precipitadamente del almacén, se topó con su amigo, que, con el ceño fruncido, le regañaba para que se alejara de allí y atendiera el reclamo.

—Ismael, ¿no te lo vas a creer! —le susurró al oído.

—¿Qué dices? —respondió el muchacho con cara de extrañeza—. El guarda te está indicando desde lejos que pases. Venga, no hagas esperar al maestro.

La joven avanzaba físicamente por el pasillo, pero su espíritu, extasiado por el descubrimiento, sobrepasado por la emoción, flotaba en el aire. Sin saber cómo, se encontró en la puerta del *scriptorium* saludando a Yehuda ben Moshe. Incluyó levemente la cabeza.

—Pasa, Amira. ¿Qué ha ocurrido? —preguntó—. Esperaba a tu padre.

—Un contratiempo sin importancia, maestro —improvisó—. En una caída aparatosa se ha golpeado una pierna y en este momento lo está atendiendo el médico. Pero no se preocupe, porque me ha dado el trabajo que debía entregarle y le ruega que le excuse —mintió la muchacha con tanta naturalidad que hasta ella misma quedó extrañada.

—Muy bien, Amira. Toma asiento y espera que revise unas cuestiones —le indicó el judío.

Aunque en apariencia tranquila, en su interior se revolvían intensos sentimientos, que apenas sabía cómo gestionar. Observaba el rostro de su examinador, impassible, como siempre. Pasaba el tiempo y él no hacía el mínimo gesto ni comentario, mientras la muchacha intentaba calmarse.

—Perfecto —por fin habló Yehuda—. Extraordinaria traducción, como siempre —sonrió—. Además he comprobado que tu padre avanza con gran celeridad en casa. Le escribiré unas líneas para que se las haga llegar —concluyó sereno.

Amira respiró calmada. El maestro no había apreciado ningún cambio y además se alegraba de la rapidez y eficacia con la que trabajaba Martín.

—Ten, jovencita —le extendió un pliego lacrado con su sello—. Salud para todos —se despidió.

—Para usted también —le deseó ella, que cogió la nota y se giró, dirigiéndose hacia la puerta. Pero antes de atravesarla, detuvo el paso y permaneció indecisa unos instantes, hecho que observó Yehuda ben Moshe.

—¿Qué ocurre, Amira? —la interrogó.

Finalmente, la chica cogió aliento para empezar a hablar.

—Maestro, usted conoce mi naturaleza curiosa —comenzó.

—Es cierto —continuó.

—Verá, mientras le esperaba he estado caminando pasillo arriba y abajo, cuando sin darme cuenta, encontré una estancia llena de volúmenes y pergaminos que me ha atraído como un imán — tenía la boca seca y las palabras acudían lentas a su mente, ya que la indecisión la bloqueaba.

—Continúa —la animó el afamado traductor.

—Allí hay almacenados cientos, miles de pergaminos que me han tentado y no me he podido resistir a ojearlos —terminó suavizando el tono de voz.

—Acércate, jovencita. Mis oídos apenas oyen tus palabras —reconoció—. No temas. Cuéntame.

Aquella palabra infundió confianza en Amira que, sin dejar detalle, le refirió el fabuloso descubrimiento que había hallado. Insistió en que la puerta estaba abierta y que nada parecía prohibir la entrada.

Yehuda ben Moshe se quedó sorprendido, tanto por el descuido de alguien al haber dejado el acceso libre como por la ilusión que le transmitía la hija de Martín ante los textos encontrados.

—Hablemos seriamente —pronunció con contundencia el maestro—. Amonestaré al responsable del mantenimiento de los documentos. Deben estar custodiados bajo llave y por lo tanto se tomarán medidas. En cuanto a ti —a Amira le temblaba hasta la túnica que la cubría— no deberías haber entrado. Un día tu curiosidad te traerá consecuencias nefastas —concluyó.

Ante la tensión acumulada, Amira rompió a llorar y se disculpó. Por sus mejillas sonrosadas empezó a caer un torrente de lágrimas equivalente a tantas inquietudes como llevaba guardadas dentro: la enfermedad de su padre, su secreta colaboración en las traducciones y, por si no fuera bastante, su indiscreción en el almacén de los documentos.

—Veamos la parte positiva —escuchó la joven sorprendida—. Si es cierto tu hallazgo y has encontrado los valiosos cuentos orientales, habrá que comprobarlo —continuó hablando el anciano con una sonrisa pícaro.

Salieron del *scriptorium* hacia la mencionada estancia. En el pasillo seguía esperando Ismael, que se sobresaltó al ver el estado en que se encontraba su amiga.

—Vayamos los tres —dijo Yehuda.

La puerta permanecía abierta, invitando a satisfacer la curiosidad de cualquier persona. El maestro pidió a la joven que recuperara la funda de cuero que había escondido. Amira se la entregó en las manos, siendo Yehuda ben Moshe consciente de la emoción del momento, sobre todo para la chiquilla, que conocía su valor. Ismael no se separaba de su amiga y la miraba de reojo.

—Es el momento de sacar a la luz estos cuentos —afirmó el judío ante la incredulidad de la muchacha.

El maestro Yehuda les explicó que allí se guardaban los volúmenes y pergaminos que llegaban de cualquier lugar del mundo, pero su elevada cantidad no permitía verterlos al romance con la inmediatez deseada. En el caso que les ocupaba, por tratarse de unos relatos de extraordinario valor literario y antigüedad, trataría el asunto con el infante don Alfonso, quien se encargaba de supervisar y autorizar las traducciones.

Siguiendo sus impulsos, Amira propuso al maestro que, siempre que el infante don Alfonso lo permitiera, su padre podría traducir aquellas fábulas. Insistió en que ella conocía los ejemplos de Calila y Dimna, porque desde la infancia su madre se los contaba en persa, por lo que, si se le consintiera, ella también podría colaborar.

—Bueno, bueno —apuntó el maestro—. Veré lo que puedo hacer. Marchad ya para casa; es muy tarde y estarán preocupados.

10 *Exempla*: palabra latina que en literatura se aplicaba a los relatos que tenían finalidad didáctica o ejemplarizante.

IX

La almunia de los Al-Husainy lucía imponente en medio de la llanura. A su llegada, Martín y Raquel se dirigieron hacia la puerta lateral de la finca, donde esperaban su turno algunos enfermos, cuando al instante salió en su busca Fátima, indicándoles que la señora les estaba esperando en el salón principal. Hacia allá fueron los dos, precedidos por la criada.

—¡Queridos amigos! —saludó Zurah, que llevaba de la mano a la inseparable Kesia—. Sed bienvenidos a nuestra casa.

—¡Bien hallada seas! —contestaron ellos, mientras aceptaron la invitación de tomar asiento.

—En cuanto le comenté a mi hijo la posible dolencia de Martín, se interesó de inmediato por tratarla y buscar una solución —comentó la matriarca Al-Husainy, infundiéndoles esperanzas—. Faisal os espera. Ha dado orden de que le avise en cuanto lleguéis. Yo solo quería saludaros —concluyó.

Zurah les hizo esperar en el patio, junto a una puerta interior que comunicaba las dependencias de Faisal con la sala donde recibía a los enfermos.

—Pasad aquí. En cuanto termine con el paciente que ahora mismo le ocupa, os recibirá —les anunció.

La pareja esperaba en silencio. Martín cogió las manos de Raquel, las apretó suavemente y las besó con cariño. Ella las acercó a su mejilla y le miró a los ojos: las telillas que los manchaban, en aquel momento, casi los cubrían por completo. Las dos sombras se habían convertido en dos heridas penetrantes que lastimaban con creciente dolor a los tres miembros de la familia por igual. Pasados unos instantes de silencioso consuelo, el joven Faisal abrió la puerta y les invitó a pasar.

—¡Que Allah sea con vosotros! —les saludó.

—Y contigo —respondieron.

Enseguida procedió al reconocimiento del paciente y diagnosticó de inmediato: cataratas. Les explicó detenidamente y en términos claramente comprensibles que consistía en una enfermedad que enturbiaba, reducía y llegaba a impedir la visión, provocando la ceguera total.

—Se trata de una dolencia hereditaria en algunos casos. ¿La ha sufrido quizá alguien de su familia? —preguntó el galeno.

—Mi padre —respondió Martín con tristeza, pero a la vez con orgullo, ya que aquel era otro legado más de Nuño, quien le había regalado tantos y tan valiosos que aceptaba la ablepsia con igual disposición.

Faisal quiso ilustrar a su paciente, informándole de que en el siglo V a. C. aproximadamente, Susruta, un médico y cirujano hindú, diagnosticó la enfermedad y dejó constancia de las primeras operaciones quirúrgicas, con la extracción de la catarata mediante la técnica de la reclinación; en otras palabras, empujando el cristalino opaco, en la pared del ojo, hasta lograr abatirlo hacia el interior, con la ayuda de una aguja o lanceta. La cirugía debía llevarse a cabo por un experto cirujano, ya que con frecuencia se rompía la cápsula del cristalino, lo que provocaba complicaciones serias y una recuperación tormentosa. A continuación, les refirió otra técnica concebida por Ammar ibn Ali en el siglo X, que utilizaba una jeringuilla hueca para succionar la

catarata, después de haber diagnosticado la operabilidad de la lesión, basándose en la reacción de la pupila ante la luz.

Martín quedó satisfecho con la exposición de Faisal.

—Como habréis comprendido, disponemos de dos opciones: la cirugía por reclinación o por succión —resumió.

—¿En ambos casos recuperaré la visión por completo? —preguntó Martín.

—Tu visión será casi perfecta; pero debes sopesar las dos posibilidades: la ceguera irreversible o la recuperación de la visión casi completa. Podrás realizar tus actividades cotidianas con total normalidad; podrás leer y escribir perfectamente —concluyó.

—¿Qué técnica sería la más apropiada para atajar mi enfermedad? —siguió preguntando el enfermo.

—Presenta menos complicaciones la técnica de la reclinación. En el Califato de Córdoba, Albucásim desaconsejó expresamente la succión de la catarata en su obra *Kitab al-Tarsif*, por lo que yo procedería con la que ofrece mayores garantías —informó el galeno.

—¿Corre peligro la vida? —cuestionó Martín, sabedor de que la pregunta hería enormemente a su esposa.

—La cirugía por reclinación resulta eficaz. El riesgo de muerte es mínimo, aunque hay que reconocer que en ocasiones la manipulación del ojo teóricamente podría conllevar el riesgo de paro cardíaco —añadió Faisal con total sinceridad—. El derramamiento se minimiza enormemente en manos habilidosas, aumentando las posibilidades de éxito.

La cita con Faisal se prolongó durante mucho más tiempo de lo previsto, pues, una vez realizado el diagnóstico, conversaron distendidamente sobre lo relativo a la enfermedad. Quedaron resueltas todas las dudas que la pareja planteó. Ninguna incertidumbre guardaba Martín: estaba decidido a someterse a la intervención; sin embargo, Raquel le pidió que lo reflexionara con más calma, pues en caso de riesgo por su vida, no habría vuelta atrás. La ceguera aseguraba vida, mientras que la cirugía podría resultar fatal.

Faisal les pidió que no tardaran demasiado en tomar la decisión, pues sería buen momento para intervenir. Esperaría una rápida respuesta. A continuación, se despidió para continuar con los demás pacientes, después de recibir el más sincero agradecimiento por partida doble.

Un criado avisó a Zurah, que deseaba sondear el estado de ánimo de quienes desde aquel momento consideraba amigos, pues se enfrentaban valientemente a un trance arriesgado, poniendo en ellos toda su confianza. Había dispuesto una ligera colación para que se relajaran y tomaran fuerzas antes de emprender el regreso a casa. Disfrutaron de un tiempo distendido, que Raquel aprovechó para recordarle a su anfitriona que no había olvidado el encargo que le había hecho y que, si le complacía, al día siguiente podría regresar a la almunia para concretar los detalles del tapiz nupcial.

Iniciaron el regreso a casa esperanzados, sobre todo Martín. Raquel temía los riesgos que comportaba cualquier tipo de cirugía y, en su más profundo egoísmo, prefería mantener a su esposo ciego con vida a pensar en la posibilidad de perderlo. Estaba anocheciendo por lo que Raquel guiaba los pasos del patriarca, que ya apenas veía. Con tantas emociones habían olvidado la cita con el maestro Yehuda. «Le enviaré una nota de disculpa en cuanto llegue a la ciudad», pensó Martín; en aquel momento no le quedaban fuerzas para sofocar más contratiempos. Al día siguiente se enfrentaría al judío.

Amira les esperaba en la puerta de la casa de Omar, junto a su amigo, que no había querido dejarla sola ni un momento. Así que los vio acercarse, salió corriendo a abrazarlos. Antes de

despedir a Ismael, Martín pidió a Amira que escribiera una nota de disculpa para que el muchacho se la llevara al maestro Yehuda, pero su hija le aseguró que no era necesario, le contaría lo ocurrido.

—Padre —comenzó Amira— ¿qué opina el médico sobre su enfermedad? Necesito saberlo.

—Después de observar mis ojos y hacerme varias preguntas, me ha diagnosticado cataratas, lo mismo que tuvo el abuelo —dijo con voz calmada—. Opina que con la práctica de la cirugía podré recuperar la visión. Faisal ha realizado con éxito intervenciones oculares y trabaja únicamente por el bien de los demás, sin exigir enormes cantidades de dinero que nosotros nunca podríamos satisfacer —explicó detalladamente.

—Es un hombre extraordinario —apuntó Raquel—. Pocos jóvenes con su fortuna y con un futuro resuelto se entregan a los demás desinteresadamente —concluyó emocionada—. Se ha traído de África a una pequeña fatalmente destinada a convertirse en esclava. Cuando la conoció, sufría una grave infección en los ojos; la curó y la ha acogido en su familia.

—Merece todo tipo de elogio —apuntó la hija.

—Y ¿cuándo le practicaré la cirugía? ¿Cómo? ¿Dónde? —empezó a lanzar una pregunta tras otra.

—Tu madre quiere que lo reflexione con calma, así que lo haré, aunque difícilmente cambiaré de decisión —predijo al oído de la joven.

—Cuenta con mi apoyo, padre. Para ganar, hay que arriesgar —concluyó con su máxima preferida.

—Por cierto, ¿por qué has dicho que no era necesario enviar la nota de disculpa al maestro ben Moshe? —la interrogó preocupado.

A partir de aquel momento Amira comenzó el relato pormenorizado de todo lo ocurrido, sin olvidar ningún detalle. Terminada la perorata y temiendo como siempre la regañina, le sorprendió gratamente que Martín la abrazara.

—Me asombra tu resolución, aunque a veces no sopesas el alcance de tus hechos. Es una virtud que debes aprender a controlar para que juegue en tu provecho —le dijo muy serio.

Amira se sentía feliz por todo, al igual que su padre. El hallazgo de los cuentos de Calila y Dimna contentó mucho a Raquel: conocía aquellas fábulas desde la infancia a través de su madre, quien a su vez las aprendió en el seno de su hogar. Quizá la fortuna permitiera la traducción de los textos a su esposo y a su hija, pero sintió una enorme nostalgia de su niñez y de la protección de sus mayores, que hacía tiempo partieron a otra vida.

El día siguiente amaneció lluvioso, aunque no resultó impedimento alguno para que, después del almuerzo, la madre partiera hacia la almunia de los Al-Husainy para concretar los detalles del tapiz. Además, se sentía en deuda con ellos, por lo que se propuso realizar el mejor de sus trabajos.

—¡Querida amiga! —la saludó Zurah—. ¿Cómo están los ánimos en casa? —se interesó.

—Bastante bien. Padre e hija se han quedado leyendo y traduciendo —respondió, aunque al instante rectificó—. Amira lee y, con la ayuda de su padre, traducen los dos mientras ella escribe. Nuestra hija se ha convertido en los ojos de Martín —sonrió orgullosa.

—Pero centrémonos en el tapiz. ¿Ha pensado qué motivo quiere representar, los colores, el material, el tamaño? —se interesó.

Zurah tenía las ideas muy claras: deseaba un tapiz soberbio, de grandes dimensiones, que presidiera el frontal del tálamo nupcial, confeccionado con hilos de oro, plata y seda, sin cuestionar el precio. En cuanto a la imagen central, se decantó por el Hamza, símbolo musulmán

de la mano de Allah o la mano de Fátima, como popularmente se le conocía. Así la bendición y la protección de Allah preservaría la vida de la nueva pareja. Justo en medio de la mano, deseaba que apareciera el ojo de la divinidad en color azul. Respecto a los cinco dedos, en cada uno de ellos debería bordar en árabe los cinco pilares del islam: Profesión de fe, Oración, Caridad, Ayuno y Peregrinación a La Meca, los cinco en hilo de oro. El resto de los motivos y la combinación de colores los dejaba a su elección, pues Raquel llevaba muchos años trabajando para ella y cada nuevo encargo que le confiaba, superaba con creces las expectativas de la clienta.

Concretados los detalles, la tejedora se comprometió a comenzar de inmediato la misión encomendada, en la que quería volcar todo su arte y su agradecimiento.

—Madre —preguntó Amira, cuando le habló del motivo central del tapiz—, ¿de dónde viene la historia de la mano de Fátima? —quiso saber llena de curiosidad.

—La leyenda más generalizada afirma que un día los discípulos de Mahoma se lamentaban de la producción de imágenes según sus preceptos religiosos. Como reacción a tal queja el Profeta metió en tinta el extremo de sus dedos y los imprimió sobre una hoja de papel, mostrándoselos a modo de respuesta. Atónitos, les explicó que aquella era la imagen del instrumento más perfecto que Allah había puesto al servicio de la humanidad. Desde aquel suceso los musulmanes consideran la mano de Allah o la mano de Fátima como una defensa infalible contra el mal de ojo popularmente, pero en verdad la mano, por su estructura, resume la ley de la Providencia Divina, considerándose un poderoso instrumento de defensa y protección contra los enemigos.

X

La decisión estaba tomada: Martín se sometería a cirugía en cuanto ayudara a su hija a terminar la traducción del *Lapidario*. Transcurridos pocos días desde la visita a Faisal, le comunicó su determinación, pero antes concluiría el trabajo al que se había comprometido. Se aproximaba el siguiente plazo de entrega, el penúltimo, y padre e hija trabajaban día y noche, tomando el estricto tiempo imprescindible de descanso, aunque Raquel y su marido intentaban que Amira durmiera más horas, pues la consideraban muy joven para tanto esfuerzo, sin embargo y precisamente por ello, tenía energía a borbotones.

Junto a la mesa de trabajo, donde abundaban documentos, pliegos, tinta y demás utensilios de escribanía, se levantaba el telar en el que la madre también tejía a destajo. Había decidido enmarcar la figura central de la mano de Allah en una ancha cenefa de color azul intenso y dorado: cubriría el fondo en azul y emplearía hilos de oro para la decoración caligráfica del interior de la orla. Pensó que sería acertado incluir una sura del Corán; además, el perímetro de su labor requería un fragmento extenso, por lo que le pidió ayuda a Martín, conocedor de la obra. Finalmente escogió el versículo más grandioso del Libro Sagrado, la aleya 255 de la sura 2, donde se condensa la esencia de Dios:

«¡Allah! No hay más dios que Él, el Viviente, el Subsistente. Ni la somnolencia ni el sueño se apoderan de Él. Suyo es lo que está en los cielos y en la tierra. ¿Quién podrá interceder ante Él si no es con Su permiso? Conoce el pasado y el futuro, y nadie abarca de su conocimiento salvo lo que Él quiere. El escabel de su trono abarca los cielos y la Tierra y su conservación no le agobia. Él es el Altísimo, el Grandioso».

«La protección de su dios los acompañará en todo momento», pensó Raquel, satisfecha de haber encontrado unos versículos tan acertados para enmarcar el Hamza. En la zona intermedia entre la orla y la mano, dispondría una discreta decoración vegetal en tonos ocres, sin contrastes excesivos de color, con la intención de crear un tapiz distinguido y de singular elegancia, cualidades que obedecían al gusto de Zurah y de la familia Al-Husainy.

Realizada la provisión de materiales y la cuantía aproximada de la labor, la tejedora envió la propuesta por escrito a su clienta para que diera el beneplácito. En ningún momento se le ocurrió incluir el importe de la manufactura: sería su regalo, urdiría los hilos con dedos raudos y alegres, comoavecillas cantoras. La respuesta de Zurah llegó en forma de cargamento: numerosas bobinas multicolores llenaban cestas de mimbre, portadas por los criados de la señora: la labor podía comenzar.

Por su parte Martín y Amira terminaron la traducción correspondiente al penúltimo plazo y empezaron a avanzar la siguiente, ya que la colaboración agilizaba sobremanera la tarea. Aquella misma tarde había que realizar la entrega y el padre no sabía cómo llevarla a cabo. El maestro Yehuda y el clérigo Garci lo esperaban para intercambiar impresiones. En cuanto lo vieran, se darían cuenta de que una telilla grisácea cubría casi por completo sus ojos y probablemente

decidieran prescindir de sus servicios. Resultaría complicado que entendieran la capacidad de su hija para traducir prácticamente sola, pues cada vez necesitaba menos aclaraciones.

Llegado el momento, no le quedó más remedio que escribir una nota justificando su ausencia debido a la convalecencia del accidente que les refirió su hija, el cual le impedía desplazarse. Se la entregó a Amira junto con los textos vertidos al romance. La joven partió y Martín se quedó preocupado; temía que sus colegas sospecharan algo, le obligaran a comparecer y descubrieran la verdad. Bajo ningún pretexto Martín aceptaba la mentira, excepto si de ella dependía el sustento familiar.

La chiquilla se dirigió con paso seguro al *scriptorium*. Cuando la vio el guarda, enseguida la saludó y le indicó que podía pasar a la sala directamente. Sentados junto a una mesa redonda, revisaban documentos los dos traductores que aguardaban a Martín. Al ver a la hija, no se inquietaron. Pensaron que el padre se habría entretenido en algún asunto y llegaría enseguida.

—Pasa, Amira —dijo el clérigo Garci que le impuso su bendición y a la vez la besó la frente como acostumbraba a hacer.

—Me alegro de saludarles —añadió la joven—. Mi padre me envía para que les entregue el trabajo y les ruega le disculpen con esta misiva.

Ambos la leyeron, mostrando cierta inquietud. Después pidieron a la joven que tomara asiento mientras revisaban los textos. En el más absoluto silencio pasaban las páginas examinadas, concluyendo finalmente de mutuo acuerdo el excelente resultado.

—Felicitas a tu padre, Amira —declaró el clérigo.

—En sus versiones al romance alcanza una prosa uniforme y asequible al lector. Unifica a la perfección las estructuras gramaticales de dos lenguas tan dispares como el árabe y el griego —afirmaba satisfecho Garci al judío Yehuda.

—Su labor lingüística es extraordinaria —elogió ben Moshe— ya que consigue fijar la base del romance, que no es nada más ni nada menos que lo que pretende el rey Fernando y su hijo Alfonso.

El clérigo se afanaba en redactar unas líneas sobre un pergamino, mientras el maestro Yehuda continuaba con los halagos a su colega ausente, hablando para sí mismo, reflexionando en voz alta. Dispuso que, en cuanto terminaran el *Lapidario*, solicitaría audiencia al rey para presentarle la obra concluida, revelándole la habilidad lingüística apreciada sobre todo en el maestro González, traductor experimentado, capaz de darle unidad a la disparidad de estructuras gramaticales griegas y árabes, lenguas de origen de la obra lapidaria.

El judío tenía la certeza de que Martín había desarrollado la misma capacidad para el resto de las lenguas que dominaba. De tal manera se lo confirmaría al rey.

Amira se sentía henchida de orgullo; en primer lugar por su padre, pero también porque parte de aquellos parabienes elogiaban secretamente su participación. Los maestros le entregaron la epístola destinada al convaleciente. Cuando había abandonado prácticamente la sala, el maestro judío la reclamó:

—Aguarda un momento —insistió—. Debo darte una buena noticia. Después de informar al infante don Alfonso de tu descubrimiento, ha aceptado que, una vez terminado el *Lapidario*, tu padre vierta al romance la obra *Calila y Dimna*. Considera que se trata de una joya literaria, cuya traducción no debe esperar más tiempo: una obra sapiencial que desprende sabiduría práctica, conviene sacarla a la luz cuanto antes —dijo el judío, reproduciendo las palabras reales.

La muchacha no sabía cómo contener su entusiasmo, aunque por otra parte consideraba que Martín se sometería a cirugía en breve y ella no quería sobrecargarlo de trabajo. Se despidió

agradecida y puso rumbo a casa a toda prisa impulsada por tales nuevas. Por el camino encontró a Ismael, una oportuna casualidad, lanzando sobre él lo ocurrido en el *scriptorium*.

—Ismael, necesitaré tu ayuda —le suplicó—. He pensado proponer a mi padre que me deje traducir a mí sola los relatos orientales y que admita tu colaboración como iluminador, pues tú llevas tanto tiempo formándote en el dibujo como yo en las letras —afirmó con total seguridad.

—De esta manera, mientras mi padre se recupera de la operación de cataratas, nosotros podemos trabajar juntos y, conforme vayamos avanzando, nuestros progenitores tendrán la oportunidad de revisar la labor y corregir lo preciso. ¿Qué me dices?

—¿Que qué te digo? —respondió Ismael como si hubiera lugar a dudas—. Sería un sueño hecho realidad. Intenta convencer a tu padre que yo haré lo mismo con el mío. Espero que no lo consideren como otra de nuestras tropelías, porque no sería la primera —movió la cabeza titubeante recordando la aventura en la que intentaron devolverle la vista a Nuño con la hiel del pescado.

—Ya somos mayores —concluyó Amira—. Deben tomar conciencia de nuestra determinación y nosotros debemos demostrar nuestra valía. Podemos hacerlo, Ismael, y muy bien —enfaticó.

Los días pasaban rápidos. El ritmo de trabajo se intensificaba, por lo que a Martín no le daba tiempo de preocuparse por la intervención quirúrgica. Prácticamente no veía, pero poco a poco se habían acostumbrado a un trabajo mecánico: Amira leía en voz alta el texto original e inmediatamente lo traducía al romance. Si Martín no objetaba nada, la joven lo escribía en el pergamino, reproduciendo a la perfección la caligrafía de su padre. Raquel, que tejía sin parar a su lado, se percataba de que su hija necesitaba cada vez menos aclaraciones, pues llegaban a pasar horas en las que el padre no pronunciaba palabra alguna, aunque seguía con atención el proceso, o simplemente la animaba a continuar.

—Muy bien, Amira —la felicitaba—. Continúa.

Terminaron la traducción antes de lo previsto. Hicieron una revisión pormenorizada sin ninguna prisa. En cuanto entregaran el último plazo, Martín mandaría aviso a Faisal, siguiendo sus instrucciones, por lo que resultaba imprescindible que los maestros traductores quedaran completamente satisfechos. No había más remedio que alargar la mentira, confiando en que no les descubrieran.

En la fecha y hora señaladas, Amira volvió al *scriptorium* con el texto finalizado y otra carta de disculpa con la misma excusa.

—Me alegro de verte, Amira —la saludó el guarda habitual—. Ahora siempre vienes tú, parece que tu padre se esconda de algo —bromeó el hombre.

—Ya sabe que sigue postrado, impedido por la dolencia de la pierna —argumentó la joven intentando disimular el impacto que le causó el comentario.

—Venga, pasa —continuó el vigilante sin dar la menor importancia a la conversación—. Los maestros aguardan en la sala.

—Gracias —contestó ella.

Avanzaba temerosa por el pasillo. Aquellas palabras la habían inquietado y entró en el *scriptorium* algo turbada.

—¿Dan su permiso para entrar? —preguntó, antes de acceder a la estancia.

—Bienvenida seas —le contestaron.

Enseguida les extendió la misiva de su padre y los textos traducidos. Como siempre la invitaron a sentarse mientras examinaban el trabajo.

—Te muestras taciturna hoy —comentó el clérigo—. ¿Ocurre algo?

—Nada en absoluto —respondió—. Bueno, solo que creía llegar tarde y temía que me reprendieran.

—Has llegado a tiempo y el trabajo es inmejorable. No hay de qué preocuparse —concluyó Yehuda.

Amira lanzó un suspiro que no pasó desapercibido para nadie.

—Ese suspiro y el mutismo al que nos tienes desacostumbrados, ¿no se deberán al amor? Te has convertido en una chiquilla preciosa. Tus ojos verdes seguro que ciegan la mirada de algún joven —elucubró el clérigo.

—Quizá —mintió la muchacha que se ruborizó de inmediato y echó a temblar al oír la palabra *cegar*.

—Con su permiso, me retiro —y salió corriendo de allí sin pensarlo dos veces, y sin parar hasta llegar a casa.

Sus padres se sobresaltaron al verla llegar en aquel estado. Después de contarles lo ocurrido atropelladamente, rompió a llorar. El exceso de trabajo y la tensión habían hecho mella en Amira que se acurrucó en el regazo de su padre, como cuando era pequeña y algo le asustaba. Lloró y lloró hasta quedarse dormida.

Sumida en el más profundo de los sueños, creyó oír un aldabonazo y la conversación de su madre con alguien conocido, una voz masculina parecida a la del guarda del *scriptorium*. A continuación, adivinó la leve desenvoltura de un pliego:

«Estimado Martín: a la entrega de la presente deseamos su pronta recuperación. Le agradecemos su valiosa colaboración en el proyecto que nos ha ocupado, el cual en breve se entregará al rey don Fernando. La salida precipitada de Amira nos ha impedido entregarle la presente misiva y los textos originales de los cuentos de Calila y Dimna, que el infante don Alfonso ha tenido el honor de confiarlos a usted, en reconocimiento a la excelencia de su trabajo. Enhorabuena».

Aquella voz era de Raquel que leía la carta que el judío y el clérigo habían hecho llegar a su casa. Con el nerviosismo, Amira se olvidó de todo. Debería haber aguardado como siempre hasta recibir las instrucciones de los maestros. «Pero ya está hecho», se dijo a sí misma, agotada por el devenir de los acontecimientos.

Con la luz del alba se levantó Martín. Se había acostumbrado a manejarse en la casa solo. Su vista se había apagado casi por completo. Desde que el médico le anunció la dolencia, decidió que aprendería las distancias de un lugar a otro dentro del hogar, sin tropezar ni causar ningún destrozo. Raquel preparaba el desayuno. Se acercó a su esposo y lo abrazó. Mantuvieron aquel reconfortante contacto durante más tiempo de lo habitual: se acercaba lo inevitable. Antes de que se levantara Amira, acabado el desayuno, Martín pidió a su esposa que avisara a Faisal. Cuando el médico dispusiera, se pondría en sus manos. Aquella misma mañana mandarían aviso al joven Al- Husainy. La intervención se llevaría a cabo en la almunia, donde el galeno disponía de todo su instrumental, prestándole asistencia continua al enfermo, una vez intervenido, en caso de necesitarla. Zurah les había ofrecido su casa hasta que se restableciera por completo, pero en principio ellos aceptaron quedarse el tiempo estrictamente necesario, dos días si todo iba bien.

Con anterioridad habían visitado a Omar y a Aisha para pedirles que cuidaran de su hija el tiempo que ellos se ausentaran. Aprovecharon la ocasión para invitarles a comer en su casa, tenían mucho que celebrar: el trabajo no les faltaba, sus respectivos hijos gozaban de una salud de hierro

y el amor reinaba en ambos hogares. Dispusieron una gran mesa en el patio, repleta de ricos manjares, buenos caldos para los mayores que lo desearan y refrescante limonada. La jornada transcurrió entrañable y alegre: buen presagio para el porvenir.

Con el canto del gallo partieron Raquel y Martín hacia la almunia. Allí les esperaban Zurah y Faisal, ofreciéndoles una cálida acogida. Zurah les ayudó a instalarse en una estancia contigua a la consulta de Faisal, que podría acudir en cualquier momento a la llamada del enfermo en caso de necesidad. Un tierno abrazo separó a la pareja: el traductor entró en el dispensario donde el galeno disponía de su instrumental de trabajo, mientras la tejedora partió con la señora Al-Husainy a una dependencia exclusiva para las mujeres, donde esperarían. La musulmana tenía extendidas dos alfombras en dirección a La Meca. Ofreció una de ellas a Raquel, con total libertad, por si necesitaba dirigir sus oraciones a Allah o a su propio dios, pues en realidad no conocía con certeza sus creencias religiosas. La esposa del traductor la aceptó agradecida. Ella creía en un Ser Superior, Unificador de almas, que tenía el don de la ubicuidad, por lo que no le importaba en qué dirección rezarle. Sus preces le llegarían y no quería mostrarse descortés con su anfitriona. Mientras Zurah oraba a Allah, Raquel rezaba a Dios, ambas en el más respetuoso silencio y recogimiento.

Aunque no transcurrió demasiado tiempo, a la madre de Amira le pareció eterno. Por su cabeza pasaron las ideas más peregrinas, aunque descartó la más funesta y suplicó por un futuro esperanzador. La llegada de Faisal agitó su interior, pero en su rostro lucía una sonrisa tranquilizadora. La intervención transcurrió según lo previsto. Raquel podía pasar a ver a su esposo.

Martín permanecía reclinado en uno de los dos lechos que habían preparado para su estancia; desprendía tranquilidad. Una venda cubría ambos ojos, rodeándole el perímetro de la cabeza. Cuando notó la presencia de Raquel, le cogió la mano y le pidió que se recostara a su lado; necesitaba su contacto. En la expresión de la mujer solo había lugar para el agradecimiento, que expresó con pocas pero sentidas palabras:

—¡Que Allah te bendiga, Faisal!

Al anochecer del día siguiente partieron hacia su hogar en una carreta protegida de las inclemencias del tiempo. En la más absoluta oscuridad entraron en casa. Amira se fundió en un abrazo con su padre, no se separaba de él, por lo que Raquel le reclamó un beso para ella. Entre las dos acomodaron al patriarca en el lecho, dichosas por tenerlo de nuevo en casa, a donde acudiría cada día Faisal a controlar la evolución.

XI

La recuperación del paciente transcurría sin el menor contratiempo. Cada día al anochecer, llegaba el médico a comprobar la mejoría. La familia lo recibía con la mejor disposición: se sentían privilegiados, tocados por la mano de Dios o de Allah, al haber puesto en su camino a Faisal, quien descubría un avance importante en cada visita. Después de examinar a Martín, tomaba con ellos un ligero refrigerio y compartían sus inquietudes. El galeno comentaba los preparativos de sus inminentes nupcias, que habían alterado por completo la tranquilidad de la almunia. Raquel le informaba de los progresos de Amira en su faceta traductora, pues le confió que el infante don Alfonso había otorgado a su esposo el honor de traducir del persa unos cuentos orientales, pero debido a su indisposición y al entusiasmo contagioso de su hija, la joven empleaba día y noche en verter directamente los relatos de la lengua persa al romance. El médico felicitó a la pareja por la formación que habían proporcionado a la hija, pues no era común que una muchacha de su edad estuviera versada en varias lenguas y tuviera un futuro prometedor como traductora. A la mayoría de las doncellas ya las habían desposado convenientemente sus padres, entregándolas a una existencia de sumisión poco prometedor. Faisal deseaba proporcionar a sus futuros hijos, tanto varones como hembras, unos conocimientos básicos, para que ellos posteriormente fueran libres de decidir su futuro, aunque alguno debería continuar con la dirección del imperio comercial de su padre, empresa que a él le privaba de mucho tiempo para el ejercicio de la medicina, su verdadera vocación. De todas formas, se sentía afortunado de que su progenitor le hubiera permitido desarrollar su labor vocacional, aunque a un precio muy alto, ya que le requería participar activamente en sus negocios comerciales y seguir formándose para continuar con la expansión. En confianza, reconoció que su padre era demasiado exigente con él, pero, como buen hijo, se sentía en deuda y no quería defraudarle, por lo que de momento ansiaba contraer matrimonio para unirse a su joven esposa y, al menos, poder disfrutar de algunos días de asueto. Era evidente que entre el galeno y su paciente habían nacido estrechos vínculos.

Amira traducía a destajo. Ismael prácticamente se había instalado en la casa, pues mientras ella vertía los textos, el joven ideaba preciosas ilustraciones alusivas a los relatos. Ante cualquier comentario ocurrente, reían y disfrutaban de la amistad, de un sentimiento surgido hacía tiempo, que los unía como hermanos. Cuando el cansancio les superaba, dejaban sus instrumentos de trabajo sobre la mesa y salían a pasear por la ribera del Tajo. Les relajaba el sonido del agua en su recorrido, la brisa que levantaba el viento, los pajarillos con sus trinos... Si había anochecido, preferían salir al patio y mirar las estrellas, hasta que los reclamaba Raquel o Martín para que entraran a cenar. A continuación, Ismael se disponía a partir a su casa, se deseaban feliz descanso y cruzaba la estrecha calle que separaba las viviendas familiares.

Al amanecer del siguiente día volvían a la tarea. Resultaba especialmente emocionante el descubrimiento de algún cuento de Calila y Dimna que Amira no había oído nunca. Entonces iba corriendo a contárselo a su madre, que disfrutaba de la alegría de su hija y de los recuerdos que suscitaban aquellos relatos, ya que, al oírlos de la boca de la joven en la lengua persa, cerraba los

ojos y creía encontrarse junto a su madre, cuando en la infancia la instruía con los ejemplos de los dos linceos.

El tapiz de Faisal también avanzaba rápidamente. La tejedora empleaba su tiempo en atender la casa, a su esposo convaleciente y a tejer con dedos ágiles y agradecidos el encargo de Zurah. Una vez acabado, mandó aviso a la almunia. Podían recoger el encargo en cualquier momento. Advirtió que, debido al tamaño y al peso, se precisarían varias personas para su traslado o un carro.

En cuanto recibió la nota, Zurah organizó el transporte; dispuso una carreta y tres sirvientes. También pidió a Raquel que acudiera con ellos para que la aconsejara en la tarea de colocarlo en la alcoba nupcial. Al conocer la inquietud de Amira, le comentó que podía acompañarla, si le complacía. Madre e hija aceptaron encantadas. Cuando llegó el carro a la hora esperada, el tapiz ya estaba enrollado y preparado para el transporte en la carreta. Las dos mujeres subieron al pescante junto al guía, mientras los otros dos sirvientes viajaban con la carga.

La almunia rebosaba actividad. La inminencia de la boda lo requería, además, numerosos invitados, incluidos los padres de la novia, se alojarían en la casa, por lo que había que atender más tareas de las habituales.

Zurah saludó a la tejedora y a su hija con gran cariño, al tiempo que los dos criados descargaban el precioso lienzo con sumo cuidado; el tercero retiraba el carromato para despejar la entrada, donde acudían a entregar numerosos encargos, generando un tráfico poco frecuente en la finca campestre.

Enseguida la anfitriona inició la procesión hacia las dependencias construidas para la pareja. «Parece el palacio de un califa. Quién fuera princesa para vivir así», pensó Amira, que aún soñaba con las historias de su niñez.

La alcoba nupcial desprendía majestuosidad. Grandes ventanales se abrían a un enorme patio por donde la luz entraba a raudales, entre grandes naranjos y limoneros que el futuro suegro hizo traer expresamente de la China, su lugar de origen. En el centro de la estancia descansaba el lecho, esperando a que lo coronaran con la obra tejida por Raquel. Con diligencia acudieron varios siervos provistos de dos escalas para fijar el tapiz a la altura que la dueña indicara. Subidos los dos en el peldaño más alto, a la orden de la señora, dejaron caer el lienzo que maravilló a todos los presentes. Ante sus ojos se exhibía la Mano de Allah, que parecía, con solo mirarla, tocar las almas de los presentes, pues el impacto resultó tal que incluso Zurah inclinó la cabeza en señal de respeto. Tras el silencio producido, la musulmana abrazó a la cristiana, buscando torpemente palabras que demostraran su agradecimiento.

Los cinco pilares del islam presidían la obra sobre el ojo divino, perfectamente enmarcados por la orla azulada con reflejos dorados, que simulaban el color del cielo al atardecer ante el fulgor de las estrellas en su ascenso.

—Que la paz sea contigo, Raquel. Has adivinado lo que yo quería y lo has tejido con suma exquisitez. Siento la estancia bendecida— logró pronunciar Zurah.

—Me aturdes con tus palabras —respondió la tejedora azorada—. Tan solo he hecho mi trabajo, agradeciendo en cada nudo que hacía las bondades que vuestra familia nos ha regalado.

—Has superado con creces mis expectativas. Siempre te estaré agradecida —concluyó, inspirando a continuación profundamente para poder seguir con la tarea.

Reclamando presteza al servicio, las órdenes quedaron cumplidas después de acercar el enorme lecho a la pared. Amira rebosaba entusiasmo ante lo ocurrido, por lo que Zurah pidió a Raquel que el día de la boda permitiera que su hija la ayudara a cumplir un sueño de Zayna, su futura

nuera: cubrir todo el suelo de la estancia con jazmines recién cogidos, a modo de alfombra. Ante la mirada de la madre, la hija accedió encantada de que la hubieran reclamado, un placer colaborar en aquel sueño.

Cercana la fecha del enlace, en casa del maestro González recibieron temprano la visita del galeno. Amira aún dormía.

—Bienvenido —saludó Raquel que acudió a abrir.

—Bien hallados todos —respondió el joven Al-Husainy.

—¿Cómo te encuentras, Martín? ¿Preparado para que te retire la venda? —le espetó.

—Cuando lo consideres oportuno —respondió el traductor, impactado por la noticia y preocupado por lo que pudiera ocurrir.

—Procederemos hoy —dijo Faisal.

—Necesitamos oscuridad; no conviene que te expongas a la luz de inmediato. Raquel, cierra las puertas del patio y encaja todas las contraventanas —ordenó.

Ella obedeció con la inquietud y la premura que conllevaba la orden. Sumidos en la oscuridad, el médico procedió a desenvolver el vendaje. Al retirar por completo las gasas, pidió a Martín que abriera los ojos despacio y así lo hizo. Una primera visión borrosa preocupó al enfermo, que ocultó su temor. Faisal se aproximó a cada globo ocular y, gracias a un insignificante pero acertado rayo de luz que se coló por la ventana pudo apreciar claramente que los ojos del paciente estaban sanando correctamente.

—Martín, ¿cómo ves? —preguntó.

—Veo borroso —contestó el interlocutor— pero aprecio siluetas y parece que empiezo a dilucidar detalles —añadió—. Raquel, no quiero que llores. Puedo verte. Alégrate.

—¡Padre! —se abalanzó Amira sobre él, abrazándolo con fuerza.

—Es normal que la visión aún no sea perfecta. Debes esperar a que el ojo vaya adaptándose poco a poco a la luz —respondió el médico—. Es el proceso habitual. Para tu recuperación total, tendrás que exponerte gradualmente a la luz, sin prisas.

Aunque Martín sabía que su hija estaba traduciendo los cuentos orientales que el infante Alfonso le había confiado a él, sus expectativas quedaron sobradamente superadas al poder leer con sus propios ojos las traducciones que su princesa realizaba. Leyó uno tras otro cada uno de los relatos que ella había vertido al romance, reproduciendo la caligrafía de su padre, que, sin darse cuenta, se había convertido en la suya propia.

El traductor comprobó que las numerosas estructuras gramaticales que habían empleado ambos en el trabajo del *Lapidario*, se utilizaban continuamente, afianzando el armazón de la lengua, tal como pretendía el monarca. Igualmente evidenció la utilización del Codex, ya que algunos términos de uso común y frecuente los incluyó la joven, habiendo valorado en todo momento los matices de significado de cualquier palabra. Martín fue consciente en aquel preciso momento de que la alumna había superado al maestro. Así lo haría saber al infante don Alfonso, pues su única labor consistió en la supervisión y la consiguiente vanagloria. Del mismo modo le informaría que la iluminación corrió en manos de otro aprendiz, Ismael, el hijo de Omar, que también había acabado superando al maestro: un orgullo para ambos padres.

—Amira —la llamó el padre—, te felicito por tu labor traductora, ya que has sido consciente de la doble finalidad de esta tarea: verter los textos al romance y fijar la estructura de la lengua. Me siento henchido de satisfacción —declaró con total sinceridad.

En aquel momento se produjo un gesto en el rostro de Martín que adoraba la joven: un brillo

intenso y claro apareció en sus ojos y, en su cara, como activado por un resorte, se dibujada una enorme sonrisa, arrugándose deliciosamente la comisura de los ojos.

—Gracias, padre —lo abrazó llorando de emoción—. Pero todavía no debe forzar la vista. Si usted quiere, yo le leeré los demás cuentos, aunque ando un poco apurada de tiempo —le confesó bajando el tono de voz.

—¿Acaso hay fijada una fecha de entrega para los cuentos? —quiso saber.

—En un mes aproximadamente —contestó tranquila—. Pero me gustaría terminarlos antes. Usted sabe que me gusta hacer muy bien mi trabajo y revisarlo varias veces —le recordó y añadió, no sin preocupar a Martín—. También prefiero adelantar por si ocurriera algún contratiempo.

—Amira, te quedan muy pocos relatos que traducir. Podrás acabar en breve —la tranquilizó—. Además ¿qué contratiempos podrían surgir? —la interrogó.

—Espero que ninguno, padre. Mas quiero terminar el trabajo con total tranquilidad —concluyó la muchacha.

—Te entiendo, pequeña, yo comparto tu decisión —afirmó sonriente.

En pocos días Ismael y su amiga terminaron el encargo. Fueron jornadas de intenso esfuerzo y apremio, aunque de intensa satisfacción.

Amin Al-Husainy había hecho construir un ala independiente en la almunia, como vivienda para los nuevos esposos, protegida del exterior por gruesos muros, con amplias y luminosas estancias que daban a un patio independiente, en cuyo centro quiso obsequiar a su futura nuera con una fuente cuadrada a ras del suelo, rehundida, con varios surtidores que hacían bailar el agua, enarbolando idénticas parábolas durante el día; por la noche enmudecían para proyectar sobre la superficie, a modo de espejo, la blanca luna y el brillo resplandeciente de los mosaicos: un maravilloso juego de luces y espejos.

Varias acequias apenas visibles transportaban el agua a decenas de jazmines que Faisal hizo plantar como regalo a su prometida, pues su aroma despertaba en ella sentimientos de paz, optimismo y bendición, ya que la flor tenía cinco pétalos, número sagrado para los musulmanes.

La nueva construcción se había preparado para acoger a la familia de la contrayente días antes de la celebración, que se llevaría a cabo en la misma finca, pues el ala principal disponía de una pequeña mezquita de uso exclusivo, con los elementos comunes imprescindibles de todo templo: una pequeña sala de oración, precedida de la fuente de las abluciones que presidía el patio; el minbar, como púlpito para la predicación, el mihrab orientado a La Meca sobre el muro de la qibla, de lujosa decoración, y el minarete que flanqueaba el edificio.

Los padres de Zayna querían conocer la casa donde viviría su hija, por lo que habían accedido gustosos a que las nupcias se celebrarían allí.

El día de la boda Raquel envió temprano a su hija y a Ismael a la almunia. Por fin había terminado unos mullidos almohadones de seda con los que quiso obsequiar a los novios. A su llegada, Fátima hizo pasar a los jóvenes a la zona recién construida, donde había movimiento de criadas centradas en atender a la prometida, que en aquel momento estaba recibiendo un masaje después del baño ritual. Las fragancias de azafrán, sándalo y jazmín flotaban en el aire y los dos aspiraron embriagados por el perfume.

—La novia está ocupada —dijo Fátima—. No creo que os pueda recibir. Esperad aquí un momento; iré a ver.

Al instante regresó con las manos ocupadas; en la derecha sostenía una jofaina que contenía una masa rojiza, mientras que la izquierda exhibía cálamos con puntas de distinto grosor.

—Imposible —aseguró la criada—. Van a aplicar la alheña a Zayna.

—Y entonces ¿dónde dejamos los almohadones? —preguntó Amira.

—Dádmelos a mí —propuso Fátima.

—Sujeta aquí, jovencita —le pidió con prisas—. Yo los llevaré a sus aposentos.

La criada entregó los utensilios a la traductora, cogió el voluminoso regalo y desapareció por un largo pasillo. Al instante, apareció una anciana, con el ceño fruncido, que, al ver a la muchacha con el cuenco y los cálamos, la llamó de inmediato.

—Vamos, chiquilla —ordenó implacable—, que la novia espera.

A Amira no le dio tiempo de explicarse. La mujer la agarró del brazo y la llevó en volandas hacia el interior, quedándose Ismael sentado como un pasmarote. Las dos entraron en una sala privada donde la prometida esperaba el ritual del adorno con la alheña, sentada sobre unos gruesos almohadones con las manos y los pies dispuestos para los tatuajes.

—Venga, comenzamos por la mano derecha —dijo la peinadora, que se ocupaba del arreglo y adorno de la novia—. Acércate y cuida que no se vuelque la mezcla. Dame la caña más afilada para que marque la silueta del dibujo —mandó la mujer.

Amira obedeció en silencio absoluto; primero por las dotes de mando que desplegaba la fémica y, sobre todo, porque iba a presenciar uno de los rituales más atractivos de cualquier boda musulmana: adornar a la novia con los tatuajes de alheña, conocer los símbolos secretos y mágicos que escondían.

En aquel momento, junto a Ismael volvió Fátima. Extrañada por la ausencia de Amira y por la respuesta que le dio el joven, se apresuró al interior de la sala. De lejos pudo apreciar la satisfacción en la cara de la intrusa, que contemplaba absorta los movimientos del cálamo al desplazarse por la mano. Confiando en la muchacha, se alejó de allí sabedora de la enriquecedora oportunidad que inesperadamente había proporcionado a tan encantadora aprendiz de la vida.

Varias mujeres acompañaban a Zayna en aquel ritual. Las mayores charlaban tranquilamente sentadas al frescor de la fuente, mientras dos criadas les servían ricos manjares y refrescantes bebidas. Las jóvenes participaban del acto entre risas comedidas, música y confidencias sobre la vida conyugal.

La peinadora comenzó por el dorso de las manos, con el dibujo de la alheña del cirio. Sujetaba un fino cálamo impregnado en alheña pura, con el que dibujó la silueta de una planta trepadora que ascendía sobre los dedos, a modo de columnas que se unían en forma de arco. Terminada la silueta, se acercó la sirvienta que sostenía un recipiente con una mezcla peculiar, una tonalidad verdosa que la artista empleó para cubrir las hojas de los jazmines trepadores. Amira sabía que aquellos tintes que se aplicaban en la piel cambiaban una vez que se secaba el pigmento, pero pensó que aquel color diferente podría deberse a las hojas de té verde. Investigaría las tinturas de la alheña para aquel tipo de ritual. La labor continuaba hasta la base de cada dedo, donde se alternaba el dibujo de un candelero, para el que la artista reclamó otro recipiente con matices amarillentos, quizá procedentes de la cúrcuma, pensó Amira, ya que completaba la silueta de unas velas encendidas. Las manos quedaron ultimadas estampando finalmente en la base del pulgar el diseño de una araña como elemento protector.

Seguidamente otra criada cubrió la parte alheñada con una tela para que no se borrara el trazo, con la intención de que, al secarse la tintura y descascarillarse, apareciera la intensidad de los colores: el rojizo, el verdoso y el luminoso amarillo, cuya fijación dependía de la pureza del polvo empleado, el mejor y más caro.

A continuación, pasaron a la palma, donde se estampaban los dibujos más íntimos, los trabajos

del corazón y el camino de los enamorados. Para tales diseños la *mesta*¹¹ había pedido que hirvieran pieles de granadas. Al zumo obtenido, le añadió una pizca de carmín, de tal manera que, al secarse el tatuaje, la intensidad del corazón encarnado fuera equiparable a los sentimientos de los prometidos, a la vez que imprimía energía vital. En el centro se señalaba el *noqta*, el punto; bajo los dedos índice y corazón iba tomando forma el símbolo de la fecundidad, la mano de Fátima fecundante.

Protegidos con el paño de rigor para la fijación del color, continuaron por los pies, con diferentes dibujos: el pie derecho se decoraba con la línea del viaje de la novia, mientras que el izquierdo llevaba un árbol estilizado, cargado de frutos, llamado la alheña de la toronja, símbolo de la fertilidad. A petición de Zayna, camuflado entre las microscópicas naranjas, se hizo estampar el nombre de su enamorado a modo de juego. Le pediría a Faisal que descubriera el lugar donde se hallaba escondido, reclamándole un regalo en caso de que no lo encontrara. Así pues, cubiertos ambos pies con paños, la prometida se quedó descansando, mientras se retiraba casi todo el servicio. La peinadora agradeció a Amira su disposición, a la vez que Fátima pagaba los servicios a la artista y lanzaba una mirada cómplice a la muchacha.

—Sígueme —le pidió—. Espero que hayas disfrutado de esta experiencia, Amira. Sé que eres una joven muy responsable y despierta, por eso, tras la confusión inicial, he permitido que ayudaras a la mesta —le explicó.

—Le doy las gracias, Fátima —sonrió la muchacha complacida—. Creo que nunca habría tenido la oportunidad de presenciar este ritual.

—Anda, calla ya y ve con Ismael, que lo mismo se ha cansado de esperarte —le regañó bromeando—. Y recuerda que al atardecer te esperamos para alfombrar de jazmines el suelo de la cámara nupcial.

Su amigo, sentado en el banco, había apoyado la cabeza en la pared y se había quedado dormido.

—Vamos, Ismael —le despertó—. No te vas a creer lo que he visto.

—¿Cómo? —dijo el muchacho— ¿Has hecho otra de las tuyas? Nunca cambiarás.

¹¹ Mujer de una cierta edad que se ocupaba del arreglo de la novia, incluyendo el tatuaje.

XII

Los preparativos de las nupcias de Faisal y Zayna se mantenían vivos en el interior de Amira, que imaginaba su futura boda. La agitación le impedía centrarse en el trabajo. Debía concentrarse en la revisión del texto. Un aldabonazo la devolvió a la realidad. Abrió la puerta y recibió una misiva y unos pergaminos de ben Moshe, dirigidos a Martín.

—Padre —llamó la joven tras cerrar la puerta—. El maestro Yehuda le envía unos documentos —le dijo un poco alterada.

El traductor abrió la epístola, leyéndola con sus propios ojos, pues la visión se lo permitía sin problema. A continuación, hojeó los pergaminos y con rostro circunspecto comunicó a su hija:

—Amira, el maestro ben Moshe me ha hecho llegar una traducción al árabe de los cuentos de *Calila y Dimna*.

La cara de Amira palideció con la noticia. El judío le explicaba que en el almacén del *scriptorium* habían encontrado una versión de los relatos a la lengua árabe, fechada hacia el año 750, obra de Ibn al-Mucafa, quien incorporó un prólogo a modo de pieza narrativa del texto.

—Nuestro trabajo casi en vano —se lamentó la joven.

—En absoluto —replicó su padre—. Me han enviado el documento árabe para cotejarlo con nuestra traducción directa del persa —seguía informándole Martín—. Hija, tienes que ser consciente de que no solamente has traducido los cuentos directamente del persa, una labor encomiable, sino que, lo más importante, estás contribuyendo de una manera muy valiosa a la fijación del romance, cuestión prioritaria para don Alfonso —argumentaba el traductor observando que el rostro de su hija iba recobrando el color y su expresión se relajaba.

—Tiene razón, padre— respondió ella—. Podremos comparar la versión árabe con nuestro texto romance, para afinar detalles —afirmó con contundencia—. También podemos traducir el prólogo de Ibn al-Mucafa y presentar así una versión completa y revisada —terminó convencida del discurso.

—Eso mismo me solicita el maestro Yehuda. Pide que traduzcamos el prólogo árabe y cotejemos las versiones de los relatos, destacando especialmente nuestra tarea en la fijación de la lengua. Mejor dicho, tu tarea, Amira.

Martín hizo una pausa en su discurso, observó orgulloso a Amira y prosiguió para concluir.

— Una vez supervisado el texto por ben Moshe y obtenido su beneplácito, le haré saber que tú has sido la verdadera autora de la traducción.

—No, padre —replicó la joven—. Hemos sido los dos.

—Hija, yo solo he supervisado un trabajo de exquisita factura, del que yo mismo he aprendido. El mérito es tuyo —concluyó abrazándola.

Hasta aquel preciso momento Amira no fue consciente de que, lo que empezó simplemente como un pasatiempo, había adquirido unas dimensiones cruciales, pues, aplicando los conocimientos lingüísticos que trazó el grupo de traductores en el que su padre colaboraba, ella estaba aportando solidez a una lengua vulgar huérfana de tradición escrita.

Tales pensamientos hicieron mella en el corazón de Amira, que, sin apenas apreciarlo, se

asomaba a la vida adulta con seguridad y firmeza.

Poco más tarde llegó Ismael para ayudar en la revisión de los textos, pues su tarea miniaturista e iluminadora había concluido. De inmediato la joven le contó lo ocurrido.

—Tranquila —dijo el hijo de Omar—. Hay tiempo suficiente. Entre todos aunaremos fuerzas y saldremos airoso —afirmó convencido.

—No perdamos ni un instante —ordenó Amira, y Martín se sentó junto a los dos discípulos, cuya pericia y tesón los iba convirtiendo en intuitivos expertos.

Comenzaron por lo más fácil: la traducción directa del prólogo, pues consideraron crucial indagar sobre la justificación que aportaba al-Mucafar respecto a la lectura de los ejemplos. Aunque desprovista de carácter literario, la introducción ofrecería una perspectiva diacrónica de la obra literaria, que ellos mismos podrían completar. La revisión de los textos de los cuentos requirió más tiempo, pero gracias a la previsión de Amira terminaron en el plazo acordado, sin importantes correcciones, ya que, como suponía Martín, la versión de su hija, directa del persa, resultó más precisa que la de al-Mucafar al árabe.

Los trabajos de encuadernación del códice corrieron a cargo de Ismael, que, con la parafernalia que requería tan valioso texto, cosió ceremoniosamente los pliegos a los que añadió para finalizar una cubierta de cuero grueso. Decidió que, una vez supervisado por el maestro Yehuda o incluso por don Alfonso, procedería a aplicar en la portada los motivos decorativos y materiales que le indicaran: telas, incrustaciones de piedras preciosas o incluso orfebrería en oro, plata o marfil.

Tan solo transcurrieron unos días desde la entrega hasta la presencia del judío en casa de Martín. Encontrarlo en su hogar resultó un gran honor para el traductor, que le hizo pasar al patio, ofreciéndole un refrigerio.

—Estimado colega —comenzó—. Me complace este encuentro sobremanera. ¿Acaso se encuentra Amira en casa? —interrogó, mientras exhibía un rostro complaciente.

Ante la llamada de su padre, acudió de inmediato. Se sorprendió al ver al maestro y le dio la bienvenida.

—Quiero que los dos oigáis lo que tengo que decir—pronunció con voz alta y clara.

Su auditorio aguardaba expectante las nuevas que traía.

—Martín, la versión de los cuentos orientales que has realizado resulta digna de elogio. Sé que tu hija te ha ayudado y por eso quería que escuchara mis palabras de viva voz —comenzó Yehuda—. Habéis logrado en una sola obra las dos finalidades que pretende el rey: traducir el texto original al romance y asentar las estructuras de una lengua oral que carece de tradición escrita —continuó.

—Muchas gracias, maestro —reconoció González.

—Aún no he terminado —dijo haciendo un gesto con la mano, solicitando más tiempo—. Don Alfonso comparte la misma opinión y desea conoceros para agradecer personalmente vuestro trabajo.

Amira intentaba disimular el estallido de satisfacción que nació en su interior.

—Nos sentimos muy honrados —agradeció el padre—. Pero antes debo hacerle una confesión —añadió un tanto temeroso de la reacción de ben Moshe—. Amira es la única y verdadera traductora de los cuentos. Por motivos que a continuación detallaré, yo solo los he supervisado. Ella ha vertido cada uno de los cuentos de la lengua persa al romance; cuando más tarde apareció la versión árabe, también se ha ocupado de los trabajos posteriores.

Martín sintió un gran alivio al descubrir la verdad de la situación a Yehuda. Y prosiguió con aquella declaración.

—En cuanto a las iluminaciones son obra de Ismael Ibn Said, hijo de Omar. Ambos han formado un valioso equipo. ¡Mis más sinceras felicitaciones, Amira! Eres una joven promesa —dijo de corazón dirigiendo su mirada a la joven.

El abrazo entre padre e hija provocó un alto en la conversación.

Raquel acudió ante el alborozo, añadiéndose a la inesperada celebración. Yehuda aceptó la invitación a comer, ya que Martín le anunció que debía darle muchas explicaciones sobre todo lo ocurrido.

Ni un detalle omitió el maestro González respecto a todo lo acontecido: el descubrimiento de las cataratas, la ayuda inestimable de su hija para terminar la traducción del *Lapidario*, la cirugía en manos del joven Al-Husainy y su completa recuperación mientras Amira ponía mente y corazón en la versión al romance de los relatos de Calila y Dimna.

Después de escuchar el devenir de los sucesos, ben Moshe, sagaz conocedor del alma humana, consideró que informaría al monarca y, con la decisión que él tomara, se pondría en contacto con ellos. La despedida resultó entrañable y sincera, deseándoles el judío los mejores parabienes ante la reacción del rey y, en concreto, ante la prometidora carrera de la joven hija del maestro González, experta en lenguas.

En Toledo se seguía hablando del agravamiento de la enfermedad del rey Fernando que hacía tiempo había delegado importantes funciones en su heredero, el infante don Alfonso. El monarca de apenas cincuenta años padecía de hidropesía, pues su cuerpo se hallaba maltrecho y sumamente debilitado por las numerosas contiendas que había librado a lo largo de sus treinta y cinco años de reinado en Castilla y más de veinte en León.

Rodeado de parte de su familia en el Alcázar de Sevilla, el rey yacía en el lecho prácticamente desprovisto de energía. Consciente del fatal desenlace, pidió recibir el viático, por lo que llamaron a su confesor. Durante la espera quiso vestir por última vez sus ropajes reales para recibir al Señor. Asimismo, ordenó la disposición de sus regias insignias: la corona, que había defendido a ultranza, el cetro y su espada Lobera, una tríada que quedó expuesta a los pies de la cama, sobre un mullido almohadón de terciopelo granate. En cuanto oyó la campanilla que anunciaba la llegada del arzobispo, descendió del lecho, postrando la efímera majestuosidad ante la presencia de Dios, la única autoridad a la que se sometía.

Tras recibir el Santísimo Sacramento, besó la cruz y reposó nuevamente desvestido de solemnidad, arropado por un simple camisón blanco. Llamó a su lado al infante Alfonso y durante sus últimos instantes de vida le aconsejó acerca de diversas cuestiones: le habló de la naturaleza humana de los reyes, a quien no respeta la muerte; le pidió moderación y equidad en su mandato; debía erigirse en modelo a imitar por los vasallos, insistiendo en la trascendencia de la elección de sus consejeros, con quienes debía mostrarse afable sin propiciar atrevimiento ni insolencia. Él sería el rey, superior a todos: si los súbditos se sentían reconocidos, engrandecerían a su señor. También le suplicó amparo para su segunda esposa, doña Juana, y para todos sus hermanos y familiares. Finalmente le instó a que mantuviera el reino, al menos, tal y como él se lo legaba, rico en tierras y siervos, animándole a acrecentarlo para demostrar que aún podía ser mejor monarca que él.

La muerte visitó a Fernando en la medianoche del 30 de mayo de 1252, entregando su alma a Dios con una candela bendita en las manos que, a su entender, todo buen cristiano debía llevar en el tránsito hacia la otra vida.

En su sepelio se cumplió su expresa voluntad, pues se negó a que le homenajearan con una

estatua yacente sobre su tumba. No obstante, como adalid que recuperó casi toda al-Ándalus, respetuoso colonizador de territorios sometidos, esculpieron en su sepultura un impresionante epitafio en lenguas latina, castellana, árabe y hebrea, en el que se elogiaban sus dones y virtudes sobrenaturales.

A pesar del luto por la pérdida del monarca, el pueblo recibió gozoso a su heredero, el rey Alfonso X a primeros de junio de 1252, llevándose a cabo su entronización con arreglo a los rituales y ceremonias establecidos por sus antepasados. La valentía del hasta entonces infante Alfonso durante la *Restauratio Hispaniae* y su amor por el conocimiento, se habían ganado el favor del pueblo y de la corte casi por completo. Las fiestas por su coronación llevaron a Alfonso a su Toledo natal. Debía presentarse ante sus súbditos y ganarse su confianza, por lo que comenzó a conceder prebendas y privilegios.

No tardaron en llegar a casa de Martín noticias de Yehuda ben Moshe. Después de reunirse con el nuevo rey y presentarle sus respetos y obediencia, aprovechó para comunicarle que la traducción de los cuentos de *Calila y Dimna* que su padre y él habían autorizado, quedó concluida poco antes del fallecimiento de don Fernando, pero la ausencia de ambos de la ciudad toledana retrasó involuntariamente la noticia. Alfonso X manifestó de inmediato su regocijo. No mostró ningún reparo en que el autor de tan insigne versión fuera una mujer, digna aprendiz de su erudito padre, que, junto a otro principiante en el ámbito de la iluminación, habían realizado una excelente labor. Resaltó además que la juventud de ambos creadores garantizaba un futuro halagüeño al mundo de las letras, considerándoles como líderes de una nueva y moderna generación de traductores.

—El rey don Alfonso quiere conoceros para felicitaros y concederos una compensación por vuestro trabajo —informó el judío que se había presentado en casa de Martín para comunicar la noticia.

—Nos sentimos muy agradecidos por ello —respondió Martín—. Asistiremos gustosos a su convocatoria.

Cuando marchó Yehuda, Amira asateó a preguntas a sus padres:

—Madre —repetía Amira—, ¿cómo debo comportarme ante el rey? ¿Y si me quedo sin palabras?

—Padre, espero que al menos usted me pueda acompañar, pues Ismael y yo solos vamos a hacer el ridículo seguro —se lamentaba la muchacha, hecha un manojo de nervios.

—No te preocupes, Amira —la tranquilizaba Martín—. El maestro Moshe os dará las instrucciones sobre cómo actuar ante el rey. No estaréis solos en ningún momento. Os acompañaremos —concluyó.

Pasados los nervios iniciales, la traductora empezó a reflexionar sobre la posible compensación que le otorgaría el rey. Ella se sentía muy orgullosa del resultado de su esfuerzo, de la libertad con la que había trabajado día y noche en aquel precioso proyecto.

—Padre, ¿qué ocurre? —preguntó la hija al observar inquietud en el rostro paterno durante la conversación.

—Hija, el rey te concederá un gran honor. Como eres una mujer piensa que tal vez te premie con un buen matrimonio que engrandezca tu linaje —Amira palideció al instante, no le gustaba la idea en absoluto. Resultaría un castigo.

—Pero ¿debo someterme a la voluntad de don Alfonso? —cuestionó preocupadísima.

—Debes obedecer y sentirte privilegiada. En ocasiones se ha llegado a ofrecer a alguna mujer de gran valía la dirección de alguna abadía, concediéndole así conocimiento y poder sobre las

novicias y sobre la tarea encomendada para el convento —reconoció, siendo consciente de que ninguna de las dos opciones satisfaría a una joven que había sido educada en la libertad y la autonomía, guiada siempre por sus progenitores.

—Yo no quiero una compensación de ese tipo —se enojó Amira, mientras asomaban las lágrimas en sus ojos—. No necesito ninguna compensación del rey, padre. Me siento sobradamente recompensada con la labor que se me ha permitido realizar. Necesito seguir disfrutando de mi libertad —espetó.

—Amira, deberás someterse a la voluntad del rey que, como tu soberano, decidirá lo mejor para ti —afirmó con contundencia—. No te preocupes. Será mejor que esperes y no adelantes acontecimientos. Confía en Dios; el rey es sabio y te concederá lo mejor para ti.

—Recuerda lo que dice Dimna en uno de los cuentos que tú has traducido:

«Tanto el pueblo como los artesanos, todas las gentes que rodean al rey, están obligadas a mostrarle su leal disposición y su sabiduría, y a darle buen consejo, y a amarlo. Pues el rey no les dará las dignidades que les correspondan sino por ello, como no se conoce la bondad de la simiente hasta que no germina. El rey debe dar a cada uno lo que le toca, según la calidad y el fruto de sus consejos y su lealtad.»

Pero Amira no podía olvidar que, lo que en principio iba a ser un reconocimiento, podría convertirse en una jaula de oro. Confiaría en Dios, como le pidieron sus padres. Aquella noche, en sus plegarias, recordó especialmente al abuelo y le suplicó que intercediera ante el Creador para que en ningún momento se viera privada de libertad.

Al día siguiente, el judío Yehuda reunió a los jóvenes y a sus respectivos padres para comunicarles las indicaciones a seguir en palacio. Les aseguró que los progenitores y el grupo de traductores de Martín habían sido convocados al evento, cosa que tranquilizó a los jóvenes.

En las horas previas a la audiencia real, la inquietud se adueñó de Amira. Raquel la ayudó a arreglarse. Le había confeccionado un sencillo vestido de color rosa pálido y le recogió unos mechones de su ondulado cabello con un prendido de jazmines. La madre volvió a adivinar en aquel rostro los curiosos ojos almendrados, de color miel, y los rosados labios que marcaban la boca de piñón, la carita angelical que la encandiló desde que la vio por primera vez. Amira lucía sencillamente preciosa. A sus dieciséis años se había convertido en una hermosa joven a las puertas de un futuro prometedor. La llegada de Omar e Ismael, ataviado con una túnica austera, alto y fornido, calmó un poco a la muchacha.

—Amira —dijo el joven—, no hagas ninguna de las tuyas ante el rey; no sería la primera vez —bromeó, guiñándole un ojo. Su mirada azabache brilló en la pupila de la joven, que sintió un vuelco en su interior, unas mariposillas desconocidas hasta aquel momento, que la hicieron ruborizarse y desviar la mirada.

Reunidos todos los convocados al evento, emprendieron camino. El Palacio Real se erigía solemne en la zona más elevada de Toledo, ceñido en parte por el Tajo, dominando estratégicamente todo el territorio. Las torres se alzaban vigilantes en los ángulos de la fachada, testigos mudos de los innumerables acontecimientos presenciados, como el nacimiento de Abderramán II, la conquista de la ciudad o la llegada al mundo del rey Alfonso X.

La comitiva encabezada por Yehuda ben Moshe flanqueó las puertas. Un guardia real los acompañó al salón del trono, una estancia cuadrada ricamente decorada, alternando la geometría con el ataurique y la epigrafía.

El monarca ordenó que se acercaran. El judío ejerció de maestro de ceremonias y saludó al rey.

Amira avanzó con aplomo. El desasosiego que la mantenía en vilo desde la noticia de la audiencia real desapareció por completo y la envolvió una sensación de seguridad ante la presencia protectora de Martín e Ismael. El joven por un momento rozó su mano, transmitiéndole confianza. Se cruzaron las miradas, se calmaron los ánimos y una llama ardiente prendió ambos corazones. «Demasiadas emociones en tampoco tiempo», pensó la muchacha.

Junto al trono, ben Moshe presentó en primer lugar a los miembros veteranos: el clérigo Garci, el maestro Martín González y el iluminador Omar ibn Said.

A continuación, hizo avanzar a los más jóvenes: Amira e Ismael, los verdaderos protagonistas de aquel encuentro. Tras las reverencias de rigor, Alfonso pidió a Ismael que se acercara; elogió la labor miniaturista e iluminadora que el musulmán estampó en los pergaminos de los cuentos. Su precisión y la combinación de formas y colores alumbraban los textos a la vez que representaban los momentos más significativos de cada relato.

—Estimado Ismael —pronunció el rey con la solemnidad que requería el acto—. Tu labor bien merece un reconocimiento para la posteridad, por lo que podrás disfrutar de la merced de un sueldo vitalicio, así como de un lugar destacado como iluminador. Podrás continuar desarrollando y aprendiendo tu arte con los mejores maestros.

Ante el silencio del rey, Ismael agradeció las mercedes concedidas, ya que le aseguraban un futuro de trabajo y seguridad económica para él y toda su familia.

—Acércate, Amira —ordenó el monarca—. Tus conocimientos y determinación me han conmovido sobremanera. Acumulas en tu interior un acervo cultural inigualable, acompañado de una valentía y resolución práctica ante cualquier situación —don Alfonso hablaba escogiendo con esmero cada una de las palabras que pronunciaba—. Has demostrado una determinación exclusiva de los príncipes para cuya instrucción se escribieron los relatos que has tenido a bien traducir, demostrando, como bien indica tu nombre, tu capacidad de liderazgo en cualquier empresa que emprendas.

Amira escuchaba atenta y con temple las palabras del rey, saboreando cada uno de sus halagos y reflexionando sobre los aspectos a mejorar.

—Por todo ello y por el excelente trabajo realizado —continuó don Alfonso— recibirás varias mercedes: en primer lugar, una compensación monetaria importante como premio inmediato; también disfrutarás de un salario vitalicio en consonancia con el esfuerzo que has realizado; podrás seguir trabajando como traductora escogiendo a tu propio equipo, y lo más importante, tus futuros hijos se educarán en la corte con los mejores maestros y descendientes de la nobleza cortesana.

«¿Habrás acabado de hablar ya el rey?», pensaba la joven. No había oído las palabras *matrimonio* ni *abadesa*. Dios había atendido sus súplicas. Sus padres tenían razón: el rey era sabio y le concedería lo mejor para ella.

—Muy agradecida, Majestad —respondió con una reverencia—. Para mí es suficiente recompensa continuar con la tarea traductora, que Su Alteza ha incrementado con singulares mercedes, de las que intentaré ser digna merecedora —agradeció la joven de todo corazón.

Concluida la protocolaria audiencia, don Alfonso se reunió junto a los traductores para congraciarse con ellos distendidamente. Su reciente ascenso a la corona requería ganarse el favor de sus vasallos.

Satisfecha por los obsequios recibidos, Amira se acercó a una hermosa ventana desde donde se divisaba su preciosa ciudad. Se sentó en el alféizar, mirando al horizonte, abstraída por completo,

cuando inesperadamente una voz la invitó a contar uno de sus relatos preferidos, algún ejemplo de las ventajas del trabajo en equipo. Era el rey quien realizó la petición y se sentó a su lado.

—¿Conoce Su Majestad el relato de la Paloma acollarada? —le preguntó un tanto azorada por la cercanía de tan insigne persona.

—En absoluto —le contestó—. Empieza cuando quieras.

Y enmarcados por la belleza de los arcos lobulados sobre un zócalo de rica policromía, ante el paisaje toledano y una cálida brisa, Amira comenzó:

«Dicen que en la tierra de Duzar había un lugar donde cazaban los pajareros. En aquel lugar se alzaba un árbol grande en el que anidaba un cuervo llamado Gena. Un día vio aproximarse a un hombre de mala catadura, tuvo miedo y pensó: “Algo ha traído a este pajarero hasta aquí. No sé si es para matarme a mí o a otros, pero voy a esperar a ver qué hace”.

El cazador armó su red, esparció el trigo en el suelo y se ocultó cerca. Poco después pasaron por allí unas palomas que tenían por jefa y señora a una a la que llamaban acollarada, por el color blanco de las plumas de su cuello. La acollarada vio los granos de trigo, pero no la red y posó allí con sus compañeras, y quedaron todas prendidas en ella. Entonces se acercó el pajarero, encantado de cogerlas y las palomas empezaron a agitarse cada una en su enredo, pero la paloma acollarada les dijo:

—No os empeñéis en libraros cada una, sino actuemos todas a la vez y quizá consigamos arrancarnos de la red y librarnos las unas a las otras...»

NOTAS DE LA AUTORA

En estas páginas se novela una etapa histórica importante de España. La ficción se enlaza con una realidad presente en cualquier manual de historia, por lo que he considerado útil adjuntar en las páginas iniciales la relación de personajes de carne y hueso que participaron en empresas reales, como puede ser el caso de Yehuda ben Moshe y el clérigo Garci, ambos traductores de prestigio que trabajaron a conciencia en *El libro de la azafea* de Azarquiel, en el *Lapidario* e incluso en los cuentos de *Calila y Dimna*.

Sin embargo, debo reconocer que me he permitido la licencia de trasladar en el espacio, a Córdoba en concreto, a la abadesa Roswitha de Gandersheim. La religiosa nunca visitó nuestro país, pero durante la fase de documentación apareció por casualidad y me fascinó. De origen aristocrático, ingresó desde muy joven en un convento donde recibió una instrucción exquisita. Una vez nombrada abadesa, pudo disfrutar de las ventajas de su patrimonio y de la libertad para el estudio, quedando eximida de contraer matrimonio. Cultivó varios géneros literarios. Curiosamente escribió varias leyendas, una de ellas sobre *El joven San Pelagio*, martirizado en Córdoba, mi ciudad natal. Sin embargo, me asombró especialmente encontrar en su *Leyenda de Teófilo* los antecedentes del mito de Fausto. En definitiva, una mujer sedienta de sabiduría.

AGRADECIMIENTOS

Siento la necesidad de mostrar mi agradecimiento a todas aquellas personas que el *fatum* o ἀνάγκη ha puesto en mi camino durante el proceso de creación de esta historia, pues cada una ha colaborado en mayor o menor medida. En primer lugar, a mi padre, quien ha sabido transmitirme el amor a las letras. Allá donde estés, papá, gracias.

Gracias también a todos los que desde el primer momento habéis confiado en mi capacidad creativa más que yo misma: mi madre, mi marido, mis hijos, José Luis y Carlos, quienes han soportado estoicamente las inquietudes y recelos que me han ido surgiendo; a Inma, mi hermana, y mis sobrinos Elena y Javier; a mis cómplices M.^a Carmen Polonio, a Mariló Góngora, al padre José Molina, a mis cuñados a Ana M.^a Miño y José Luis Gómez de Hita, mi «primo»; a Rafael Martín Portales por su aporte bibliográfico; a Marisol Moles y Humberto Batlle, mis primeros lectores, que me animaron a publicar para que esta historia no quedara olvidada en un cajón; a José María Gallardo Galera, oftalmólogo, erudito conocedor de la oftalmología medieval; a Paco Morales, que me ilustró sobre la cocina andalusí; a Felipe Vidales, por mostrarme e ilustrarme sobre la fascinante ciudad de Toledo y adivinar mis pensamientos en la localización de espacios; a Miriam Monforte, por ayudarme con el título, que se me resistía; a Marina Urbano, que revisó conmigo la cita griega de Platón.

También hay un lugar especial para Logan, mi golden retriever, que me ha acompañado fielmente hora tras hora y día tras día.

Gracias a todos aquellos que os sabéis implicados en este proyecto.